

kate L. Morgan

ESCUELA DE SEÑORITAS

St Margaret's



Escuela de señoritas
St Margaret's
Kate L. Morgan

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

SS Great Britain, Mar de Irlanda, 30 de julio de 1845

Era la primera noche navegado. A bordo del barco más grande jamás construido, Trevor esperaba impaciente el comienzo de la velada.

La gran escalinata principal era el corazón de la vida de primera clase. El SS Great Britain se elevaba majestuosamente a través de cuatro cubiertas, y era la niña bonita de todos los buques que se habían construido hasta el momento, ya que era el primer buque de hierro propulsado por una hélice. Era el primero con un doble casco, el primero con mamparas estancas, y el primero capaz de bajar todos los mástiles en caso de tener vientos de proa. El barco estaba equipado para viajar con todo tipo de lujo ya que tenía cuatro cubiertas, dos líneas de cabinas que daban a cubierta, y dos salones comedores, junto con veintiséis camarotes individuales, y ciento trece camarotes dobles de lujo.

En ese viaje inaugural, estaba la flor y nata de la sociedad inglesa.

Desde su rincón apartado y oscuro podía escuchar el sonido de la suave música, y la risa de su tía materna que charlaba en esos momentos con el marqués de Pooley, también con su esposa Kate: una rolliza mujer con una voz de soprano que resultaba bastante interesante. Una sonrisa amplia se dibujó en su rostro juvenil al contemplar el rostro de ella que mantenía la compostura como un soldado en el frente escuchando a su interlocutora.

Tenía una visión perfecta del amplio vestíbulo y de parte del salón que tenía las dobles puertas abiertas de par en par. Seguía el ir y venir de las mujeres que iban ataviadas con vestidos que brillaban, no solo por los fastuosos tejidos de lentejuelas, sino por las joyas que lucían sus cuellos y sus orejas. También le gustaba observar a los hombres que vestían impecables trajes negros. Uno de los invitados que vestía de gris claro, le llamó la atención pues resaltaba de entre el resto como una mosca en un tazón de leche. Llevaba el pelo muy corto y engominado hacia atrás, y lo miraba todo con cierto desdén. Le pareció que le disgustaba estar entre tantos políticos, banqueros y empresarios.

—¿Puedo sentarme contigo?

Trevor se sobresaltó al escuchar la voz infantil. Giró la cabeza, y desvió los ojos de los invitados a la aparición: una niña que no debía de tener más de nueve o diez años. Poseía unas largas pestañas bajo unas perfectas cejas arqueadas que realzaban los brillantes luceros que iluminaban su delicado rostro.

—No —fue su tajante respuesta, aunque ofrecida en voz baja para no llamar la atención de los invitados.

Trevor tendría que estar en su camarote y no sentado en la escalera, ni espiando tras los barrotes de la barandilla.

—Yo también quiero mirar la fiesta —dijo la niña muy seria—. Hacen mucho ruido.

Trevor pensó que el verdadero ruido vendría después, cuando las mujeres estuvieran ebrias y no pudieran controlar sus voces chillonas. Los hombres alzarían la voz para hacerse oír entre ellos, y la música subiría al mismo tiempo de volumen.

—¿Dónde está tu niñera? —le preguntó impaciente.

—No lo sé —admitió en un susurro—. Estaba sola en mi camarote, he escuchado la música, por eso me levanté y vine hasta aquí...

—El barco está lleno de gente —contestó sin dejar de mirarla.

La niña de ojos grandes parecía en verdad asustada.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —insistió.

Trevor soltó un suspiro largo y terminó aceptando.

—Esta bien, pero no me molestes.

La pequeña se sentó muy pegada a él, detalle que lo molestó. Trevor se apartó rápido, pero ella volvió a moverse para quedarse muy quieta a su lado, finalmente, el chico no se apartó de nuevo.

—Me llamo Maggie —se presentó la niña.

Trevor volvió a mirar por la barandilla, como si hubiera dejado de interesarle.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber—. Yo no sé quién eres tú.

Ni Trevor pensaba decírselo.

—Solo uno de los pasajeros de este majestuoso barco tiene nueve años.

Maggie lo miró asombrada. El chico era un adolescente, pero hablaba como un adulto.

—Tengo diez —admitió franca—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó muy interesada.

Trevor dudó en darle una respuesta porque no le gustaba relacionarse con niños, y esa pequeña se estaba convirtiendo en una pesada. Le gustaba observar a los invitados, y los analizaba. Le parecía un entretenimiento contemplar sus diferentes comportamientos. Lo que bebían, vestían, confesaban...

—Me gustaría que se me conociera por el apellido de mi madre, Lafayette.

La niña parpadeó al escucharlo.

—¿Es un apellido forastero? —siguió insistiendo.

Trevor terminó por sonreír, y Maggie se dijo que no parecía tan feo como cuando tenía el cejo fruncido.

—Mi abuelo materno era francés —contestó confidente—, por eso mi madre se apellida así.

Margaret se quedó pensativa.

—¿Te llamas como tu abuelo y no como tu papá? ¿No tienes papá? —fue el lógico razonamiento al que llegó la niña.

Trevor la miró atónito.

—¡Por supuesto que tengo padre!

Maggie no lo sabía muy bien, pero estaba segura de que todos los niños querían llamarse como los papás y no como las mamás.

—¿Cómo se llama tu papá? —insistió.

—¿Por qué quieres saberlo? Además, eso no es importante —respondió el otro en voz baja.

—Pero a mí me gusta conocer los nombres de los papás de mis amigos.

Trevor chasqueó la lengua. La niña era muy cansina.

—Te recuerdo que no somos amigos —Maggie hizo una mueca confusa bastante graciosa. Si su padre y su madre eran amigos del papá del chico, entonces Lafayette era su amigo también—. Ese de ahí es mi padre.

Los ojos de la niña se dirigieron hacia el lugar que el chico le indicaba, y entonces sonrió de oreja a oreja.

—Nuestros padres sí son amigos, mira —ella le señaló a su vez a los dos hombres que se daban un saludo fraternal. Era el padre de ella, y el hombre que el chico le había señalado un momento antes.

Trevor tenía ganas de quitársela de encima porque en breve los invitados pasarían al salón, y

él ya no podría continuar observándolos.

—Puede que sean conocidos y no amigos —la rectificó.

—¡Claro que son amigos! Y yo quiero que seas mi amigo.

—Las niñas como tú no pueden ser amigas de chicos como yo.

Eso a Maggie le parecía una soberana tontería.

—¿Eres demasiado importante como para ser mi amigo? —le preguntó de sopetón.

Trevor la miró tras escucharla.

—Ahora, no, porque no tengo edad suficiente para serlo, pero algún día seré tan influyente como el marqués de Lafayette.

La niña meditó en la respuesta de él.

—¿Ese marqués es tan importante cómo nuestro rey?

Trevor resopló al escucharla. Esa niña jamás podría entender el motivo para que él quisiera ser como ese hombre.

—Fue un importante militar —la niña lo escuchaba atenta—, además de un destacado político francés. Y lo mejor de todo es que peleó por los Estados Unidos en la Guerra de independencia contra el Imperio británico.

—Ohhh —exclamó la niña asombrada.

—Y era mi abuelo —declaró orgulloso.

La niña lo miró con los ojos abiertos de par en par. Trevor se amonestó porque había hablado con ella como si fuera una chica y no una niña, pero debía de admitir que era bastante bonita.

—¿Vas a ser un soldado como tu abuelo? —preguntó admirada.

A Trevor se le hacía difícil relacionarse con las personas, pero sobre todo con las mujeres tras la muerte de su madre cuando era apenas un niño. Desde entonces nunca mantenía contacto con ninguna, salvo con su niñera a la que adoraba.

—¿Y tú que piensas ser de mayor? —le preguntó Trevor para cambiar de conversación.

La niña no se pensó la respuesta.

—Una domadora de circo —sonrió al mismo tiempo que respondía.

los ojos oscuros de Trevor brillaron al escucharla.

—¿No quieres ser una princesa, princesa? —le preguntó burlón.

La niña soltó un suspiro largo y profundo.

—No me gustan, y no soy una princesa —admitió sincera.

Trevor no podía creer esa respuesta, ¿qué niña no soñaba con ser una princesa de cuento?

—¿Por qué no deseas ser una princesa? —la pregunta le salió sola.

—Porque todas tienen madrastras horribles —la niña se mordió el labio inferior en un gesto que a Trevor le pareció encantador.

Esa era una gran verdad, pensó Trevor.

—Pero todos los cuentos de princesas terminan bien —contestó con una sonrisa porque le hacía gracia ver la expresión de la niña—. Con un príncipe azul rescatándolas.

Maggie entrecerró los ojos con dudas, y meditando en esas palabras.

—Mi papá dice que una verdadera princesa no necesita que un príncipe la rescate —confesó en un susurro—. Las verdaderas princesas son fuertes y valientes.

Esas palabras las había aprendido de memoria se dijo Trevor. Y se preguntó qué clase de persona sería el padre de ella para enseñarle cosas tan fuera de lo común.

—Un día, pequeña Maggie, conocerás al príncipe de tus sueños, y no dudes de que te rescatará.

Si esas palabras tenían la intención de reconfortarla, lograron todo lo contrario. La sumieron en una gran confusión porque si un príncipe la rescataba, ello quería decir que sufriría mucho, como las princesas de los cuentos.

—¿Tú rescatarás a la princesa de tus sueños? —quiso saber.

Trevor dejó de mirar hacia la planta inferior y clavó los ojos en el rostro dulce de la niña.

—Yo pienso rescatar a muchas princesas...

Maggie lo ignoraba, pero esa conversación que mantenía con un adolescente complicado, iba a marcar un antes y un después en la vida de Trevor Welby Lafayette, futuro duque de Houghan.

CAPÍTULO 1

St Margaret's, Charin Cross, Inglaterra

Cuando llegó a la estancia, se encontró un panorama desolador. Dos de las profesoras de la escuela tenían el rostro desencajado y un brillo de angustia en la mirada. Al recibir el mensaje urgente de su ayudante Collette, había regresado de su viaje a Canterbury lo más rápido posible.

—¿Qué sucede? —preguntó al mismo tiempo que dejaba sobre la silla, y con la serena calma que la caracterizaba, el bolso y la capa de terciopelo azul.

Collette se había negado a contárselo a pesar de su insistencia.

—Es Chelsea —respondió la ayudante mientras le tendía un móvil—. Está en el hospital.

Los ojos de Margaret se entrecerraron.

—¿En el hospital? —preguntó incrédula—. ¿Cómo? ¿Por qué? —por su mente desfilaron innumerables imágenes de accidentes—. Decíme, ¿está grave? —ninguna de las tres le respondió lo que aumentó su angustia.

—El carruaje en el que viajaba sufrió un accidente...

Creyó que no había escuchado bien. Soltó un suspiro largo y tomó asiento sin dejar de mirar a su ayudante.

—El carruaje casi había llegado a Gretna Green en la frontera con Escocia. Chelsea tenía intención de casarse, pero eso no es todo —siguió informándole la ayudante—, ha perdido el bebé que esperaba.

Margaret observó detenidamente a las dos profesoras pues ambas se retorcían las manos con cierto nerviosismo, como si se culparan de algo. Lucy Bridge y Kristel Wives, trabajaban con ella desde hacía siete años. Eran las educadoras con más experiencia en la escuela.

—¿Chelsea estaba encinta? —preguntó pasmada. Entre las mujeres se sucedió un silencio incómodo—. ¿Sabíais algo sobre esto?

Ambas hicieron un gesto negativo con la cabeza.

—Esta es una escuela respetable —les advirtió en un tono calculadamente seco—. Donde no se permite el libertinaje.

—Pensamos que Chelsea oculta cosas de su pasado —contestó Kristel—, e ignoramos quién puede ser el padre.

—¿Lo ignoráis? —ninguna se atrevió a responderle—. ¿Iba sola en el carruaje hacia Gretna Green?

Margaret se colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja. Su carruaje había llegado dos horas antes, y apenas había tenido tiempo para hacer nada pues la urgencia en la llamada de Collette la había dejado inquieta. La noticia era peor de lo que había esperado, sin embargo, mantuvo la calma valorando todas las opciones que se le presentaban.

—Esto es una noticia terrible para la escuela —la voz de Margaret era decepcionada, como su postura tras el escritorio—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Tendrás que hablar con ella —informó Kristel sin tener en cuenta que no era necesaria esa aclaración.

—Todas cumplimos las reglas de la escuela —apuntó Lucy—, pero Chelsea estaba enamorada.

Margaret apoyó la espalda en el recio sillón de piel, y puso las manos sobre la pulida madera del escritorio en una advertencia velada.

—La dedicación exclusiva es un requisito indispensable —matizó con voz dura—. Cada una de vosotras habéis firmado un contrato de soltería por cinco años.

La crítica logró que Kristel y Lucy se encogieran.

—Está claro que Chelsea tenía intención de incumplirlo si estaba encinta —se atrevió a decir Lucy.

—¿Chelsea embarazada? —inquirió Collette con voz neutra dándole a su jefa unos instantes para que asimilara la sorprendente noticia.

Los ojos de Margaret brillaron con interés, y sin perder detalle de los gestos de Kristel y de Lucy. Las dos eran inteligentes, preparadas, y solo tenían que cumplir una de las reglas fundamentales de la escuela: moralidad.

—Todas hemos aceptado los cinco años de soltería, además, somos conscientes de las exigencias necesarias para pertenecer a una institución como St Margaret's —contestó Kristel.

—Las reglas son muy claras para las estudiantes, y vuestro deber como educadoras es protegerlas.

—No lo olvidamos, Margaret, e ignoramos qué ha podido ocurrir con Chelsea pues ella no reveló nada al respecto —se defendió Kristel.

—No sabíamos que estaba encinta —argumentó Lucy.

Margaret Bradford apoyó los codos en el escritorio.

—Contadme lo que sepáis... por favor.

Lucy y Kristel comenzaron a relatarle los pocos detalles que conocían. En las últimas semanas, Chelsea se había mostrado silenciosa y retraída hasta el punto de no querer trato con ellas. Eran mujeres muy preparadas para ejercer la educación en un centro tan importante como St Margaret, salvo quizás Chelsea Cooper.

Margaret solo escogía lo mejor para sus selectas estudiantes.

Había fundado la escuela St Margaret's diez años atrás para muchachas que necesitaban educación especial. Cobraba cifras muy elevadas porque educaba y enseñaba a señoritas que serían en el futuro perfectas esposas y madres. Los hombres que llevaban a sus hijas, sobrinas, e incluso nietas a la escuela, eran de lo más selecto de la sociedad de Inglaterra, y eran muy exigentes con la educación que estas recibían.

Entre su cartera de clientes se encontraban aristócratas, jueces, y ricos terratenientes. La escuela se había convertido en un referente elitista en la sociedad de Kent. Expandirse era el propósito de Margaret, por ese motivo había viajado hasta Dover, pero una mala decisión de Chelsea había pospuesto sus planes, y quizás la continuación y el auge de la escuela.

Todavía no podía calibrar las consecuencias de lo sucedido.

—¿Está muy grave? —volvió a preguntar.

Fue Collette la que respondió.

—Ya ha salido del peligro, pero temo que estará un tiempo sin poder trabajar.

La contestación de la ayudante la dejó atónita.

—¿Trabajar de nuevo después de incumplir la regla más elemental que la escuela le exigía? No lo creo probable —afirmó sin un titubeo.

Kristel y Lucy se mantuvieron en silencio.

—Además de Chelsea tenemos otro problema —dijo de pronto Collette.

Margaret la miró con cierta acritud pues todavía no se había recuperado de la noticia. Ella podía entender una mala decisión tomada de otra profesora más joven e inexperta, pero Chelsea era la que tenía más experiencia, y era a la que más apreciaba.

—Chelsea tenía mañana tenía una entrevista con Trevor Welby.

—Welby... —Margaret entrecerró los ojos recordando.

—El excéntrico duque de Houghan.

A la respuesta de Collette, Margaret parpadeó.

—Y no te olvides de añadir... —Kristel no concluyó la frase.

—Que tiene un carácter de lo más severo —terminó Collette—. Es el cliente que más paga por la educación de su prima huérfana. Y Chelsea tenía que entregarle los informes trimestrales del avance de la joven Elvey.

Margaret ya sabía que Chelsea era la profesora que se encargaba de la callada Elvey. La joven prima del duque de Houghan tenía problemas de aprendizaje, y por eso no se relacionaba con ninguna otra alumna.

—Anula la cita, y envía un mensaje urgente a Su Excelencia —ordenó tajante.

La escuela tenía un prestigio ganado a pulso, y Margaret lamentó que el incidente de Chelsea lo dejara en entredicho. Hablaría personalmente con el duque, y le daría una explicación razonable para la ausencia de la profesora de su joven prima. Era consciente que muchos de sus clientes habían llegado a la escuela gracias al noble, y que el negocio se podría resentir si Houghan le retiraba la confianza que había depositado en la institución tiempo atrás.

—Anula la cita —reiteró muy seria—. Buscaré una buena explicación para ofrecerle.

Collette hizo un gesto negativo impropio en una ayudante.

—Pagó cinco mil libras por anticipado.

—¡Por San Jorge! —exclamó Margaret tan atónita que apenas podía pensar. Era una cifra demasiado elevada—. No podremos reintegrarle el dinero si decide sacar a su prima de la escuela y reclama el pago —Collette la miró sin comprender—. Adelanté cinco mil libras para la propiedad de Dover.

Y en el adelanto iba incluido las libras del duque. Margaret se dijo que debía repasar las cuentas de la escuela de forma prioritaria. Ella ya no llevaba la economía ni las entrevistas de las futuras alumnas.

—Ignoraba que habías adelantado el pago —se excusó la ayudante.

Margaret no se lo había comunicado porque había sido una decisión de última hora. Todo se complicaba.

—¿Cinco mil libras por un año de curso? No puedo creerlo —reiteró tan asombrada que le fallaba la voz.

—No es solo un curso —contestó la ayudante—: Elvey es una muchacha que requiere una educación más especializada, por eso dispone de una profesora para ella sola. El resto de muchachas no tiene ese privilegio.

Collette Norton era el brazo derecho de Margaret. Hasta que la contrató, ella misma se encargaba de gestionar los registros y la contabilidad de la escuela, pero la institución había crecido exponencialmente y ella quería expandir el negocio, lo que le llevaba un trabajo arduo. Conocía personalmente a los clientes más antiguos. La escuela contaba con un total de cincuenta alumnas, la mayoría oriundas del condado de Kent salvo excepciones, como la prima de Trevor Welby.

—Hizo el pago a primeros de año —anunció la ayudante.

Margaret parpadeó.

—¿Conoces si Chelsea tenía los informes preparados para la cita de mañana? —preguntó Margaret.

Suponía que la profesora habría adelantado los informes, informes que no se entregaban hasta terminar el curso, pero quería asegurarse.

—Su Excelencia exige dos citas dos veces al año —confirmó Collette seria—. Aprovecha su visita a Kent para cenar con el conde Sting. También asiste a un almuerzo con el embajador francés Pierre Dumont. Después concreta una cita en Belmont Park Race, y otra en Canterbury con el obispo.

Margaret miró fijamente a las dos profesoras asumiendo la preocupación que le había mostrado Collette momentos antes: ninguna de las dos tenía la capacidad intelectual de Chelsea para mantener una entrevista con un hombre como Trevor Welby: el irascible y temerario duque de Houghan. El resto de profesoras que componían el mosaico de St Margaret's, tampoco estaban a la altura de un excéntrico como él. Houghan pagaba tanto porque era de difícil trato, y de exigencias continuas.

—Es nuestro mejor cliente —afirmó Collette pensativa—, y tenemos que valorar que si anulamos la cita es posible que nos retire la confianza, que lo perdamos a él, y a otros que inscribieron a sus familiares en la escuela por recomendación suya.

Margaret no tenía ninguna duda al respecto. Collette había confirmado su pensamiento anterior.

—Tengo que ver a Chelsea —musitó en voz baja.

La visita del duque unido al problema que se les presentaba no disminuía el hecho de que Chelsea había estado entre la vida y la muerte. Margaret no podía pensar en otra cosa.

—¿Y qué hacemos con el duque? —quiso saber la ayudante.

Apenas quedaba tiempo para pensar en una solución. Sí o sí el duque estaría en Kent por la mañana, y por la tarde tenía cita con Chelsea, salvo que no podría acudir al encuentro. Margaret pensaba a toda velocidad. No podía enviar a ninguna otra profesora, pero ella siempre se guardaba una última baza que utilizaba muy de vez en cuando, y creyó que había llegado el momento de hacerlo de nuevo.

Margaret era la fundadora de St Margaret's, conocía mejor que nadie su funcionamiento. Había entrevistado a los primeros clientes, y había admitido a sus protegidas en la escuela. Estaba cualificada para tratar con un hombre difícil.

—Me ocuparé personalmente del asunto. —Margaret escuchó perfectamente el suspiro de alivio tanto de Kristel como de Lucy—. Cuando termine de hablar con Collette, me reuniré con vosotras e iremos al hospital a ver a Chelsea. Tiene muchas cosas que explicar.

Kristel y Lucy salieron del despacho en silencio. Collette ocupó una de las sillas que habían dejado vacías, y se dedicó a observar a su jefa con atención.

—¿Qué piensas hacer? —el tono de la ayudante era de alarma.

—Lo único que puedo hacer en una situación tan delicada: ocupar el lugar de Chelsea y ofrecerle los informes al duque —si quería sorprende a su ayudante, lo consiguió con creces.

—Eres la directora —Collette estaba asombrada y preocupada al mismo porcentaje—. No sabes cómo va el aprendizaje y desarrollo de la señorita Elvey.

Margaret hizo un gesto apenas perceptivo.

—Me pondré al tanto de la evolución de la dama, y podré ofrecer todas las respuestas a las preguntas que el duque enumere. —Collette estaba en verdad asombrada—. ¿Puedes conseguirme una invitación para la cena en la mansión del duque?

—Todo el mundo te respeta, no tendré problemas —respondió la ayudante. Margaret respiró aliviada por las palabras de Collette—. No es la primera vez que Chelsea visita la mansión del duque para entregarle los informes escolares.

Desde que Welby ingresó en la cartera de clientes de la escuela, siempre se había entrevistado con Chelsea. ¿Le importaría a él el inesperado e inoportuno cambio de informadora?

—Nuestro principal problema no es ese primer encuentro —contestó Margaret pensativa—. Es cómo voy a explicar el ingreso de Chelsea en el hospital.

La directora pensaban a toda velocidad.

—Margaret... —Collette calló un momento antes de continuar adelante con algo que le preocupaba realmente—, si Chelsea estaba enamorada y quería casarse, no continuará, ¿verdad? —la ayudante parecía realmente preocupada.

Margaret bajó la mirada.

—Asumo mi parte de culpa por las largas ausencias que he mantenido en la escuela —respondió a Collette.

La escuela St Margaret's era un lugar elitista para formar a damas cultas y refinadas.

Collette se atrevió a preguntar.

—¿Y si Welby se entera de que la profesora particular de su prima está en el hospital, y que ha sufrido un aborto siendo madre soltera? Paga mucho por la enseñanza de su joven prima.

Margaret no quería pensar en ello porque tenía la mente puesta en Chelsea.

—Tiene todos los motivos para enfadarse y retirarnos su confianza, pero sería un problema de gran envergadura porque la escuela no podrá asumir el reembolso del importe abonado por todo un año —afirmó Margaret.

—¿Quién será el padre del bebé de Chelsea? —se atrevió a preguntar la ayudante—. Siempre ha sido muy reservada... —la voz de Collette había bajado de volumen—. Espero que no te veas en una situación difícil por su culpa.

Collette pensaba en el prestigio de St Margaret's. La directora miró a Collette con determinación.

—Como dueña de la escuela —Margaret tomó aire antes de continuar con su aclaración—, tomaré las medidas oportunas para protegerla.

Margaret se levantó del sillón, y caminó directamente hacia la puerta.

CAPÍTULO 2

El día que conoció a Chelsea Cooper, sucedió en una librería. Margaret era una buena lectora, de hecho, su padre siempre le decía que existían pocas armas en el mundo tan poderosas como una niña con un libro en la mano. Y por eso solía llevarla a diferentes librerías. Era el pasatiempo favorito de ella con su padre. Cuando faltó, Margaret continuó visitando las librerías de su niñez. Cuando Chelsea le recomendó un clásico que terminó adorando, fue el comienzo de una bonita amistad entre ambas. Con el paso del tiempo, esa amistad fue tomando forma. Quedaban para tomar té y hablar sobre literatura, y una cosa llevó a la otra. Cenaron juntas e hicieron un par de viajes a Bath. Conectaron tanto que la relación se tradujo en una profunda amistad, hasta el día que Chelsea le pidió ayuda. Su amiga le explicó llena de angustia que estaban a punto de embargarle la casa familiar por una deuda impagada de su hermano mayor, muerto en un accidente naval pues era marino. Margaret no quería que trabajara para ella porque hacerlo significaría perderla como amiga. No podría mantener una amistad entre ambas si Chelsea decidía convertirse en su empleada, pero tanto insistió la otra, y con tanta desesperación, que terminó aceptando.

Chelsea se convirtió en la mejor profesora de la escuela pues tenía una sensibilidad especial para tratar alumnas con problemas de aprendizaje.

El doctor venía por el pasillo, y se dirigía directamente hacia ella.

—Solo puedo permitir una visita —anunció seco.

Kristel y Lucy hicieron sendos gestos afirmativos, y se apartaron hacia un lado para permitirle a Margaret que acompañara al doctor.

—El accidente ha sido muy grave —informó sin mirarla—. Ha perdido el hijo que esperaba —Margaret podía intuir el desagrado del doctor—. No podrá volver a caminar sin ayuda.

Margaret detuvo sus pasos durante unos momentos. El doctor, cuando se percató de que la mujer se había parado, se giró hacia ella para mirarla con atención.

—¿No podrá volver... volver a caminar sin ayuda? —casi no podía formular la pregunta.

El doctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el médico al verla pálida.

¡Por supuesto que no se encontraba bien!

—Una de las piernas quedó atrapada, es posible que no pueda apoyarse en ella como hasta ahora.

—La paciente... ¿lo sabe?

El doctor ya no respondió. Le señaló la puerta de la habitación y se giró para irse. Margaret necesitaba respuestas, pero el hombre no estaba dispuesto a ofrecérselas. Empujó la puerta y caminó hasta la cama.

—¡Margaret! —exclamó la paciente que se había sorprendido en verdad de verla—. Creía que seguías de viaje en Dover.

Hizo lo más lógico en ese momento, cogió una silla, la acercó a la cama, y se sentó muy cerca de Chelsea. Sentía ganas de gritar porque parecía un cadáver, y a la vez quería abrazarla porque debía de sufrir mucho.

—Has estado a punto de perder la vida —Chelsea no respondió—. ¿Por qué no acudiste a mí?

Había censura y dolor en las palabras. Chelsea se tomó su tiempo en responder.

—Nunca imaginé que me quedaría encinta —su voz había sonado contenida, justificada—.

Había firmado un contrato con la escuela por cinco años, pero tenía que arreglar mi situación de madre soltera, pensé que todo estaría solucionado antes de que regresaras.

Entre las dos mujeres se suscitó un silencio prolongado.

—¿Pensabas regresar a la escuela casada?

La paciente hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo haría con mi esposo, juntos te explicaríamos lo que habíamos decidimos.

Chelsea pudo ver en los ojos de Margaret una pregunta de la que tenía que darle una respuesta.

—Lo amo —confesó dijo al fin—. No puedo concebir la vida sin él, aunque lamento haber incumplido mi contrato —Margaret soltó el aliento que contenía poquito a poquito.

Relajó los hombros, y tragó la saliva espesa.

—¿Lo sabes? —le preguntó. Chelsea hizo un gesto afirmativo.

—He perdido el bebé que esperaba —susurró llena de angustia.

Margaret se preguntó si sabría lo de la pierna.

—¿Quién es? —preguntó para desviar la atención. Si el médico no le había informado todavía, ella tampoco debía hacerlo.

Chelsea clavó los ojos en ella.

—No lo conoces, pero deseo tener otra vida además de la escuela.

Ese había sido un golpe bajo e inesperado. Percibía en el tono de Chelsea un resquemor que era nuevo para ella.

—Firmaste el contrato de forma voluntaria. ¿Pensabas dejarme en la estacada? —inquirió la jefa.

Chelsea soltó un suspiro largo y profundo.

—Estoy enamorada —repitió sin mirarla.

Margaret entrecerró los ojos.

—¿Y por qué no fuiste sincera conmigo?

Chelsea desvió la cabeza para evitar la intensa mirada de Margaret. No quería responder a la pregunta, y así lo entendió la otra. Durante varios minutos las dos guardaron silencio. Ambas respiraban de forma desigual, incómodas, y dolidas.

—Mañana tenías una cita con el duque de Houghan —dijo al fin Margaret—, salvo que no pensabas asistir.

La paciente giró la cabeza molesta.

—El duque es un problema menor en mi vida.

Margaret se mordió ligeramente el labio inferior al escucharla porque era cierto. Había perdido el hijo que esperaba, y no podría volver a caminar.

—No merezco que me hables así —la reprendió, aunque le salía el cariño por cada poro de la piel—. Eres una profesora libre, y podías haberme dicho que tenías intención de casarte. St Margaret's no es una prisión.

—Firme un contrato, ¿lo has olvidado?

—No puedo anular la cita con el duque —afirmó Margaret, y por su tono de voz, Chelsea supo que estaba bastante preocupada.

—Ninguna otra profesora conoce los avances de su prima —afirmó.

Chelsea pensó que esa era una verdad indiscutible.

—Si lo perdemos —comenzó Margaret—, puede ser el comienzo del fin para la escuela, y no puedo permitirlo.

Chelsea pensó que Margaret exageraba. La escuela tenía un prestigio propio, y dudaba que el

malestar de un cliente, por muy duque que fuera, opacaría el éxito que cosechaba la institución curso tras curso, aunque viendo el rostro preocupado de Margaret, se dijo que todo era posible.

—Temes que trascienda la noticia sobre mi aborto, ¿no es cierto?

Margaret sabía que las chicas no dirían nada, pero no podía contar con el silencio del hospital si algún periodista buscaba carnaza sobre algún personaje importante que hubiera depositado su confianza en St Margaret's. La confidencialidad estaba garantizada en la escuela, y ella misma procuraba la discreción y el silencio de sus profesoras, pero Chelsea había roto las reglas al huir para casarse porque estaba embarazada.

—Por ese motivo decidí marcharme —se justificó la otra

—Si hubieses contado conmigo, nada de esto habría ocurrido.

Chelsea pensó que lamentarse ahora no llevaba a ningún lugar.

—¿Y qué excusa has pensado para justificar mi ausencia? —quiso saber Chelsea.

—Ninguna.

—¿Entonces?

—He decidido ocupar tu lugar, e informaré al duque sobre la evolución de su joven prima — Chelsea la miró estupefacta.

Tras la sorpresa inicial, miró a su jefa con ojos brillantes.

—Seguro que no se negará —las palabras de Chelsea le provocaron cierto desaliento, como si hubieran sido pronunciadas con una segunda intención que no acertaba a comprender—. Te aceptará porque sabe que eres un privilegio único y que puede que no se repita: la directora y dueña ocupándose personalmente de su prima.

Margaret no solía encargarse personalmente de las alumnas salvo alguna excepción. Que hubiera decidido hacerlo con la prima del duque, era una clara muestra de que se tomaba su negocio muy en serio.

—Te dejaré descansar —dijo Margaret levantándose de la silla.

Chelsea se lo impidió sujetándola del brazo.

—No me dejes —le pidió de pronto—. Necesito tu compañía.

Margaret se quedó a su lado en silencio. Minutos después, decidió entablar de nuevo conversación.

—Chelsea, hay varias cosas que necesito saber... —le costaba continuar, la mujer lo hizo por ella.

—Quieres saber si el duque es tan complicado como su joven prima, ¿verdad? —Margaret carraspeó con cierta incomodidad—. ¡Sí, lo es! Y mucho peor, créeme —respondió Chelsea tajante.

A pesar de la afirmación, Chelsea no percibió alivio en el suspiro de Margaret sino una calmada aceptación.

—No era eso precisamente lo que quería preguntarte —Chelsea la miró con sorpresa—, aunque te agradezco la sinceridad.

—¿Qué deseas saber?

—Al reto que me presento porque las otras profesoras dicen que es un hombre muy complicado —Margaret suspiró de forma suave.

En el pasado, Margaret se había encargado de hacer las sucesivas entrevistas a las familias que solicitaban los servicios de St Margaret's. Las evaluaba, pero cuando la escuela creció, decidió contratar a una prestigiosa profesora francesa para que hiciera su trabajo de evaluación pues ella tenía que ocuparse de otros asuntos, aunque no menos importantes como recabar fondos. Además, no quería ser un rostro visible porque de esa forma reforzaba y protegía la privacidad de

la escuela.

—¿Has vuelto a ver al duque tras aquella primera entrevista para admitir a su prima en la escuela? —preguntó Chelsea con atención.

Margaret negó de forma breve.

—No.

—Debo advertirte, si acaso sigues adelante, que es un hombre muy complicado y exigente.

Como la prima, se dijo Margaret.

—Me notificó que su prima sufría un ligero trastorno que le impedía integrarse o relacionarse con las mujeres de la aristocracia. Por el reto que supuso, acepté a su prima en la escuela.

—Sentiste pena por él —respondió Chelsea.

—Fundé St Margaret's para muchachas como su prima —le recordó ella seria—. Toda mujer debe de tener una oportunidad de integrarse en la sociedad.

Chelsea hizo una mueca. En la escuela había muchachas que no podían leer, mucho menos escribir. Otras que tartamudeaban. Las había muy introvertidas, otras que se desmayaban al ser el centro de atención. En la escuela recibían ayuda para poder enfrentarse el día de mañana a su presentación en sociedad.

—El tipo de trastorno que sufre su prima es muy complejo —informó Chelsea—, por si lo ignoras.

—Complejo —repitió Margaret—, ¿cómo de complejo?

—Tiene problemas con los números, y apenas puede leer porque confunde las letras.

—Entiendo...

—La chica se esfuerza, pero apenas habla ni se relaciona con otras alumnas del centro, pero no la obligo —le explicó, y al momento se sofocó—. Menuda tontería acabo de decir —se excusó Chelsea—. Eres la directora, conoces todo mucho mejor que yo.

—Cuando entrevisté a la chica pensé que su dolencia estaba relacionada con la timidez —dijo Margaret en voz baja—. ¿Tengo razón?, no deseo andar a ciegas.

Margaret recordó la forma en la que la muchacha bajaba la mirada y se retorció las manos mientras ella la evaluaba.

—Sí, también —respondió Chelsea.

—Bien, eso quería confirmar —Margaret parpadeó pensativa.

—Lady Welby suele sufrir pesadillas a menudo... —Margaret la miró con atención—. Por eso le permito tomar un poco de láudano por las noches —la jefa la miró atónita.

Sabía que tomar algún tipo de sedante al principio, sobre todo cuando una alumna no estaba adaptada, era muy práctico, pero parecía que la prima del duque lo tomaba de forma habitual.

—Y hay algo más —Chelsea interrumpió los pensamientos de Margaret.

—¿Qué?

—Su Excelencia nunca ha pretendido que a su prima se le de una atención diferente, pero era necesario —le recordó—. Y siempre le he ocultado que su prima suele tomar láudano para dormir y... —Chelsea calló un momento, buscaba las palabras apropiadas—. Es una necesidad para ella.

Margaret tensó los hombros al escucharla.

—¿Es adicta al opio? —preguntó aunque había entendido perfectamente las palabras de la profesora—. Eso es inadmisible. ¿Por qué no me informaste en su momento? Era una decisión que yo tenía que aprobar.

Chelsea se mordió ligeramente el labio inferior.

—Es la única forma que conoce para descansar.

Los ojos de Margaret se entrecerraron porque la situación tomaba un cariz muy diferente. La prima del duque debía de padecer algún trastorno del sueño.

—Eso no es normal —contestó en voz baja—, y me preocupa.

—Parece peor de lo que es —trató de tranquilizarla Chelsea—. En el tiempo que la conozco, y en la diversas clases, siempre ha sido muy obediente, de verdad.

—¿Quieres decir que tendré que informarle de la dependencia que tiene su prima al opio?

El gesto afirmativo de Chelsea hizo que Margaret chasqueara la lengua. Ahora comprendía por qué motivo el duque de Houghan pagaba tanto porque su prima fuera admitida en St Margaret's.

—¿Mantienes contacto con lady Welby fuera de la escuela? —se interesó.

Eso era algo atípico, y tendría que indagar sobre ello. Se preguntó si alguna otra profesora mantendría amistad con alumnas fuera de los muros de St Margaret's.

—Nos felicitamos en Navidad y en los cumpleaños —Margaret mostró la perplejidad que le provocaba esa respuesta—. Puedo asegurarte que no tendrás ningún problema con ella —afirmó Chelsea con ojos serios—. A veces he tenido la impresión que ha sufrido un profundo shock en su infancia.

—¿Te ha contado algo?

—No se lo he preguntado —contestó.

Margaret no sabía qué pensar al respecto, aunque sustituir a Chelsea le parecía ahora un pequeño problema, si bien no tenía tiempo para pensar en otra alternativa.

—Es una situación bastante extraña —admitió Margaret.

Chelsea lo suponía, y por eso avivó su curiosidad con más datos.

—¿Volvemos al duque? —Margaret asintió—. El duque detesta la impuntualidad —continuó la otra—, y no soporta el olor de ningún perfume.

Margaret iba tomando nota de la información que le suministraba Chelsea. Necesitaba la ayuda de la persona que mejor lo conocía.

—Te agradezco todos los detalles —afirmó seria.

Chelsea asintió.

—En cada entrevista que he mantenido con él, he vestido siempre de gris.

—Es lo que se esperaría de una profesora de St Margaret's.

—Las entrevistas suelen ser largas y cargadas de tensión porque desea que le explique cada detalle, cada cambio... es agotador. —Margaret no pudo sino sonreír por la excentricidad del cliente—. Para evitar un olvido imperdonable, siempre llevo mis apuntes en las entrevistas.

—Una profesora sin referencias sobre una alumna determinada es como si estuviera...

Margaret dejó la frase sin terminar.

—Desarmada —concluyó Chelsea—. Cuando el duque está relajado, es muy dado a los juegos de palabras. En nuestras reuniones se pasa la mayoría del tiempo en duelos verbales.

—Menos mal que paga muy bien la estancia de su prima —apuntó Margaret con cierto sarcasmo.

—Por el servicio, sé que le gusta que le responda siempre con franca intención.

—Duelos verbales, y franca intención —suspiró de nuevo—, no parece tan difícil de llevar a cabo.

Margaret soltó un suspiro, y miró de nuevo a su amiga y empleada. Estaba pálida y tenía un brillo extraño en sus pupilas.

—Lamento haberte engañado —confesó Chelsea de pronto.

Margaret se tomó su tiempo en responder.

—Ahora, no quiero que te preocupes por eso —le dijo sincera—. Debes poner todas tus fuerzas en recuperarte.

—Nunca he querido perjudicar a la escuela —aclaró de nuevo—, y nunca he aceptado sobornos.

Esa afirmación de Chelsea la puso sobre aviso.

—Esa es una afirmación grave.

—Pero cierta, conozco al menos el intento de soborno por parte de un periodista...

Margaret cerró los ojos.

—Agradezco tu sinceridad —Margaret calló un momento—. Desde este momento tendré que tomar medidas.

—El poder no tiene amigos —respondió Chelsea—. Y en St Margaret's hay muchachas con familiares muy ricos e influyentes.

—Ese es parte del triunfo de nuestra escuela: el silencio pactado. Nada que hagan las muchachas bajo la protección de nuestros muros, saldrá jamás a la luz.

—¿Podrás perdonarme?

Margaret respiró profundamente antes de hablar.

—Le has causado a la escuela un daño que puede ser irreparable si tu accidente con el carruaje sale a la luz —le dijo muy seria—. Estás soltera, y estabas encinta, has puesto en entredicho nuestra reputación.

—Estoy enamorada.

—Durante años, ninguna de las educadoras ha propiciado ningún escándalo... salvo tú.

—Estoy enamorada —repitió.

—Tu decisión ha dejado a la escuela en una posición delicada —contestó la directora muy seria—. St Margaret's no puede hacer frente al pago adelantado del duque de Houghan, y yo me veo en la necesidad de sustituirte.

Margaret inspiró de nuevo. Le esperaban momentos muy duros a Chelsea.

—Lamento haberte colocado en esa posición tan complicada —susurró.

—Eres la mejor profesora que ha tenido la escuela —le recordó—, no solamente para Houghan, sino para las alumnas que disfrutaban de tu inteligencia y de tu compañía.

—Quedarme encinta no entraba dentro de mis planes.

Margaret lamentó que no comprendiera lo grave de la situación.

—Ahora descansa, seguiremos hablando en otro momento —contestó grave.

CAPÍTULO 3

La reina de hielo, como la llamaba la aristocracia de Kent, se sentía esa noche agotada. Del puerto había ido directamente a la escuela, después al hospital, y nuevamente a la escuela. Hasta que no lo tuvo todo bajo control, no se dio por satisfecha. Margaret se desnudó y se metió en la bañera. La doncella vertió agua caliente sobre su cuerpo, y se abandonó bajo la templada humedad.

Había enviado un mensaje al duque de Houghan de forma personal para informarle del cambio. Al no recibir respuesta por su parte, le había enviado hasta cuatro mensajes diferentes, aunque estaba convencida de que no le llegarían a tiempo. Cuando el carruaje la recogiera por la noche, se iba a llevar una sorpresa monumental que podría significar la debacle monetaria para la escuela si no lo aceptaba, o el alivio si lo hacía.

Iba a hacer lo imposible para no perderlo como cliente, y aunque solo lo había visto en una ocasión, confiaba en su instinto y profesionalidad. Margaret se envolvió en la toalla y salió de la bañera. Se enrolló el cabello en una toalla más pequeña y caminó hasta el espejo de pie. Con la mano hizo una barrida porque estaba empañado, aunque el gesto no sirvió de mucho, así que optó por servirse un jerez, necesitaba beber algo fuerte y que la calentara por dentro.

Le había costado muchísimo sacar adelante la escuela, y aunque la prensa trataba de averiguar algunos de los nombres de las alumnas que se instruían en St Margaret's para llegar a sus poderosas familias, ella no lo había permitido. Por ese motivo llevaba especial cuidado al elegir a sus profesoras, porque ser profesora en la escuela era una oportunidad por la que cientos de mujeres en Kent sacarían los ojos.

El mundo en St Margaret's era muy satisfactorio, pero también solitario, porque en la mayoría de las ocasiones el gran éxito dependía de un gran sacrificio: la familia propia, pero aquellas mujeres que trabajaban durante un tiempo en la escuela y luego decidían dejarlo, lo hacían mucho más preparadas, y con un estatus social elevado puesto que se habían codeado mientras trabajaban con la alta sociedad. Margaret se enfrentaba en ocasiones a elecciones éticas y morales que nunca habría considerado, como despedir a Chelsea, y mantener a toda costa la privacidad que su negocio precisaba. Había sido siempre muy cuidadosa en la elección tanto de alumnas como de profesoras, y gracias a que se había mantenido fiel a sus principios, el negocio había crecido y prosperado.

Las profesoras pensaban que era fría, que no tenía sentimientos, que solo se centraba en el trabajo, y no les faltaba razón.

Como huérfana, su vida giraba en torno a St Margaret's. Nunca se había planteado casarse por un hecho que le había sucedido en el pasado, y que la había dejado hecha polvo emocionalmente. En la actualidad, su familia la componían las alumnas y profesoras, también su ayudante, y el resto de empleados que lograban que todo funcionara a la perfección.

El edificio St Margaret's estaba ubicado en el mismo corazón del condado de Charin Cross. Tenía veinticinco alcobas, diez recámaras, doce cuartos de baño, dos jardines y tres patios interiores. Cuando murió su padre, Margaret pensó en vender la propiedad, pero algo la detuvo. Con el tiempo surgió la idea de crear la escuela, y decidió mantener el edificio tal y como había sido construido.

La última planta le pertenecía en exclusiva, y era donde estaban ubicadas sus dependencias privadas. El resto del edificio estaba destinado a clases y estancias de las alumnas y profesoras, así como el servicio que incluía varias doncellas, una cocinera, y el ama de llaves.

Dejó la copa que se había servido, se levantó con cuidado, y se dirigió hacia la zona de baño. Una vez en el interior, detuvo el hilo de sus pensamientos. Se quedó desnuda frente al espejo, y se observó con ojo crítico. Ya no era una muchacha impulsiva. Había madurado emocionalmente. Su cuerpo era menos firme pero más redondeado. No tenía la agilidad de las adolescentes, pero se mantenía en forma. Se miró el cabello y valoró recogerlo en un moño complicado para su primer encuentro con el duque porque le daría una apariencia más sofisticada.

Se puso un camisón de satén largo y se cepilló el cabello húmedo, instantes después lo secó con ademanes mecánicos. Cuando dejó la toalla sobre la bañera de metal, escuchó la puerta. Debía de ser Collette pues era la única que tenía una copia de la llave de la puerta de la planta, y la suficiente confianza para invadir su espacio privado sin avisar.

—He sustituido a tu doncella Susan, y te he traído la cena —Margaret escuchó que dejaba la bandeja sobre la mesita auxiliar del salón—. Imagino que no has tenido tiempo de comer nada.

Se colocó una bata sobre el camisón y salió del dormitorio con una sonrisa.

—Eres un ángel.

Sobre la mesa había dejado un plato con variados emparedados fríos y calientes, también té caliente, y una manzana troceada.

—¿Me acompañas? —la invitó.

Collette negó brevemente.

—Te he traído el expediente de Elvey Welby —no lo había pedido, pero agradecía que se le adelantara.

Collette era la mejor ayudante.

—Muchas gracias, no sé qué haría sin ti.

Margaret se sentó en el mullido sofá de piel marrón, y cruzó una pierna sobre la otra con gran elegancia. Tomó del plato un emparedado con delicadeza y se lo llevó a la boca. Collette también tomó asiento frente a ella.

—Las profesoras están realmente conmocionadas por todo este asunto de Chelsea —Margaret podía imaginarlo—. Aunque lo sabían, creo que ninguna llegó a creerse de verdad que serían despedidas si incumplían las reglas.

Margaret masticó lentamente, y miró a su ayudante con atención.

—Es lo correcto, Collette, aunque me crean una tirana.

—No eres una tirana —la rectificó—, ni te ven como tal.

—¿Y cómo me ven? —se atrevió a preguntar, aunque realmente le importaba muy poco la opinión que se formaran los demás sobre ella.

—Como una mujer talentosa, poderosa, respetada, admirada, y hasta temida porque eres rigurosa y exigente.

—Lo que me lleva a ser muchas veces incomprendida por quienes me rodean.

—Cierto —respondió la ayudante.

—Es agradable saberlo, aunque ya lo imaginaba.

Collette continuó.

—Poca gente entiende a las mujeres con tu poder.

—¿Piensas que tengo poder? —repitió Margaret asombrada.

—Intuyes lo que necesitan las muchachas, sabes cómo ayudarlas, y te anticipas a sus necesidades. Si eso no es poder... además, algunas de ellas ya han brillado en sociedad gracias a tu influencia, por eso la gran reputación que tiene la escuela.

—Me gusta esa conclusión —dijo con una mueca que podía interpretarse como una sonrisa.

—Seguro que no ignoras cómo te ven las alumnas y sus familiares.

—¿Las alumnas?

—Todos en general —puntualizó la ayudante.

La conversación tomaba un prisma interesante para Margaret.

—¿Cómo crees que me ven...? —hizo una pausa intencionada—, ¿todos en general?

—Distante, misteriosa, pero siempre rodeada de elegancia.

—St Margaret's es un lugar muy elegante —reconoció sincera.

Había trabajado mucho para que fuera un referente.

—También te ven como una mujer complicada y contradictoria.

—No soy ese personaje cínico que una parte de la sociedad se empeña en mostrarme.

Margaret se refería a las matronas que habían criticado duramente la escuela St Margaret's, y no menos a su creadora. Habían sido despiadados y retorcidos en tergiversar la poca información que obtenían. Un periodista, tratando de buscar una exclusiva jugosa, se había colado en el edificio y sustraído informes delicados sobre ese pasado que ella había enterrado en lo más profundo. Margaret tuvo que pagar cientos de libras para que no saliera a la luz. Afortunadamente, la información no versaba sobre ninguna alumna, sino sobre ella y un hecho del pasado que la había marcado profundamente, y que había sido el detonante para esa actitud fría y distante que adoptaba en el presente. Debido al incidente con el periodista, Margaret había contratado protección para que nadie ajeno a la escuela, volviera a colarse dentro.

—Hay que saber mirar más allá de la apariencia —dijo Collette.

—Muy pocos tienen esa cualidad —argumentó en voz baja—, y paciencia.

—La gente que es buena en lo suyo no se dedica a sonreír constantemente, ¿no es cierto?

Esa conclusión de Collette logró arrancarle a Margaret una sonrisa genuina.

—Muy cierto —respondió dándole otro mordisco al emparedado de pollo.

—¿Te gustó la casa de Dover? —preguntó Collette—. Si adelantaste tanto dinero es porque te decidiste a comprarla.

—El edificio es maravilloso, pero piden cien mil libras.

—No es un precio demasiado elevado —la ayudante hizo algunos cálculos mentales—, podremos asumirlo.

A Margaret le gustaba cuando Collette se incluía en las decisiones de la escuela.

—Es una casa tan antigua que se cae a pedazos.

—Tiene que tener algo que te haya impresionado o no habrías dado ninguna señal.

El brillo en los ojos de Margaret fue muy revelador.

—Las vistas sobre los acantilados de Dover son espectaculares.

—¿Lo llamarás St Margaret's 2? —preguntó Collette con una sonrisa.

Margaret hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Covent House...

CAPÍTULO 4

Margaret vivía como si se encontrara en un ensayo general de teatro diario. El telón estaba arriba, y ella sobre el escenario. Había devorado el día a una velocidad vertiginosa. Había atendido asuntos en la escuela, antes de que le arreglaran el cabello. Su doncella le había realizado un elaborado moño alto, y le había dejado unos rizos sueltos. Cuando no lo llevaba recogido, el cabello le llegaba casi a las caderas. Había encargado semanas atrás en la modista, un par de vestidos de fiesta en tonos oscuros. Un traje de montar en verde, y algunos complementos como pañuelos y sombreros en tonos más claros. Encargó una capa negra con grandes bolsillos donde podría llevar sus artículos personales pues detestaba los pequeños ridículos que no servían para nada.

—El carruaje está esperando. —Collette venía a sumar a la falta de tiempo de Margaret cierta impaciencia—. Estás muy hermosa.

Margaret llevaba un vestido de seda azul muy elegante. Se colocó sobre los hombros la capa oscura que lo acompañaba.

—Espero estar a la altura.

Las palabras fueron pronunciadas en un tono de esperanza que le hubiera arrancado a Collette una sonrisa si el asunto no fuera tan serio.

—Chelsea no tiene tu elegancia —afirmó la ayudante.

—Ni yo su paciencia —contestó Margaret.

Respiró hondo porque en ese primer encuentro se jugaba mucho.

—Todo está preparado.

Margaret se metió en el bolsillo interior de la capa un pañuelo. En el izquierdo las llaves del edificio. No podía llevar nada más, y lo lamentó de veras. Ninguna mujer llevaba bien no disponer de un pequeño neceser con cosméticos.

—Suerte, milady...

Folkestone Park, mansión del duque de Houghan

La elegante construcción era lo que podría esperarse en un hombre de su posición. La mansión era una mezcla de estilos: el Palladian inglés, y el Cinquecento Romano que tanto admiraba la aristocracia de Kent. Una maravillosa construcción victoriana con una terraza alta. El exterior de la casa tenía detalles en terracota y el techo había sido construido para caminar por él y disfrutar de una vista circular por sobre los bosques de los alrededores. Sus imponentes jardines miraban al río.

Margaret pudo escuchar la suave música de la orquesta que amenizaba la velada. El cochero aparcó el carruaje en la escalinata de entrada, y, cuando el sirviente le abrió la puerta, Margaret se encomendó a la providencia.

Trevor Welby, duque de Houghan, esperaba junto a las escaleras hablando con un militar. Cuando vio el carruaje con la ventanilla abierta, se disculpó con él, bajó unos escalones, y cuando el palafrenero abrió la portezuela el duque exclamó:

—¡Bienvenida a Folkestone!

Ella había descendido con mucha elegancia, pero con la cabeza baja, por ese motivo el duque solo pudo ver su coronilla. La mujer alzó el rostro, y entonces los ojos de ambos se clavaron el uno en el otro.

—Me complace escuchar algo así —contestó ella cortés.

Los ojos verdes se clavaron en la figura que había descendido del carruaje. Margaret fue consciente del desconcierto del noble al verla, del leve parpadeo, y de la momentánea ausencia de respiración.

—Usted no es la señorita Chelsea... —no terminó la frase.

—Una afirmación obvia —respondió con voz controlada.

—¡Usted es lady Bradford! —había gran incredulidad en la voz del aristócrata.

Ella respiró profundo y lo miró sin un parpadeo. Agradeció en silencio que la recordara, porque ello simplificaba las cosas entre ambos.

—Chelsea ha sufrido un accidente de carruaje, y no hemos podido avisarle con tiempo.

—¿Margaret Bradford? —volvió a preguntar en esta ocasión, pero con un tono que a ella se le antojó divertido, aunque seguramente se equivocaba.

—La misma —contestó seria.

Margaret no quería dejar ninguna duda sobre su profesionalidad, y, mientras el noble digería la noticia, ella se dedicó a observarlo con mucha atención. Vestía el clásico esmoquin negro, sobre el cuello llevaba un pañuelo anudado en un lazo muy elaborado. Asegurar que la ropa le quedaba perfecta, sería reducir la línea a un punto. Margaret no lo recordaba tan alto ni tan atractivo.

—Estoy ansioso por comprobar los avances de mi prima, confío que no me hastíe con respuestas evasivas, y que no conducen a nada.

—Intentaré responder a cada una de sus preguntas, y le aseguro que no seré evasiva.

—Ha sido toda una sorpresa que la directora de St Margaret's decida acompañarme en esta velada —el brillo enigmático en sus ojos la desconcertó.

Margaret sonrió levemente.

—¿De verdad se sorprende, Su Excelencia?

Era indudable que Welby se sentía así, por eso sus ojos se entrecerraron.

—Es una sorpresa coincidir en este día, y en este lugar, ¿no le parece cuanto menos curioso?

Esa era una conclusión ingeniosa.

—Siempre llevo ventaja —remarcó ella—, sé muy bien en qué día estoy, y en qué lugar puedo encontrarlo, Su Excelencia.

A Margaret le dio la impresión de que su respuesta le había agradado.

El duque repasó con la mirada el atuendo de ella. Margaret se quedó paralizada al sentir como esos profundos ojos del verde más luminoso, dejaban su rostro y recorrían su cuerpo de arriba abajo como si fuese mercancía para comprar. Contuvo el aliento ante la descarada inspección de él, y se sonrojó cuando vio que su mirada se centraba en su busto. No pudo evitar un leve jadeo pues la estaba desnudando con la vista. Finalmente le ofreció el brazo y la dirigió hacia el interior de la imponente mansión. No había en todo el condado de Kent una casa de verano como la del duque. Cuando terminaba la temporada en Londres, era habitual las fiestas y eventos que organizaba el duque para sus amigos.

—La presentaré a mis invitados.

—¿Por ese motivo me esperaba fuera?

—Le estaba dando conversación a sir Richard mientras esperaba a su esposa —Margaret no podía determinar si el tono de Welby era de fastidio o de indiferencia—. La dama se ha retrasado más de lo normal.

El noble la condujo hacia el salón principal y sortearon a varios invitados importantes en su recorrido. Se detuvieron frente un hombre que los miró con curiosidad.

—Paul, permíteme que te presente a lady Bradford.

El conde los atendió con cortesía, y Margaret se percató de que el conde desconocía que ella era la directora de St Margaret's.

—Es un placer, lady Bradford —tampoco parecía que la conocía, detalle que la sorprendió porque el hermano del conde había inscrito a su hija mayor en la escuela.

Margaret hizo una ligera inclinación con la cabeza, y le ofreció su mirada más profesional.

—He oído hablar mucho sobre los cambios que desea instaurar en el parlamento.

—Confío que le haya sido provechoso.

Nada en la postura de Margaret mostraba la sorpresa que le había causado esas palabras que lo mostraban como el creído petulante que era.

El duque esperaba su respuesta muy atento.

—Todo cambio es bueno cuando lleva consigo adelanto sobre los derechos de los menos afortunados, aunque dudo que pueda lograr ninguno.

El conde no entendió la respuesta de ella porque se lo tomó como un elogio, y no como la crítica que era en realidad.

—Me agrada que piense así —respondió pomposo.

—Discúlpanos Paul, pero he de presentar a lady Bradford al resto invitados. Disfruta la velada.

Welby la había soltado mientras ella intercambiaba palabras con el conde. Había cruzado los brazos a la espalda mientras la miraba intensamente. Cuando Margaret sintió un hormigueo en la nuca, se giró hacia él. No se había percatado de la distancia que marcaba con ella.

—Siento la obligación de informarle que el conde no se ha enterado de su crítica hacia su nefasta gestión de las propuestas ofrecidas en el parlamento.

Margaret suspiro.

—Aquellos que tienen el poder, tienen la obligación de mejorarlo —citó tratando de ganar tiempo.

—¿Una limonada? —le ofreció él.

—Champán, por favor —pidió ella porque ya no era una debutante, y le sorprendió que el duque se la hubiera ofrecido.

—Por supuesto...

Cuando segundos después le puso la copa en la mano, los dedos de él rozaron los de ella. Margaret se limitó a beber un sorbo sin dejar de observarlo. Welby tenía esa mirada franca del que sabe que ha vivido más y mejor que muchos nobles, y en cambio no se jactaba por ello.

—No me ha preguntado por el accidente de la señorita Cooper —Margaret tenía que salvar ese escollo cuanto antes.

Esperaba obtener cierta ventaja si lograba monopolizar la conversación.

—Imagino que se encuentra bien porque de lo contrario ya me habría enterado por otros medios —le soltó el duque.

Margaret tenía la sensación de que sabía lo que había sucedido.

—Por supuesto —aceptó.

Durante los siguientes minutos, ambos se mantuvieron en silencio. Welby no la miraba a ella sino al conjunto de invitados. Como se le calentó la copa en la mano, optó por dejarla sobre una bandeja. Acto seguido el noble la cogió por el codo para dirigirla hacia el lugar donde estaba la orquesta. Un gesto sin importancia para la mayoría, pero no para ella.

«Estás perdiendo el control y la objetividad», se dijo así misma.

—Disculpeme, lady Bradford —le dijo Welby de pronto—, tengo que saludar a un conocido, y he pensado que estará mejor aquí cerca de la orquesta hasta que pueda presentárselos.

La dejó sola, y Margaret respiró con cierto alivio aunque su momento de sosiego duró muy poco. El duque le presentó a otros dos nobles que ella conocía porque había leído sus nombres en diversas noticias en la prensa. Los saludó con cortesía y escuchó atentamente las discrepancias que los dos mantenían sobre la política del reino. Ambos preguntaron su opinión, opinión que ella se guardó de revelar, y los animó con sonrisas y con gestos amables para que ninguno se sintiera desairado.

Welby le ofreció una copa de jerez.

Margaret lo miró con sorpresa porque no se la había pedido.

—Las princesas que se creen sofisticadas paladean champán, pero solo las mujeres valientes y decididas se atreven con jerez seco —como lo afirmaba bastante serio no se le ocurrió contradecirlo.

¿Por qué había utilizado Welby la palabra princesa? Algo se le escapaba. Aceptó la copa que le tendía y se la bebió de un trago. Estaba más fuerte de lo que había pensado.

—Cuidado —le advirtió—, podría embriagarse —se burló.

Margaret supuso que regresaban al juego verbal que tanto gustaba a los hombres excéntricos como él. Había perdido el primer asalto, pero no pensaba perder ni uno más.

—Eso sería un resultado imperdonable —contestó ella tranquila—, porque el exceso de alcohol es incompatible con la intención de guardar secretos.

Welby la miró con ojos entrecerrados.

—Nunca olvide que a quien revele sus secretos venderá su alma —citó él en voz baja.

Margaret le mostró una sonrisa tímida.

—Así que conoce los versos del poeta Stevenson.

—Soy un hombre instruido.

Ella le sonrió.

—Si algo admiro de los hombres es que guardan mejor las confidencias ajenas que las propias, y lo más sorprendente, jamás se avergüenza de ello.

Algo brilló en las pupilas de él, y Margaret supo que había captado por fin la atención que buscaba desde que salió del carruaje.

—¿Ha disfrutado de la opinión de Kendall y Morrison? —Margaret seguía en esa postura erguida que la mostraba elegante—. En política, ¿por cuál se decantaría?

Eran los dos hombres que le había presentado el conde momentos antes, y ambos aspiraban a ser el primer ministro de Inglaterra.

—Me he limitado a escuchar lo que decían.

Welby la tomó del codo para guiarla entre los invitados hacia otro salón menos concurrido.

—Está aprendiendo el juego de callar lo que piensa —ella se dejó guiar confiada—, pero recuerde que eso se sale de las reglas.

Margaret veía la doble intención en cada palabra.

—Bueno, cuando se obedecen las reglas se pierde la diversión, ¿no lo sabía?

—Las trampas son un mal necesario —admitió—, sobre todo en política.

—Bueno, la política nunca me ha interesado... salvo para mejorar lo mejorable —la pausa había sido intencionada.

Welby la escuchaba con mucha atención.

—Ahora quiero saber lo que realmente piensa —le dijo él. Ella guardó silencio—, para saber a lo que atenerme en su grata compañía.

Margaret soltó un suspiro casi imperceptible al escucharlo. La conversación con él era mucho más complicada de lo que había imaginado cuando aceptó.

—Pienso que las trampas han convertido la política en un arte.

—¿Un arte? —inquirió.

—El arte de obtener el dinero de los ricos y el voto de los pobres con el pretexto de proteger a los unos de los otros.

—¡Touché! —afortunadamente el resto de la velada en la mansión del duque, transcurrió tal y como Margaret había esperado, de forma mucho más placentera.

CAPÍTULO 5

Welby había perdido la cuenta de las copas de champán que se había bebido ella porque sonreía demasiado y tenía los ojos brillantes. Había cenado muy poco, y había comenzado a soltar soflamas feministas que incomodaron a algunos invitados muy conservadores, por ese motivo había decidido apartarla de ellos y llevarla a un salón privado lejos del resto de invitados donde podría recuperarse en intimidad, y esperar a que se le pasara la euforia del champán. Ella insistía que estaba bien y que podía cuidarse sola. Él se encontró sonriendo, pero llevándola del codo con su reticencia.

Cuando los dos se quedaron a solas, ella pudo sentir como el poder que de él emanaba penetraba en su cuerpo, podía sentir como la desnudaba y escrutaba su mente. Como acto reflejo giró el rostro, entornó los ojos, y caminó algo tambaleante hacia las dobles ventanas. Se quedó mirando tras las enormes cristaleras que tenían una panorámica completa del jardín trasero.

—Esto es precioso —dijo ella, pero se le trabó la voz un poco—. Nunca he visto un jardín tan cuidado.

—Creo que no debería beber más.

Margaret dejó de mirar a través de los cristales, y se giró despacio hacia la voz. Welby traía sendas copas de champán desmintiendo su comentario anterior sobre lo que había bebido que habían sido solo tres copas, ¿o habían sido cuatro? Margaret pensó que había bebido esa noche más que ninguna otra en su vida, pero la velada era tan tediosa y aburrida, que se refugió en el champán para que le resultara tolerable, hasta que escuchó el comentario mordaz de uno de los invitados sobre la escuela que ella dirigía. Si Welby no la hubiera sacado casi arrastras, lo habría abofeteado.

Tomó la copa sin un titubeo.

—¿Continuamos la conversación que pospusimos antes de la cena? —le preguntó él.

Margaret aceptó la invitación de sentarse en el sillón de terciopelo mientras él tomaba asiento justo enfrente. Durante varios minutos, se dedicaron a observarse en silencio, como si el resto de horas pasadas no hubieran sido suficientes.

—Me pregunto si está aquí porque necesita más libras para su escuela —afirmó de pronto—. ¿Busca un inversionista?

Margaret decidió no irse por las ramas.

—Estoy aquí por cada centavo que ha entregado a la escuela.

El hombre vestido impecablemente sonrió de pronto por su respuesta franca.

—De modo que Chelsea ha sufrido un accidente de carruaje, ¿no le parece demasiado oportuno? —dijo como si lo hiciera para sí mismo.

Margaret cayó en la trampa de lleno. ¿Dudaba el duque del accidente que había sufrido?

—Ha sido un accidente bastante grave, puedo asegurarlo —respondió—. Y repercutirá en su salud futura.

El duque entrecerró los ojos.

—¿De qué forma? —preguntó él—. Porque mi prima debe seguir teniendo la mejor educación de la escuela.

—La señorita Elvey seguirá teniendo la mejor atención, puedo asegurarlo.

—¿Puedo confiar en su palabra?

Parecía que dudaba del accidente, de ella, de todo.

—No tengo motivos para ocultar la verdad —Margaret apretó ligeramente los labios—. La

señorita Chelsea Cooper ha sufrido un accidente que la mantendrá alejada de St Margaret's.

No pensaba decirle el motivo real.

—¿Y quién se ocupara de la educación de mi prima? —Margaret lo miró solmene—. ¿Está cualificada para mostrarme los progresos de Elvey?

A puntilloso no le ganaba nadie, se dijo Margaret.

—Es costumbre en St Margaret's que todas y cada una de las profesoras estén al tanto de los progresos de las diferentes alumnas.

El duque se terminó la copa de champán y la dejó sobre la bandeja, un segundo después se posicionó mejor en el amplio sillón.

—Se le da muy bien analizar a las personas —respondió él. Ella se mantuvo en un silencio prolongado—, pero a mí también.

Estaba claro que ambos hablaban de cosas distintas.

—Detecto un trasfondo de sarcasmo en esa afirmación —apuntilló Margaret que se sentía un poco mareada.

—El sarcasmo es el condimento favorito para darle un prisma diferente a la conversación, ¿no opina lo mismo? —por alguna extraña razón, a Margaret le pareció que se habían invertido los papeles—. No se tome a mal mis palabras.

—No lo hago.

—Me siento halagado de poder conversar con usted.

Margaret miró a su alrededor, y de pronto se percató de que estaban solos en una estancia alejada del resto de invitados. Ya no escuchaba la música.

—¿Por qué estamos aquí los dos a solas? No es correcto, puede comprometer mi reputación.

Trevor la miró de arriba abajo con cierta insolencia.

—Es la directora de la escuela de mi prima, es normal que desee escuchar sus adelantos educativos, además, deseo conocerla mejor.

Si pretendía ponerla nerviosa con esa aclaración, acertó. El duque la descolocaba por completo. Y por supuesto que sería del todo normal que hablaran sobre la prima, pero si no fuera tan tarde.

—¿De verdad desea conocerme mejor? —la sonrisa de Margaret lo descolocó—. Porque no admitimos hombres en St Margaret's —lo provocó con humor repentino.

—Hábleme sobre cómo se le ocurrió fundar la escuela.

—Prefiero hablar sobre los progresos de su prima.

—Entonces, ¿no piensa satisfacer mi curiosidad sobre usted?

Ella fue directamente a la yugular.

—He venido a hablar su prima. Es el motivo de que esté en Folkestone.

El duque cruzo una pierna sobre la otra.

—Lady Welby, deduzco que siempre le ha preocupado que no la tomen en serio por ser una mujer tan hermosa.

Había quedado claro que a él le daba exactamente igual la sugerencia de ella de hablar sobre su prima.

—Es una preocupación normal en una mujer inteligente.

—La inteligencia es una cualidad rara en una mujer.

Por su tono, no supo si era una broma o lo decía de verdad. Tras su comentario, Margaret se tomó unos segundos en darle una respuesta. Pensó que había equivocado el rumbo de sus contestaciones, y decidió tirar a matar, como él.

—Nunca esperaría un comentario así de un galante caballero, aunque, sí, de un hombre que

sufrió en su juventud las burlas de sus compañeros de clase, ¿o quizás fue en la universidad?

Los ojos de Welby quemaban.

—Maneja muy bien el sable de las palabras —afirmó él.

Margaret era una mujer madura, responsable, y había tratado con verdaderas bestias en el pasado.

—Mucho mejor con aquellos que son de sonrisa fácil y de apariencia atractiva.

Los ojos de Welby brillaron con admiración.

—Sin lugar a dudas vale cada libra que pago en su escuela.

A Margaret comenzaba a gustarle esa mirada.

—Mi escuela es la mejor del reino.

—Confieso que sus otras perlas pierden el brillo a su lado —él se refería a las profesoras de la escuela, y ella no supo si tomarse esas palabras como un cumplido o como un avance—. Podría acostumbrarme fácilmente a su compañía.

Welby la taladraba con la mirada. Los enormes ojos resplandecían en una cara de ángel, y su cabello, del que se habían desprendido un par de mechones, caían sobre un rostro que tenía una extraña característica de belleza salvaje, y que era capaz de dejar al hombre más mundano sin palabras. Sus bien formados senos se dejaban notar bajo la tela del vestido de fiesta. Margaret Bradford era una mujer increíblemente hermosa.

—Me alegra que piense así —ella se refería a la opinión que le merecía la escuela—. Las mujeres ignoran su verdadera estatura hasta que se ponen de pie.

Welby volvió a llenar las copas de champán.

—Un alegato feminista. ¿Su padre no ha sabido contener ese ímpetu?

Podía contestarle con la verdad.

—Soy huérfana.

Por alguna extraña razón, Margaret sintió que él ya conocía toda la información sobre ella.

—Yo también —Trevor siguió—. ¿Cómo murieron sus padres?

—Mi madre murió de escarlatina, y mi padre murió en un accidente de barco años después.

Trevor la miró con los ojos entrecerrados. Que lo dijera tan directamente le había impresionado, pero lo que Margaret ignoraba era que él lo conocía todo sobre ella desde hacía muchos años.

—Los míos también murieron, mi madre, cuando yo era un niño pequeño.

—Confío que ahí se terminen las similitudes entre ambos, Su Excelencia.

Cuando decía su título, marcaba distancia entre ambos, y Trevor no pensaba permitirlo.

—¿Le asustaría queuviésemos más cosas en común además de la orfandad?

Ella se atrevió a preguntar:

—¿Cómo qué?

—Atracción física... —Margaret echó la espalda hacia atrás para apoyar mejor el peso del cuerpo sobre el respaldo del sillón. Welby había tocado una nota que no se encontraba en ninguna partitura, lo que la desconcertó—. ¿La he asustado?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ha comenzado a respirar precipitadamente y las pupilas le brillan de forma intensa —ella no apartó la mirada—. Si hubiera estado acariciándola íntimamente sería lógico, pero como no es el caso, debo suponer que la he asustado.

¿Cómo demonios la conocía tan bien? ¿Y qué hacían los dos hablando intimidades cuando su presencia en la mansión era por un asunto meramente profesional? Si Margaret fuera una mujer dócil, si fuera prudente, modesta, tranquila y nada impulsiva, se habría mordido la lengua antes de

responderle de forma seca:

—No siento atracción física hacia usted.

Él le sostuvo la mirada sin un parpadeo, y supo que le había mentido.

—¿Ni lo más mínimo? —insistió.

—¿Se sentiría mejor si así fuera? ¿Lo necesitaría para su orgullo varonil?

La media sonrisa del duque la dejó un poco nerviosa.

—Me temo que no.

—Pues entonces ese asunto lo hemos dejado muy claro —afirmó dura.

Welby la miró tan ardientemente que le hizo tragar la saliva con fuerza.

—Yo sí siento atracción física por usted. ¿No lo ha notado?

Margaret parpadeó para ocultar la sorpresa que las palabras de él le provocaron.

—Le pido, por favor, que volvamos al tema de su prima, o tendré que marcharme.

—Pero es algo normal, es una mujer hermosa —le dijo él calmado en parte su inquietud—, y yo no soy de piedra.

No sabía si soltar un suspiro de alivio o de preocupación.

—¿Hablamos sobre los progresos de su prima?

—Debo decirle que estoy más que satisfecho con mi visita a Kent.

El duque seguía yéndose por las ramas.

—Y lo estará más cuando vea los progresos de su prima —insistió.

Trevor volvió a llenar las copas de champán. Margaret ignoraba cuántas había bebido, pero llevaba demasiadas porque sentía la cabeza pesada y el ánimo ligero.

—Admiro su sentido de la prontitud al responder.

Ella se permitió una sonrisa de verdad.

—Y eso que no afilé el sable todavía.

Duque y lady se quedaron mirando de forma fija, como si siguieran midiéndose. Si él la veía como un rival digno de atención, ella también.

—Volveremos a hablar por la mañana —dijo él de pronto—. Temo que no le ha sentado bien el champán. Como si fuera una debutante, ¿verdad, Margaret?

La mujer le reconoció el mérito de tratar de escandalizarla a cada momento, y decidió ponerlo en su sitio.

—Permítame que le recuerde que no soy una debutante. Todavía no hemos hablado sobre su prima, y esta conversación es del todo indecorosa.

Welby sonrió.

—Es toda una mujer —a ella le pareció que le hablaba en doble sentido, y se molestó un poco—. Pero no está en condiciones de mantener una conversación equilibrada.

Ella no le siguió el juego. Estaba realmente escandalizada por sus palabras y acciones, pero se sentía también atraída por su magnetismo.

Debía de ser el champán, porque se sentía atraída por el duque.

—Prefiero tratar el asunto aquí y ahora.

—¿Le he dado la impresión de que tendré en cuenta lo que prefiera?

No, Welby era un hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya.

—Me ha dado la impresión de que no le gusta perder el tiempo —admitió ella con la mirada distraída—. Y a mí tampoco me gusta perder el mío.

Trevor se dijo que había dado en el clavo.

—Mañana seguiremos hablando...

Margaret, por alguna razón, deseaba entregarle los informes sobre su prima, como si de esa

forma pudiera acabar su trato con él y largarse. La tensión de las últimas horas le pasaba factura porque estaba comenzando a enfadarse.

—No soy una jovencita a la que pueda manipular —le espetó ella.

El duque la taladró con la mirada. Margaret suspiró suavemente.

—He traído los informes sobre su prima —le dijo muy seria—, y deseo entregárselos y marcharme.

El duque entrecerró los ojos hasta reducirlos a una línea. Margaret Bradford era una mujer de duro trato pero de exquisito comportamiento. Cuando tiempo atrás solicitó una plaza en su selecta escuela para su joven prima, buscaba que ella se encargara personalmente, y por eso sufrió una tremenda decepción cuando buscó para su prima otra profesora. Desde que la vio por primera vez en el SS Great Britain, y a pesar de ser solo una niña, se había convertido en una obsesión para él.

—Le recuerdo que es una invitada en mi casa.

—Nunca lo olvidaría —afirmó rotunda—. Pero estoy aquí por un motivo en concreto, y pienso finalizar la tarea y marcharme —le reveló.

—¿Desea marcharse? —le preguntó a bocajarro—. Es muy tarde, y ya le he ofrecido la hospitalidad de Folkestone.

Ella no se había percatado de que el evento había terminado hacia mucho tiempo. ¿Por eso estaba sentada en una salita privada con el dueño de la mansión?

Margaret sonrió sin humor.

—No debo estar aquí a solas con usted.

Parecía que se había percatado del tremendo error que había cometido.

—¿Por qué? —insistió el otro—. No es una debutante, sino toda una mujer.

¿Se burlaba de ella? Se preguntó.

—Porque soy una dama, y puede comprometer mi reputación, así que debo marcharme de inmediato —dijo ella de pronto.

—Es muy tarde —repitió Welby de nuevo.

Margaret se levantó de forma muy lenta para enfatizar sus movimientos elegantes y medidos. Levantó la copa que sostenía, y se bebió el último trago que le quedaba. Estaba mareada, confusa, eufórica, y no tenía modo de saber cómo llegaría a casa.

—Por favor, ¿podría pedirme un carruaje?

Trevor estaba perplejo por su comportamiento. El poseía el mejor carruaje de toda Gran Bretaña, pero no pensaba ayudarla a regresar. ¿Acaso no se daba cuenta de que sería más escandaloso salir de Folkestone a esas horas de la madrugada? Ella se giró, y comenzó a andar hacia la puerta, pero tropezó con la esquina de la mullida alfombra, cayó al suelo, y fue incapaz de levantarse. Trevor corrió presto a ayudarla.

CAPÍTULO 6

Sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan íntima que dejó de pensar y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en ella. Entreabrió los labios permitiendo que la cálida lengua penetrar en el interior de su boca. Cuando sintió el contacto, se estremeció. Era la primera vez que alguien la besaba de esa forma tan intensa y avasalladora, y en ese momento todas las barreras de años que ella había construido se vinieron abajo. En ese instante se dio cuenta que deseaba a ese hombre, y lo demás no importaba.

Margaret despertó de pronto.

Afortunadamente, había sido un sueño, pero le dolía la cabeza. No estaba acostumbrada a beber, pero lo había hecho, y ahora cosechaba los resultados. Estaba en una alcoba que no conocía. Buscó con los ojos su ropa, pero no la encontró. Giró el rostro y miró el lado de la enorme cama que ella no había utilizado pero que estaba desecho.

¿¡El duque se había acostado con ella!? ¡Por san Jorge!

Maldijo por lo bajo porque estaba perdida. Su reputación estaba hecha trizas. Era de día, y ella estaba con él en la mansión sin acompañante. Se llevó la mano a la boca para contener un gemido. Todos los invitados la vieron marcharse con él...

Margaret estaba abrumada por la vergüenza, y completamente desolada.

Era una mujer adulta, con una reputación intachable, y que había tirado por la borda por unas copas de champán. Se pasó la mano por el cabello para ordenarlo un poco mientras se levantaba con cuidado. Tenía que encontrar su ropa.

—El desayuno espera —escuchó decirle desde el amplio vestíbulo. La estancia tenía un pequeño salón, un vestíbulo, una pequeña biblioteca, y una zona de baño apartada.

Margaret sintió el impulso de taparse con la colcha, ¿la habría visto vestida solo con la camisola? ¿La había desnudado él? La prenda le ofrecía escasa protección para su mirada aguda. Sin embargo, él vestía impecable de los pies a la cabeza. Ella lo miró directa a los ojos, y vio un brillo de complacencia que le dijo todo sin que él hubiera pronunciado palabra.

—Estoy perdida —confesó avergonzada—. La directora de St Margaret's ha ocasionado el escándalo de la temporada.

Sentía deseos de llorar, y era la primera vez que le ocurría.

—Sí —afirmó el duque sin dejar de mirarla.

—¿Podría devolverme mi ropa? —preguntó ella—. Deseo marcharme.

La voz se le había entrecortado porque estaba a punto del llanto.

—Soy un caballero, y he decidido ayudarte en este delicado momento —le dijo tuteándola por primera vez.

Margaret ignoraba la hora que era.

—¿Y no importa mi opinión al respecto?

La sonrisa de él la descolocó por completo.

—Después de pasar la noche juntos bajo el mismo techo, me temo que no.

Ella había cometido una terrible imprudencia, y que iba a pagar muy caro.

—Deseo marcharme, necesito mi ropa.

—Ya no hay remedio, Margaret. El escándalo va a ser monumental.

Ella lo miró aterrada.

—Puedo arreglarlo.

—Primero vamos a desayunar —le sugirió él—. Y después trataremos de arreglar este

entuerto.

—No tengo ni apetito, ni intención de desayunar —dijo mientras se tapaba con la colcha.

Él, carraspeó para llamar su atención.

—No me gusta desayunar solo, y no puedo permitir que te marches sin hablarme de los progresos de mi prima, para eso viniste a Folkestone.

El recordatorio actuó sobre el ánimo de Margaret como si la hubiera atropellado un carruaje. Sufrió resaca, no encontraba su ropa, y estaba a punto de mandarlo todo al diablo.

—Todo esto es un desastre, y por favor, me gustaría vestirme, pero no encuentro mi ropa —le explicó para que entendiera su reticencia.

—He ordenado que la limpien y la planchen —ella lo miró con sorpresa en sus bonitos ojos—. Olía demasiado a perfume.

Margaret se mordió ligeramente el labio inferior. La noche anterior no se perfumó siguiendo el consejo de Chelsea, pero había olvidado que todo su vestuario incluidos sus baúles olían al perfume que utilizaba normalmente.

—¿No te lo dijo la señorita Cooper? Odio a muerte el olor de perfume —ella siguió en silencio—. Te prestaré una de mis batas porque en la casa no hay vestuario de mujer.

Margaret bajó la cabeza.

—Me arreglaría con un vestido de la doncella —susurró ella—. Hasta que me traigan el mío

—No hay doncellas en Folkestone. —Por ese motivo nadie había venido a despertarla, ni le había preparado una tina con agua caliente—. Hay un mayordomo, un cocinero, un cochero, dos mozos de cuadra...

La cabeza de ella se alzó.

—¿Y quién lleva la limpieza de la casa, y las compras?

—Tendría que preguntárselo a George, que es el mayordomo, pero como todo funciona a la perfección, no me he visto en la obligación. Me reafirmo, te prestaré una de mis batas.

—Se lo agradezco.

—En el futuro, ahórrame el sufrimiento de tener que oler tu perfume.

Desde luego que el duque era un hombre peculiar e insolente.

—Está elaborado por uno de los mejores perfumistas de París —se defendió.

Welby caminó hacia el vestidor y escogió la primera bata que vio: de seda blanca. Cuando se la tendió, ella se acercó para cogerla y entonces él se inclinó hacia ella y olisqueó su cuello.

Margaret sufrió un sobresalto. El comportamiento de él no era el de un caballero. ¡Estaba completamente loco!

—Tu perfume natural es delicioso...

Margaret se puso bata de seda sobre la camisola, y caminó detrás de él hacia el comedor. Aceptó que le separara la silla y tomó la servilleta de lino que le tendió. Welby le sirvió un poco de zumo en una copa de cristal tallado.

—Estoy pensando la mejor manera de proteger tu reputación —le dijo poco después de sentarse.

—Gracias a Dios no soy una debutante —le recordó.

Había sido una jugada maestra del mejor libertino quitarle la ropa, prestarle la suya, y tenerla cohibida sentada a la mesa. Margaret no podía tener una apariencia menos sofisticada y sería que vestida con una bata de hombre y descalza, lo que la situaba en clara desventaja.

—Anoche te divertiste demasiado —Margaret decidió que era todo un detalle por su parte recordárselo—. Tuve que alejarte de los invitados porque estuviste a punto de iniciar un escándalo. Casi golpeaste al marqués de Tully.

Ella lo recordaba. Pero no llevaba muy bien que criticaran su labor como directora de St Margaret's. Simplemente se había defendido.

—Confío no haberle confesado nada personal —lo había dicho para restarle tensión al momento.

Si las miradas quemasen, Margaret estaría ardiendo en ese preciso momento con la que Welby le dedicó tras escucharla.

—Ni te imaginas todos los secretos que me has revelado.

¿Por qué le parecía que le hablaba siempre de forma íntima? ¿Porque lo hacía!

—Todo esto no es correcto, yo no debería estar aquí a solas... —no pudo continuar.

Cuando terminó de untarle la tostada con mantequilla y mermelada, se la pasó, Margaret no la tomó. Seguía mirándolo muy seria. Estaban los dos solos, sin servicio. Al menos podía agradecerle ese detalle. Si nadie del servicio la veía, no habría cotilleos.

—He llegado a la conclusión, que la mejor forma de acallar los chismes, es admitir que estamos prometidos.

Margaret lo miró asombrada. No podía hablar en serio.

—Eso es un disparate —pudo decir al fin.

Las cejas de Trevor se alzaron con sarcasmo.

—Pues ya me cuentas como piensas explicar que has pasado la noche en mi casa, bajo mi techo, y sin la protección de una acompañante —Margaret tragó con fuerza—. Y si no te importa tu reputación, debería importarte la de la escuela.

Ella sintió sus palabras como un puñetazo en el estómago.

—Nadie creerá que estamos prometidos —susurró sin mirarlo.

—Ya no eres una jovencita —le recordó él—. A nadie le sorprenderá que estés buscando un posible marido, y la sorpresa será que has hechizado al duque de Houghan.

Margaret lo miró con tristeza.

—Todo esto le divierte —afirmó sosteniéndole la mirada—, porque soy una completa desconocida.

La mirada de él debió indicarle que sucedía todo lo contrario a su afirmación.

—Será un compromiso ficticio —le dijo serio.

Margaret parpadeó tratando de comprenderlo.

—¿Y qué ganaría Su Excelencia con toda esta farsa? —le preguntó franca.

Él, sonrió de oreja a oreja.

—Que las matronas me dejen en paz de una vez por todas —le explicó sin un titubeo—. Deseo quedarme un tiempo aquí en Folkestone para seguir personalmente los avances de mi prima, y deseo pasar mi tiempo de forma tranquila sin tener que asistir a unas fiestas y bailes que detesto.

Margaret parpadeó atónita. Una sospecha se fue formando en su mente.

—Por eso me animó a beber —lo acusó directa—, para obtener una forma de coaccionarme.

—No lo pensé anoche —admitió él—, pero lo hice esta mañana, y es la solución perfecta.

Margaret se dedicó a analizar bien la situación en la que se encontraba. Si no aceptaba su sugerencia, no solo habría malogrado su reputación, sino que la escuela podría sufrir un maremoto de cálculos indefinidos. Si ella fuera la prometida de él, estaría justificado que hubiera pasado la noche en la casa. Si aceptaba, la reputación de la escuela se salvaría. No era una niña asustada, ni una jovencita inmadura. La ruptura de un compromiso le facilitaría a ella más libertad de actuación en el futuro.

El duque pudo apreciar que ella analizaba los pros y contras de su propuesta.

—Si acepto, debemos establecer unas reglas.

—Nunca admito normas que no tengo intención de cumplir.

La sinceridad de él resultaba apabullante.

—Olvida que soy una dama —le recordó.

Margaret podría pasar por alto algunas excentricidades, pero no todas.

—Eso no me quedó muy claro anoche.

Margaret alzó el mentón al escucharlo, ¿a qué se refería?

—Quiero seguir teniendo el control sobre mis actos durante el tiempo que dure nuestro falso compromiso —Margaret no cogió la tostada que él le ofreció, en su lugar tomó un par de cruasanes pequeños y los puso en su plato desplazando el cuchillo.

Era la tercera vez que Welby sonreía, como si adivinara cada palabra de ella.

—¿No te gusta la mantequilla y la mermelada? —preguntó él con tono casual.

Margaret sufrió de pronto una revelación. ¿Y si lo sucedido a partir de su llegada en carruaje hubiera estado orquestado por él? ¡La había comprometido a propósito! De repente, desechó el pensamiento. Él no podía saber que sería ella la que llegaría a la mansión, ni que bebería tanto champán, ni que se mostraría tan osada e impulsiva con algunos invitados por sus argumentos machistas. Además, el duque era el soltero más perseguido de toda Inglaterra.

—¿Qué estás pensando? —quiso saber al verla tan callada.

—Que todo esto es demasiado apresurado —dijo en un tono completamente sorpresivo—, pues no me conoce ni sabe quién soy.

Welby le sostuvo la mirada.

—Por supuesto que sé quién eres —respondió. Ella contuvo la respiración durante un instante—. ¿Piensas que dejaría mi prima al cuidado de cualquiera?

Su afirmación la desconcertó todavía más.

—Por supuesto que no pretendía insinuar algo así —la disculpa era sincera—. Pero no soy la persona más indicada para fingir un falso compromiso con alguien que apenas conozco.

—¿Quién te ha dicho que no eres idónea para un compromiso sea simulado o no?

—A la vista está de que no lo soy —contestó sin dejar de mirarlo.

—¿Ese es todo tu argumento?

Margaret soltó un suspiro suave.

—Siempre hay tres clases de argumento —dijo ella—, el suyo, el mío y el correcto. ¿Está de acuerdo?

—Eres perfecta para simular el papel de mi prometida —soltó de pronto.

Margaret dejó el cuchillo forma suave. Indudablemente la compañía de ella resultaba idónea para él porque ya no era una jovencita y el compromiso parecería más real. Sobre todo cuando se anunciara la ruptura.

—Creo que todo esto es un dislate.

Él, sonrió de medio lado.

—Es perfecto para mis intereses, y para la escuela, no lo olvides.

—Porque pienso en la escuela, me tomo el asunto con la seriedad que requiere la situación —respondió ella con voz profesional—, insisto, ¿puede existir otro medio de solucionar esto?

—No —admitió franco—. Eres perfecta, porque eres esa persona que sin tocarme me hace sentir todo. —Margaret lo miró un momento sin comprender, un segundo después supo que no le hablaba con doble intención—. Cuando fui por primera vez a St Margaret's, esperaba que te ocuparas personalmente de mi prima. Creo que no me he recuperado todavía del desaire.

—No soy profesora, soy la directora de St Margaret's.

—Nimiedades —contestó seco—. Yo quería lo mejor para Elvey.

—Todas las profesoras de la escuela son competentes —respondió firme y sosteniéndole la mirada—, mujeres preparadas, mucho más que yo.

—Cuando fui por primera vez a St Margaret's —repitió él—, fue mirarte una vez... —el duque no continuó.

Margaret no lo había percibido. Nada en la postura de él le había mostrado interés o curiosidad.

—No debo aceptar esta locura —la razón había hablado por fin.

—¿Vas a devolverme entonces las cinco mil libras que he pagado? Porque te obligaré a ello si no me ayudas con el falso compromiso.

Devolverle el dinero era impensable porque no lo tenía, lo había entregado como adelanto para comprar la casa de Dover.

—No —contestó llanamente.

—Entonces, aceptarás ser mi falsa prometida el tiempo que esté en Kent.

—No va a salir bien.

—¿Porqué eres tan negativa? —ella hizo un esto negativo bastante elocuente—. Es la solución perfecta para ambos, sobre todo para ti. —Margaret sonrió de forma leve. Era muy rápido en las repuestas—. Y, llámame Trevor, sería raro que no me tuteases puesto que estamos prometidos.

—Está bien, Trevor,

Esas palabras lo habían alegrado.

—Tómame el té, se te enfría —ordenó seco.

Tomó su taza de café y se la llevó a los labios.

—¿Cómo sabías que no tomo leche?

Trevor simplemente sonrió, y de tal forma que la inquietó.

—¿Te pongo nerviosa?

Ella no tuvo reparos en admitirlo.

—Sí.

—¿Sabes una cosa, lady Bradford? —ella escuchaba atenta—. Vamos a disfrutar mucho de esta relación.

—Algo me dice, que voy a salir perdiendo.

Trevor sonrió de oreja a oreja e ignoró su comentario anterior.

—Como la princesa dueña de su destino...

CAPÍTULO 7

La noticia del compromiso entre ambos no había suscitado tanto escándalo como ella había temido. Margaret se había extrañado porque todos en el condado de Kent lo habían aceptado sin hacer preguntas, sin cuestionar nada. Como prometida, era normal que se hospedara en la mansión, aunque Trevor había traído a Folkestone Park a una tía suya que debía de tener más años que Matusalén, para acallar cualquier murmuración sobre la estancia de ella. Lady Ophelia era una mujer de más de ochenta años que se pasaba el día durmiendo.

Margaret había insistido porque prefería asistir a todos los eventos hospedada ella en la mansión, que permitirle a él visitar a diario la escuela.

El siguiente evento al que debía asistir junto a su falso prometido, era un almuerzo con el embajador francés Pierre Dumont que se encontraba visitando Londres, y que se había desplazado hasta el condado de Kent porque deseaba mantener un encuentro con el duque. Ella ignoraba que era un pariente lejano por parte de madre.

Margaret se había vestido para la ocasión con un vestido azul de seda de cuello alto, corpiño ceñido, canesú y mangas largas de encaje y falda amplia.

—¿Estás preparada?

Le escuchó preguntar desde el salón. Welby era todo un caballero pues nunca interrumpía los momentos que ella necesitaba tanto para arreglarse como para desvestirse.

—Ahora lamento haberle deseado la muerte a cupido tantas veces en el pasado. Estás espectacular.

Ella sonrió complacida. Trevor estaba parado en el hueco de la puerta.

—Es el cumplido más ingenioso que me han dicho nunca, gracias.

Welby la observó moverse y pensó que lo hacía respondiendo a una elaborada y fina coreografía. Estaba perfecta, era perfecta. Ella le puso la mano en el brazo y todos sus sentidos se dispararon. Tuvo que respirar varias veces para tener de nuevo el control sobre el aliento que exhalaba.

Ya sentados en carruaje, Trevor le indicó al cochero que arrancara.

—Deberías conocer algo sobre mí —le dijo de pronto—, por si alguien desea curiosear en nuestro pasado para este compromiso del presente, como por ejemplo que no me gusta la ópera —le anunció—, adoro a los felinos, y detesto ser el centro de atención —esa información inesperada y ofrecida de forma voluntaria, hizo que Margaret lo observara con atención—. Debes conocer algunos aspectos sobre mi personalidad —insistió.

—Yo adoro viajar —contestó Margaret correspondiendo a la información que le había brindado él momentos antes.

—Me enfada el exceso de comunicación entre las personas —siguió Welby.

—A mí me asusta la gente que tiene poder y que no sabe utilizarlo.

—Yo lo utilizo muy bien.

Esa afirmación no era presuntuosa, aunque supuso que pretendía impresionarla. Margaret se dijo que no hacía falta que se esforzara mucho porque casi podía palpar su talento, y sobre todo su carácter excéntrico. Era un hombre exitoso, con innato estilo y una seguridad abrumadora, además de posesivo.

—¿Qué te gusta hacer normalmente cuando no asistes a un evento? —la pregunta de Margaret lo pilló desprevenido porque estaba ensimismado observándola.

—Leer tranquilamente, y pasear por los jardines de Folkestone.

Margaret no pudo contener una sonrisa por esa respuesta espontánea. Un atasco los dejó parados casi llegando a destino.

—Nos retrasaremos —se lamentó Margaret.

—Un Welby nunca llega tarde, genera expectativas —la calmó él con mirada enigmática.

El carruaje comenzó a rodar de nuevo.

Como se había temido Margaret, durante el evento, la conversación había discurrido sobre la política de Francia. Y las mujeres que los acompañaban se dedicaron a hablar en francés entre ellas ignorándola. Era un desaire en toda regla, pero Margaret desconocía que su hermosura las incomodaba, por eso, cuando quisieron hacerle partícipe de una conversación insustancial sobre moda parisina, respondió con monosílabos. Cuando las francesas se percataron de que ella no quería intervenir en la conversación, la dejaron tranquila, y ella se dedicó durante el almuerzo a pensar en la escuela, y en sus alumnas.

El embajador le llenó la copa de champán y la animo a brindar.

—Creo que he logrado un socio en Inglaterra.

Estaba claro que el embajador francés poseía información privilegiada para inversores, y el duque de Houghan la fortuna para invertir.

—Por el socio entonces —brindó ella.

—Por mi racha de buena suerte y por los puentes tendidos —dijo Trevor, y logró descolocarla. El duque tenía la capacidad de sorprenderla cuando menos lo esperaba. ¿A qué racha de buen suerte se refería?

—Nunca se construye un puente donde no hay río —le advirtió ella con mirada calculada.

Trevor simplemente le guiñó un ojo cómplice.

—Eres el bonito arco iris que asoma entre mis nubes grises, y pienso disfrutar de la vista todo lo que pueda.

Margaret pensó que los halagos de Trevor eran bastante osados y elegidos, precisamente, para todo el que los observara, pero en el fondo le gustaban. Y admitió que se sentía atraída por él. Era un excitante jeroglífico por resolver.

Habían pedido más champán, pero ella declinó beber una segunda copa. Recordaba perfectamente el fiasco cometido noches atrás.

—Me gustaría conocer algo sobre tus inversiones —dijo interesada cuando el embajador comenzó una conversación con la mujer que tenía sentada a su lado.

—Cuando me cuentes por qué motivo fundaste St Margaret's.

El evento se iba a alargar algunas horas más porque los asistentes seguían bebiendo y celebrando. Trevor la cogió de la mano. Margaret estuvo a punto de retirarla, aunque se contuvo a tiempo. Instantes después la soltó como si el gesto de acercamiento fuera natural.

A ella se le había acelerado el corazón.

—¿Deseas que te hable sobre cómo invierto mi fortuna? —ella hizo un gesto significativo con la cabeza—. Poseo una naviera en Irlanda.

—¿Fabricas barcos? —le preguntó.

Trevor asintió.

—Además poseo la mejor caballeriza de Inglaterra —Margaret pudo detectar orgullo en su tono de voz—. Los potrillos que crío, y que se convierten en bravos sementales, me reportan verdaderas fortunas.

—Impresionante.

—Pero el merito no es todo mío —confesó humilde—. La naviera fue fundada por mi padre, a quien le debo todo lo que soy.

Margaret iba a formularle la pregunta que toda dama tenía prohibida, pero se detuvo a tiempo.

—Es lo que hacen los padres, legar lo que logran a sus hijos —los ojos de Trevor se oscurecieron. Aunque había más personas en sentados a la mesa, parecía que estaban ellos dos solos—. No te tomes a mal mi curiosidad —le dijo ella.

—Es ley de vida —respondió—. Salvo en mi caso porque todavía no estoy casado ni tengo una familia.

—¿Piensas tenerla? —le preguntó osada.

Trevor se quedó pensativo.

—Para los que tienen un título y fortuna como yo, cualquier relación de pareja que no se forje con un contrato de por medio, está destinada al fracaso.

—¡Vaya! Un escéptico del amor —susurró ella en voz baja.

—Soy un firme defensor de disfrutar la soltería hasta que no quede más remedio —explicó sincero.

—Qué triste destino —se burló ella.

—Pienso disfrutar de las ventajas hasta que la obligación me exija dar un heredero al ducado, pero no antes.

—Esas palabras suponen toda una armadura protectora frente a posibles ataques al corazón por las flechas de cupido —Margaret hablaba de forma suave sin perder el contacto visual—, y debo confesarte que me apena la opinión que tienes sobre las mujeres.

—Una mujer anhela posición, fortuna, y un esposo que no la moleste.

—Y yo que pensaba que sucedía al contrario, que eran los hombres los que anhelaban un heredero, poseer a una mujer hermosa, pero que la misma no lo moleste salvo lo necesario.

Margaret había hablado desde el corazón. La mayoría de matrimonios entre la nobleza, se realizaban sin mediar amor de por medio, solo interés.

—¿Te decepciona conocer que puedo ser incapaz de experimentar las sensaciones de un amor intenso por otra persona?

La pregunta de Welby tenía trampa.

—Me es indiferente —respondió evasiva—, simplemente me he emocionado al escucharte hablar sobre tu padre y el legado que te dejó.

Era la explicación más espuria de cuantas le habían dado a lo largo de su vida.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le preguntó Trevor.

—¿Hasta el punto de querer formar una familia? —preguntó a su vez.

—No eres precisamente una jovencita.

A la vista estaba de que Welby no se andaba por las ramas.

—Desde luego que eres adorable cuando te lo propones —se defendió atacando.

—¿Mi sinceridad te molesta?

—Digamos que me provoca un chirrido horrible en los oídos cuando dices comentarios como la referencia a mi edad. Y te recuerdo que todavía no estoy considerada una solterona.

—Pero no has respondido a mi pregunta.

—No tengo necesidad de casarme para obtener posición ni fortuna —aceptó decirle.

—¿No deseas tener hijos? —Trevor no podía creérselo.

Margaret era la mujer más excitante de cuantas había conocido.

—Las alumnas de St Margaret's son como mis hijas.

—No has respondido a mi pregunta —la acusó él.

—¡Ahhh! Su Excelencia, ya sabes por tus comentarios anteriores, que no existe el amor

pacífico pues siempre lo acompaña la moneda de la felicidad y la del sufrimiento —admitió la mujer—. Pero debo decirte que llegará el momento para nosotras: el día que podamos disfrutar de las mismas libertades que un hombre, y sin las consabidas consecuencias.

—¿Hablamos de libertinaje y amantes? —lo había dicho en voz muy baja.

—¿Por qué los hombres no pueden disfrutar de la simple compañía de una mujer sin tratar de convertirla en su amante? —esa pregunta paradójica llevaba quemándole en la boca durante mucho tiempo.

Trevor cruzó una pierna sobre la otra, ladeó ligeramente la cabeza sin apartar los ojos de ella.

—Debo comunicarte que no todos los hombres buscan intimidad cuando están con una mujer, de la misma forma que no todas las mujeres buscan matrimonio, ¿no es cierto? —esas palabras le habían dicho mucho más sobre él que si hubiera estado cien años analizándolo.

El resto de la velada transcurrió de forma idílica pues Trevor se deshacía en halagos y en gestos que sí que dieron mucho que hablar los días siguientes.

CAPÍTULO 8

Margaret disfrutaba de Folkestone porque era un lugar increíble.

Un sirviente había traído en el carruaje del duque parte de su vestuario para que ella no tuviera que desplazarse. Margaret le había pedido a su secretaria que mantuviera en secreto la noticia de su compromiso con el resto de profesoras, no quería que en la escuela se sucedieran las elucubraciones cuando finalizara el tiempo para el compromiso que Trevor había programado. Cuando él regresara a Londres, ella quería seguir en Kent tan tranquila como antes de su llegada.

La tía Ophelia no era buena conversadora porque olvidaba a menudo el tema de conversación que mantenía. Así que no pudo recabar información sobre el duque como había sido su intención.

Esa tarde en particular, pudo responder a las diversas invitaciones que se le acumulaban. Era todo un detalle por parte de Collette enviarle la correspondencia que creía importante con un mensajero.

El duque tenía que atender un asunto urgente, asunto que no podía atender desde Folkestone Park. Ella ya había quedado con Collette que no acudiría a la escuela a menos que fuese imprescindible. Volvió a visitar a Chelsea y la encontró mucho más animada, y se preguntó si acaso desconocía el precio que había pagado por tomar una decisión imprudente. Pero Chelsea seguía comportándose como si no hubiera sucedido nada, y de nuevo se preguntó si acaso lo ignoraba.

Margaret se despidió de Chelsea deseándole que se recuperara pronto. Después visitó el banco. Ordenó una transferencia de quinientas libras a la cuenta de su amiga, dinero que podría utilizar para alquilar un local modesto y abrir la librería que tanto había anhelado en el pasado. Habló con Cécile Sorel, la prestigiosa doctora que trabajaba para St Margaret's, quien le había informado que habían ingresado en la escuela tres alumnas más. Una de Birmingham, otra de Cambridge, y la última de Bristol. St Margaret's contaba con un total de diez profesoras, pero al ritmo que aumentaban las alumnas, tendría que contratar a más mujeres cualificadas. El periodo de selección solía ser muy duro pues muchas prometían cualidades que luego no poseían, como la empatía y la paciencia.

Recibió un mensaje de Trevor dándole instrucciones para la cena de esa noche. Le pidió que se vistiera de forma especial, y que estuviera preparada a las seis. A esa hora pasaría en carruaje a recogerla, y la apremiaba a que no se demorase. No le suministró ninguna información sobre el lugar hacia dónde la llevaría, pero a Margaret tampoco le preocupó porque esa noche le apetecía estar rodeada de gente. Si Trevor tenía la mente ocupada con otros comensales o invitados, no estaría tan pendiente de ella, y así podría observarlo mucho mejor. Se levantó del sillón y caminó hacia el vestidor. Debía escoger un vestido acorde a las preferencias de él, y se decantó por uno en color aguamarina de amplios volantes, y escote discreto. La doncella se lo llevó para plancharlo porque hacía mucho tiempo que no lo utilizaba.

Caminó hacia el salón para mirar la hora del reloj que reposaba sobre la repisa de la chimenea, eran las cuatro y media, si se daba prisa, podría estar bañada sobre las cinco, y estar vestida para las seis.

Trevor fue tan puntual como le había dicho. A las cinco y cincuenta y seis minutos llegó para buscarla. Ella lo esperaba en la amplia escalinata conversando con el mayordomo. El empleado le hizo un gesto, y ella giró el rostro, al ver a Trevor sonrió, y él se llevó la mano al pecho como si quisiera protegerse el corazón de la mirada cálida que le dirigía. Caminó directamente hacia

Margaret y se inclinó ligeramente sobre ella para susurrarle:

—No te quepa la menor duda de que te prepararé el té cada mañana.

Le gustó esa forma particular de halagarla.

—Esperaba que te gustara el vestido.

—Te encanta que me encante —repitió—. Pero estoy maravillado.

—Es un poco excesivo si contamos que suelo ser bastante moderada.

—A mí también me gusta la moderación, pero sin extremos.

Él iba con el típico smoking negro que le sentaba tan bien.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

Trevor le ofreció el brazo de forma galante, y ella lo aceptó con una mueca de agradecimiento.

Su sorpresa fue inesperada cuando el cochero los llevó al puerto de Dover. allí embarcaron en un barco privado que pertenecía al propio Welby. Trevor le explicó durante el recorrido que el barco tenía en la actualidad el valor de quinientas mil libras, y que tenía pensado venderlo. Si Trevor pretendía impresionarla con su detallada explicación, no lo consiguió. No era el primer barco lujoso que pisaba.

El capitán, acompañado de un hombre que no conocía, los recibió en cubierta.

—No creí que aceptaras mi invitación —le dijo Trevor al invitado.

Welby estrechó la mano del hombre e hizo las oportunas presentaciones. El moño se le había deshecho a Margaret por la brisa marina.

—Ni yo que terminaras a tiempo.

—Finalmente he podido solucionar el problema —contestó Trevor.

Margaret imaginó que se refería al problema que lo había mantenido alejado de la mansión durante varias horas.

El capitán los llevó con el resto de invitados que esperaban, y la sorpresa de Margaret se tornó en desagrado cuando se encontró cara a cara con el hombre que le había hecho la vida imposible en el pasado.

Trevor la sintió tensa y la miró con curiosidad.

—Lo siento —se disculpó ella—, me ha dado un escalofrío.

Trevor miró la fina capa que llevaba sobre el vestido de noche y entrecerró los ojos preocupado.

—Tenía que haberte comentado que íbamos a navegar, pero habría estropeado la sorpresa.

—¡Lady Bradford! —la voz del barón le sonó bastante calculadora—. Qué difícil es que coincidamos en un mismo sitio aunque vivimos en el mismo condado.

Trevor miraba a uno y a otro con atención.

—Sí, que es una coincidencia —fue su escueto comentario.

Margaret se había quedado rígida.

—¿Os conocéis? —inquirió él.

Pero Margaret no pudo responderle porque el resto de invitados comenzaron a agasajarlos. Entre ellos se encontraba el conde de Wigston, un príncipe prusiano, el marqués de Banbury, y varios nobles más que iban acompañados de sus respectivas esposas. El champán corría por doquier, pero no pudo escaparse de las garras del barón porque no se separaba de su lado. Encontrarse con él era lo que menos esperaba.

Atendió con cortesía la charla del marqués mientras Welby conversaba animadamente con la esposa del príncipe. Mirando el atuendo del resto de invitadas, lamentó haber escogido un vestido tan ligero.

—Me da la impresión de que trata de esquivarme, ¿se esconde, milady?

La voz del barón era tan incómoda como su mirada.

—Difícilmente puedo esconderme en un lugar lleno de gente —contestó firme.

—Me gustaría que conversáramos un rato —Margaret lo miró con acritud. Michel Bois era el barón que había encargado a un periodista que asaltara su intimidad y sustrajera información confidencial que la había perjudicado seriamente—. Se comentan cosas muy jugosas sobre St Margaret's...

Margaret respiró profundamente.

—Lo que ha oído y repite hasta la saciedad podría ser cierto o podría ser falso, aunque viniendo de usted me inclino por lo segundo.

—¡Vaya! Disparando a matar —Margaret no supo qué le molestaba más, si la presencia del individuo o que Welby la dejara sola tanto tiempo—. Ha pasado mucho tiempo desde aquello, ¿verdad?

—No, el suficiente —contestó un poco molesta.

—Hay asuntos inconclusos entre ambos, y que no pienso olvidar.

Margaret lo miró de frente sin un parpadeo.

—Le recuerdo, milord, por si lo ha olvidado, que lo que ordenó a su secuaz se llama robo.

—Tenga por seguro que voy a desenmascararla delante de esta sociedad hipócrita. Pienso hacerle pagar aquello, aunque me cueste la vida. Buscar en sus asuntos sucios, es lo mínimo que se merece.

—¿Y esa es su excusa? —le preguntó atónita. Él, hizo un alzamiento de hombros—. Que saque a la luz las miserias de otros, no va a disminuir las suyas.

El barón hizo como si no la hubiera oído.

—¿Existe una relación íntima entre el duque de Houghan y la esquiva y fría lady Bradford? —la pregunta había sonado como un insulto.

Margaret estaba sorprendida porque estaba claro que el barón desconocía el compromiso ficticio entre el duque y ella, pero había logrado que sus palabras le provocaran ansiedad.

—Si me disculpa...

Ya se giraba para marcharse pero las palabras de él la detuvieron.

—Voy a ser implacable —las palabras habían sonado a amenaza.

Desde luego que la noche se había convertido en un fiasco. Si ella pensó en algún momento que discurriría sin incidentes, se había equivocado de pleno.

—Desde luego que puede serlo —le dijo con voz demasiado tranquila en vista de las circunstancias—. Ya me lo demostró en el pasado.

El conde desoyó su respuesta.

—Me ha costado mucho coincidir con usted, y no pienso desperdiciar la oportunidad.

Margaret entrecerró los ojos e hizo un barrido lento con ellos por el salón del barco.

—Puedo imaginarlo, pero no podría esperar menos de usted —el hombre no respondió al insulto velado—, y no puedo llegar a entender por qué St Margaret's le despierta tanta admiración.

—En realidad me provoca desprecio —la corrigió.

Las cejas de Margaret se alzaron con inusitada sorpresa.

—Ya comprendo... —Margaret se tomó unos instantes antes de continuar, pero lo hizo como si se dirigiera a una tercera persona—. No soy culpable, lo sabe, fui tan víctima como su familia —ahora lo hizo mirándolo de forma directa sin un pestañeo—. Y no voy a tolerar ninguna amenaza por su parte sin que... —no continuó la frase.

Margaret había dicho una realidad, y cuando escuchó el jadeo casi imperceptible del barón, supo que sus palabras lo habían molestado. Lamentó su impulso aunque no las retiró.

El pasado debía quedar atrás.

—Está muy equivocada —el conde siseó las palabras—. Mi interés por destruirla nada tiene que ver con que sea directora. Conoce perfectamente mis motivos.

Margaret apretó los labios. En el pasado le había causado muchos problemas.

—Si continúa en esos ataques sobre mi persona, tendré que tomar medidas.

Trevor apareció de repente detrás de ella, y el hombre cambió por completo la expresión hosca de su rostro.

—Su Excelencia, ignoraba que fuera un cliente asiduo de la escuela de señoritas St Margaret's —Trevor desconocía el motivo para la animadversión del barón—, ni que fuera un amigo tan íntimo de lady Bradford.

—¿Creando problemas, Michel? —la pregunta del marqués hizo que el otro sonriera—. Disculpá a mi primo por parte de madre. No suele encontrarse cómodo en un barco.

Tanto Trevor como Margaret ignoraban que ambos hombres eran primos.

—Creo que lord Bois desea conocer la relación que me une con lady Bradford —dijo Trevor con voz seca y dirigiéndose al barón.

—Eso es algo que nos gustaría saber a todos —apuntó el marqués sin dejar de mirarlos.

Para Margaret quedó claro la curiosidad que despertaba para todos.

—Es mi prometida —dijo de pronto Trevor.

Margaret esperaba esa explicación. Lord Bois entrecerró los ojos calculador. Sin pretenderlo, Welby había dado carnaza, y de la buena.

—¡Esa es una noticia extraordinaria! —lo felicitó el marqués.

Margaret se mantuvo en silencio sin dejar de observar los gestos del primo del marqués, ni las explicaciones que a continuación les suministró Trevor a todos. Se mantuvo discretamente en un segundo lugar.

Bois la iba a llevar justo donde no quería ella: a sus secretos mejor guardados.

CAPÍTULO 9

Se despertó sobresaltada. Habían regresado del barco pasadas las dos de la madrugada, y, como Margaret había estado tan tensa, sufrió una jaqueca importante que la obligó a tomarse unos polvos para que le calmaran el dolor.

Se masajeó las sienas porque le palpitaban. Apenas había probado nada de la excelente comida que se sirvió a bordo. Lord Bois había logrado incomodarla hasta un punto inimaginable.

—El desayuno está en la mesa —escuchó que decía el mayordomo desde el pasillo.

Margaret necesitaba una doncella, y tenía que decirselo a Trevor. Su tía no servía como ayudante por la edad que tenía.

—Estaré lista en treinta minutos.

Se apresuró a darse un baño rápido, y se colocó un vestido de fácil abotonadura porque tenía que hacerlo sola. Tardó más de treinta minutos en llegar al comedor, y eso que no se había lavado el cabello, si lo hubiera hecho, habrían sido dos horas.

Trevor le separó la silla de la mesa de forma galante.

—Gracias.

—Tienes mejor color.

Ella sonrió agradecida. No solía sufrir jaquecas a menudo, pero cuando ocurrían, la dejaban con menos voluntad que una muñeca de trapo. Él ya le había untado dos tostadas con mantequilla y mermelada de ciruela. Se las colocó en el plato. Le sirvió té en una taza. A ella le extrañó que hiciera el trabajo del mayordomo, pero ignoraba que al duque le encantaba servirla.

—Me siento realmente mal —dijo ella mientras miraba el desayuno con desinterés.

—¿No te gustan las tostadas con mantequilla y mermelada? —esa misma pregunta se la había formulado días atrás.

Margaret posicionó la espalda en el respaldo de la silla y lo miró seria.

—En St Margaret's decido lo que desayuno cada mañana.

La sonrisa de él la descolocó.

—¿Dulces en lugar de tostadas? —le preguntó con humor.

—Precisamente...

Pero no era cierto porque a ella le gustaba mucho la variedad, pero esa mañana, y debido al dolor de cabeza, sentía el estómago revuelto. La tía de Trevor hizo su entrada en el comedor en ese preciso momento.

—¡Me he dormido! —exclamó la mujer con una sonrisa.

Estaba encantada con el compromiso de su sobrino, y le gustaba Margaret porque la trataba con consideración y no como si estuviera loca.

—Por cierto que sales en el Times —ese comentario dicho por Trevor había logrado despejarla por completo.

—¿Y dice algo interesante? —el tono de voz de ella fue indiferente.

—Puedes leerlo tú misma después.

—No suelo perder el tiempo con tonterías.

Él continuó como si ella no hubiera expresado su opinión.

—Leyendo el artículo he podido captar entre líneas que el autor de la noticia siente una cierta animadversión por St Margaret's, o quizás por su dueña, no puedo estar seguro del todo —era una reflexión dicha así mismo pero en voz alta.

Margaret le dio un mordisco a la tostada. Lamentaba haberse encontrado con el barón porque

la noche podía haber sido maravillosa. Sin embargo, tiempo atrás se había prometido que jamás iba a permitir que le provocara miedo, y las últimas horas pasadas habían demostrado lo equivocada que estaba.

—La verdad es que resultó toda una sorpresa ver al barón entre la alta aristocracia de Kent —se atrevió a decir aunque en voz muy baja.

—Está emparentado con el marqués —le aclaró él—. Aunque su título es menor, la nobleza no suele rechazar sus asistencias a eventos.

Ella, ni pidió la explicación ni la esperaba.

—Solo me sorprendió verlo, nada más —concluyó firme.

—¿Hay algo que te gustaría contarme? —Margaret guardó un silencio cauto porque en verdad tenía mucho que contar, pero no era el momento adecuado—. ¿Qué sucedió entre lord Bois y tú?

Margaret dejó la mitad de la tostada sobre el plato y bebió de su taza de té sin dejar de mirarlo.

—Imagino que siente frustración al no poder pagar una plaza para un familiar en St Margaret's —mintió ella.

Trevor silbó sorprendido.

—Es cierto que las cuotas son muy elevadas.

Como no sabía cómo tomarse esa afirmación, decidió mostrar la prudencia que la caracterizaba.

—La escuela es elitista —le aclaró—, donde se forman a las futuras duquesas, marquesas, y condesas de Inglaterra.

—También están inscritas muchachas que no pertenecen a la nobleza —le recordó él.

—No es un tema de conversación que me interese mantener a esta hora de la mañana —trató de excusarse.

—Pero es una tema de conversación que me interesa muchísimo.

A Margaret se le había quitado el poco apetito que tenía. Suspiró levemente antes de contestarle.

—Está bien —dijo de pronto—. El motivo para que fundara St Margaret's, era para ayudar a muchachas con problemas, como tu prima —días atrás Margaret le había dado todos los informes sobre la evolución de la prima del duque.

—Creí que estaba pensado para mujeres que tendrán que ocupar el día de mañana un lugar preferente en el reino.

—También —respondió—, pero la idea inicial era ayudar a cualquier muchacha que necesitara una educación especial, salvo que esa buena intención no pagaba las facturas.

Welby se inclinó sobre la mesa en un gesto que la puso nerviosa. Veía grabado en el hermoso rostro femenino esa dulce tristeza de las inteligencias precoces.

A Margaret le molestaba la forma de escudriñarla que tenía.

—Pues me alegro mucho de que cambiaras tus perspectivas porque mi prima está mejorando mucho.

—Me alegro de que pienses así.

Trevor entrecerró los ojos, y sin dejarla de mirar atentamente.

—¿Crees en el amor a primera vista? —preguntó de pronto él cambiando de conversación.

—No —respondió ella muy rápido.

—Yo, sí.

Margaret lo miró atónita.

—Te contradices —le reprochó—, te recuerdo que eres un firme defensor de la soltería hasta que no haya más remedio —Welby sonrió de medio lado.

—Tienes buena memoria.

Volvió a llenarle la taza de té. Margaret hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza sin dejar de mirarlo. El mayordomo conversaba con la tía en el otro extremo de la mesa.

A Margaret le parecía cuanto menos curioso esa forma peculiar de comportamiento.

—Esta conversación no conduce a ningún lugar —protestó ella que deseaba levantarse y poner distancia entre ambos.

—La conversación que mantenemos no es menos inteligente que otras que hemos compartido.

—No me agrada que indagemos en asuntos personales.

Trevor tensó la espalda y cruzó una pierna sobre la otra de forma muy elegante.

—¿Crees en el amor a primera vista? —volvió a inquirir sobre lo mismo.

—Me resulta curioso que me preguntes si creo en el amor a primera vista cuando ya te he expresado mi opinión al respecto.

—¿Sabes lo que me resulta curioso de ti? —ella hizo un gesto negativo con la cabeza—. Lo más fascinante de ti es que me gustan hasta esos detalles que no soporto en otras mujeres —el rostro de Margaret era indescifrable—. Hablo completamente en serio.

—Me gustaría tomarte en serio, de verdad, pero hacerlo sería ofender mi inteligencia —respondió seria—. Y me encuentro en la obligación de advertirte, que no debes continuar por ese camino —se puso más seria todavía—. Esto es un compromiso ficticio, Su Excelencia.

—Me sorprendes, lady Bradford.

Welby analizó minuciosamente a la mujer que tenía en frente. Se encontraba ante un ser misterioso. La forma particular de hablar, de moverse, estaban pensados meticulosamente para dar la apariencia de mujer fría, pero él sabía que no era cierto porque era seductora.

—Hablo muy en serio —le advirtió—. No deseo romperte el corazón.

—Es curioso —comenzó él—. Lo cierto es que cada cual elige la forma de destrozarse el corazón, ¿no te parece?

Margaret supo por instinto que habían llegado a un punto de no retorno. Lo veía en la expresión de su cara, en el brillo de sus ojos.

—¿Te han roto el corazón alguna vez? —la pregunta la hizo en un tono tan suave que Trevor tuvo que aguzar el oído para escuchar mejor la siguiente que le formuló—. ¿Una mujer? —el duque soltó un suspiro largo—. Lamento que te rompieran el corazón —se solidarizó ella.

Welby continuó su larga explicación.

—Ninguna mujer me ha roto el corazón —terminó por aclararle muy serio—, todavía.

La mirada caliente que le dirigió la puso muy nerviosa.

—Yo no voy a romperte el corazón —insistió ella.

—Lo sé —respondió él—. Al menos conscientemente.

—¿Hay alguna otra forma de romperle el corazón a un hombre? —preguntó ella.

Él, hizo un gesto afirmativo.

—Muchas lo han intentado —apuntó él—, salvo que no lo han conseguido.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Para impresionarte.

—Lo estoy, créeme.

—Y porque por primera vez en mucho tiempo tengo ganas de hacerle el amor a un princesa dueña de su destino. —Margaret pensó que ya no caminaban por arenas movedizas, se habían metido de lleno hasta el cuello.

Ella recordaba esas palabras porque se las había dicho de niña a un chico en una fiesta. Abrió los ojos de par en par y soltó un jadeo de asombro.

—¡Tú! —exclamó atónita—. El chico que quería ser Lafayette.

Trevor le mostró una sonrisa sincera.

—Me gustaría decirte que Lafayette ha regresado, pero debo admitir para ser justos, que ese era el sueño que sentía antes de conocer todo lo que se esperaba de mí.

Margaret lo compadeció.

—Podías haberme dicho entonces quién eras pues no te reconocí.

—Me sentí francamente mal cuando no hiciste ni el menor gesto de reconocermé.

—Lo lamento —admitió franca—. Tenía diez años cuando nos vimos por primera vez en aquel barco, era imposible que te reconociera —se disculpó.

—Ni te imaginas cuánto me afectó —reconoció él—. Desde aquella noche, no pude olvidarte, tampoco lo intenté —Margaret soltó un suspiro largo y pesado—. He seguido tu vida y tus logros desde entonces, y me gusta la mujer en la que te has convertido —ella lo miró cohibida—. Me gustas demasiado, lady Bradford.

Cada vez que Trevor pestañeaba se le aceleraba el pulso y la respiración.

—No negaré que existe una cierta atracción entre ambos —confesó de forma sincera—, pero no pienso convertirme en tu amante.

Trevor entrecerró los ojos y medio sonrió.

—Ya no estás en edad, mi querida Margaret, de dejar pasar el tiempo y de negarte tus propios deseos —las palabras de él le arrancaron una mueca.

Había logrado aumentar la tensión del momento.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —cortó ella en tono serio aunque el brillo de sus ojos desmentía el de su voz.

—El deseo que me provocas es nuevo para mí —reconoció sencillo—. Pero no tengo intención de casarme todavía.

Margaret se tomó su tiempo en responder. Estaba claro que el duque de Houghan quería llevarla al lecho.

—Podemos solucionar esto ahora mismo —Margaret se levantó con prisas y sin mirarlo.

Trevor supo que ella se lo había tomado muy mal.

—No deseo que te vayas, mucho menos después de todo lo que me ha costado convencerte para que aceptaras nuestro compromiso.

—Falso compromiso —lo corrigió.

Entonces ella vio el brillo incandescente de sus ojos verdes, y la verdad quedó clara para ella. Todo había sido un ardid para comprometerla, y ella había picado el anzuelo.

—Me marcho —dijo con toda la dignidad que pudo reunir—. Y da por concluido el acuerdo. El duque se levantó también y la sujetó del brazo para impedirle que se alejara.

—No pienso permitirlo —ella entendió la amenaza.

¿Por ese motivo había entregado tantas libras a la escuela? ¿Cómo una medida de control hacia ella?

—¿Todo este ardid es simplemente para llevarme a tu lecho?

—Sí —admitió franco.

Margaret abrió la boca, pero la volvió a cerrar completamente enfurecida.

—¿Estás loco!

—De deseo por ti...

Margaret no se esperó el asalto a sus sentidos que Trevor le provocó. La sujetó más fuerte

por los brazos, la acercó a su cuerpo, inclinó la cabeza, y la besó apasionadamente.

Margaret se sintió extrañamente impotente, y a la vez viva entre sus fuertes brazos que la sujetaban, y después de unos segundos, notó el cambio de actitud de él. Ya no la obligaba sino que había liberado su brazo y ahora el suyo era como una pesada cadena alrededor de su frágil cintura que la atrapaba en un torbellino. Sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan íntima que la obligó a dejar de pensar y a entregarse a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en su interior. Sin saber cómo, entreabrió los labios permitiendo que la cálida lengua masculina penetrar en el interior de su boca. Cuando sintió aquel contacto se estremeció. Era la primera vez que alguien la besaba así, de forma tan apasionada, y en ese momento todas las barreras de años que ella había construido se vinieron abajo. En ese instante se dio cuenta que deseaba al duque de Houghan, y lo demás no importaba.

Después de una eternidad, Trevor finalizó el beso. Ella estaba paralizada, y con los cinco sentidos desbocados.

—Nuestro compromiso sigue en pie —le aclaró—. De lo contrario, pienso hacerme con el control de tu escuela —esa sí que era una amenaza disuasoria.

Margaret sentía de nuevo con el control sobre su pulso. Se separó un par de pasos de él, y lo miró indignada por la amenaza y las libertades que se había tomado con ella.

—No lo he dicho en serio —él le sonreía con la boca, pero no con la mirada—. Es simplemente que no deseo que te marches.

Como Margaret no podía devolverle las cinco mil libras, ni podría librarse del escándalo público, aceptó continuar, pero con unas reglas.

—Me quedaré lo estrictamente necesario —afirmó—. Pero no pienso mantener intimidad contigo —le aclaró—. Y no pienso tolerar ni un beso más.

—No son simplemente besos, Margaret —dijo él tan formal que la piel de ella se erizó—, es un deseo abrumador lo que me provocas. Pero no habrá más besos a menos que los pidas.

Margaret trató de contener un improperio. La boca de Trevor decía unas palabras, y sus ojos otras muy distintas.

—Algo en tu mirada me dice que vas a complicarme la existencia el tiempo que dure nuestro falso compromiso.

—Voy a quemar cada minuto de ellos tratando de convencerte.

—De llevarme al lecho, querrás decir —lo rectificó enojada.

Margaret optó por tomarse todo ese asunto de forma tranquila aunque ardía por dentro debido al beso que le había dado. Había sufrido una verdadera conmoción descubriendo que Trevor era ese chico silencioso y casi antipático que conoció en su niñez. Ahora comprendía esos brillos enigmáticos en sus ojos, y esas palabras veladas que no sabía cómo tomarse. Trevor se había convertido para ella en un imán que la atraía de forma irremediable.

CAPÍTULO 10

Le gustaba demasiado la casa soleada que tenía Chelsea en Asbury. Había disfrutado de tardes tranquilas observando la puesta de sol al mismo tiempo que tomaba una taza de té en completa quietud.

—He extrañado nuestras charlas —dijo a Chelsea.

Margaret iba hacia ella llevando una bandeja con té y pastas de mantequilla.

Tomó asiento en el mullido sofá al lado de la silla de ruedas. Ella le había informado, que hasta que pudiera recuperar la movilidad de su pierna, tendría que valerse del aparato.

—Me gusta apartar tiempo para estar contigo —respondió Margaret, y su voz había sonado emotiva.

—¿No sientes lástima por mí?

La pregunta incomodó a Margaret aunque no lo demostró.

—No es lástima sino dolor al verte sentada ahí —le dijo Margaret.

Chelsea no deseaba su lástima, ni seguir hablando sobre su incapacidad para andar como antes del accidente. Había sido muy duro descubrirlo. Los primeros días no lo había aceptado, pero no le había quedado más remedio.

—¿Y cómo está tu prometido?

Era la segunda pregunta que la incomodaba en esa tarde. Se mordió ligeramente el labio inferior y se tomó su tiempo antes de ofrecerle una respuesta. Nadie sabía que el compromiso era simulado. Trevor se deshacía en atenciones con ella, sobre todo cuando asistían a fiestas o eventos.

—Le ha surgido un imprevisto de última hora, así que tengo la tarde libre.

Chelsea se sentía agradecida de que quisiera pasar ese tiempo con ella. Llenó una de las tazas con té y se la ofreció. Margaret la tomó con cuidado para no quemarse. Así, sentadas frente a frente, y con la puesta de sol tras la ventana, Margaret pensó que el tiempo se había detenido o que habían retrocedido al pasado: a aquellos momentos en el que las dos disfrutaban de la compañía mutua.

—Es un hombre difícil, ¿verdad?

Como Chelsea quería hablar de Trevor, Margaret se rindió a lo inevitable.

—Absolutamente —admitió franca—, y, ¿sabes?, ya lo conocía —el gesto de sorpresa de Chelsea resultó muy elocuente—. Lo conocí cuando tenía diez años.

Chelsea hizo un gesto afirmativo.

—Trevor Welby puede resultar aditivo.

—Como Lafayette —susurró Margaret.

—¿A qué te refieres? —preguntó la otra, pero ante la ausencia de respuesta, continuó—. Es un hombre con un gran poder de persuasión.

Esa era una información innecesaria pues ya lo había comprobado.

—Domina como nadie el terreno picaresco, y cuando creo que ya no puede sorprenderme, ¡zas!, comienza un ataque a mis sentidos.

El brillo en los ojos de Chelsea resultó llamativo.

—Ten cuidado —le advirtió la amiga.

Los ojos de Margaret se entrecerraron.

—¿Por qué piensas que debo tenerlo?

—Porque tu corazón está libre, y Welby puede ser un cazador increíblemente certero.

Margaret se quedó pensativa durante un momento.

—¿Dónde está tu corazón, Chelsea? —la voz de la amiga había sonado queda.

La mujer apretó los labios porque había hablado más de la cuenta. Estaba tan centrada en conocer detalles de la relación de Margaret con el duque que no se había percatado de que había revelado algo muy íntimo.

—Donde siempre estuvo.

Chelsea escuchó perfectamente el suspiro largo y pesado que lanzó Margaret. La miró a los ojos y observó la censura en ellos. En la etapa más difícil de su vida, ella había estado ahí para ayudarla. Era la mejor amiga que podía desear una persona, pero era tan pragmática y razonable, que en ocasiones la desquiciaba. Nada lograba alterarla ni la hacía dar pasos en falso como al resto de los mortales.

Era la mujer que todas deseaban ser, pero que odiaban al mismo tiempo.

—Entiendo —esa sola palabra la envaró, pero contrariamente a lo que pensaba, Margaret no dijo nada más. Volvió a beber de su taza en silencio.

Chelsea seguía locamente enamorada de su amante a pesar de la traición de abandonarla cuando se enteró del accidente de carruaje. No había ido al hospital, no se había interesado por la pérdida del bebé, ni por su incapacidad de poder andar como antes. Podía haberse vuelto loca si no hubiera sido por la ayuda de Margaret.

—No me censure —pidió en un susurro.

Un silencioso quejido brotó de la garganta de Margaret antes de responderle.

—No lo hago.

—Aunque no lo dices, sé que lo haces —Margaret la miraba atentamente, intentando comprender el motivo por el que su amiga se había puesto a la defensiva.

—Cada uno es libre de tomar sus propias decisiones, y el resto tenemos que respetarlo, nos incomode o no.

Así era Margaret se dijo Chelsea. Serena al hablar, empática al escuchar, y prudente hasta el punto de la exasperación.

—No te ha sorprendido que me abandonara, ¿no es cierto?

—No —admitió franca—, pero me cuesta entender que lo sigas defendiendo —no quería que sus palabras sonaran a reproche aunque no podía evitarlo—. No se merece que lo sigas amando.

Nuevamente un silencio se instaló entre las dos aunque no duró mucho.

—No puedo evitarlo —contestó Chelsea un tanto avergonzada.

Margaret entrecerró los ojos porque las emociones de impotencia, rabia y frustración por su amiga bullían dentro de ella.

—Y entonces, ¿qué harás? —le preguntó.

Margaret dejó la taza de té sobre la mesilla con un golpe brusco.

—Aceptar su marcha, y sufrir en silencio.

Los ojos inquisidores de Margaret se clavaron en Chelsea que desvió la cabeza turbada, como si no fuera capaz de sostenerle la mirada.

—No —contestó firme—, tienes que decirme cómo encontrarlo. Alguien tiene que pedirle cuentas.

—¿Y qué podrías hacer? ¿Obligarlo a estar con una inválida?

Margaret era una mujer sensible y sabía cuánto sufría su amiga. Pero le costaba aceptar que el hombre se desentendiera, sobre todo que ella no quisiera darle su dirección para pedirle las oportunas explicaciones.

—No podría obligarlo, pero lo daría un par de bofetadas —afirmó Margaret.

—¿Y te conformarías con eso? —le preguntó Chelsea

—Eso sería mejor que nada —contestó la amiga.

—Nada es vacío —respondió Chelsea sin dejar de mirarla.

—Estás equivocada —contraatacó Margaret—. Nada de miedo, nada de necesidad, nada de cobardía...

—Eres una excelente amiga. No te merezco.

Sobre todo porque Margaret había corrido con todos los gastos del hospital, y, gracias a las quinientas libras, había podido comprar una silla de ruedas y contratar a una mujer que la ayudaba.

—Siempre he deseado tu felicidad —le confesó sincera.

—Mi felicidad depende de estar con él, pero ya no puede ser.

—Me recuerdas a Trevor replicándome cada frase —los ojos de Margaret se entrecerraron.

Había decidido regresar al tema de Trevor para que su amiga dejara de compadecerse por el abandono de ese miserable.

—¿Amas a Welby? —le preguntó.

Margaret entrecerró los ojos tras escuchar la pregunta.

—No estaría comprometida con él de no estarlo.

Sus palabras habían sonado vacilantes.

—En los años que nos conocemos no te conozco amor alguno. Tampoco pretendiente.

A Margaret le pareció una recriminación.

—Soy una mujer con las ideas muy claras, y sabía que tenía que esperar al hombre adecuado.

Chelsea pensó que era cierto.

—Me alegro que el duque de Houghan te haya obligado a salir de tu torre de protección para que comiences a vivir.

—Vivir, qué palabra más extraordinaria —apuntó Margaret.

—Igual que nada —le recordó la otra—, que es una palabra que se puede utilizar tanto para negativo como para positivo.

—Vivir es siempre positivo —remarcó Margaret.

—Vivir con miedo, vivir desesperada, vivir para sufrir.

—Touché —aceptó Margaret de forma sencilla.

La mente de Chelsea era en verdad brillante, por eso había sido tan apropiada para ser la profesora de la prima del duque.

—Su Excelencia es muy atractivo —reconoció Margaret—, y con una personalidad arrolladora. Me siento especialmente atraída por él.

Los ojos de Chelsea casi se le salen de las órbitas.

—¿Lo sabe él? —preguntó animada—. Entonces tiene un poder enorme sobre ti.

Margaret había confesado la atracción que sentía por Trevor porque estaba cansada de mentir.

—El amor puede hacer mudo daño.

—El amor puede ser maravilloso —la rectificó Margaret—. Y por eso la gente es tan feliz cuando lo encuentra.

Sin pretenderlo las dos habían vuelto a la misma conversación del principio: el enamoramiento de Chelsea y sus consecuencias.

—Creí que no habría resultados adversos —confesó contrita—, y mírame ahora.

Chelsea acababa de reconocer el alto precio que había pagado.

—Debe de resultarte muy duro —trató de consolarla—. Pero estoy segura de que lograrás

andar muy pronto.

—Lo es —admitió cabizbaja—. No poder tener hijos, es peor que no poder caminar como antes.

—Me alegro que hables sobre ello.

Chelsea suspiró profundamente.

—Estoy aterrada —confesó Chelsea.

—Estoy aquí como amiga para ayudarte. No banalices conmigo lo que sientes —le aconsejó—. Nunca te he juzgado y nunca lo haré porque ese es el verdadero sentido de la amistad.

—Me siento culpable —admitió la otra ...

El resto del tiempo Margaret se dedicó a escuchar a Chelsea.

CAPÍTULO 11

Trevor estaba perdiendo la paciencia consigo mismo. Seguía atormentado por el rostro de Margaret, necesitaba verla una y otra vez. Ver el brillo tan intenso que se desprendía sus ojos a la luz de la llama de una vela cuando todo su cuerpo ardía de deseo. Sentir sus cabellos entre sus dedos, y la suave piel de su cuerpo bajo sus manos. Estaba obsesionado con ella. Desde que la vio por primera vez de niña en el barco y conversó con ella, su mente siempre regresaba a ese momento. Por ese motivo, durante años la había estado observando, por ese motivo regresaba cada año al condado de Kent para verla, por ese motivo ardía en deseos de poseerla.

Trevor soltó un suspiro largo, y centró sus pensamientos en los negocios.

Había logrado cerrar el acuerdo con Andrew Robert de la naviera Falcon de Londres. Había tenido que hacerlo personalmente porque el hombre había decidido en el último momento no mantener el acuerdo de cooperación que habían suscritos semanas atrás. Tener que desplazarse hasta el astillero de Woolwich había resultado un inconveniente que le había robado la mayor parte del día, pero todo se había solucionado.

El empresario respetaba y admiraba al duque de Houghan, y le sorprendía lo ansioso que se mostraba por regresar de inmediato a Kent.

—Conozco un restaurante magnífico en Templetown —sugirió Robert.

—Tengo un compromiso para la cena —fue la respuesta de Trevor—, es un compromiso ineludible.

Robert alzó las cejas un tanto sorprendido. Era la primera vez que el duque rechazaba una invitación suya.

—¿Con su prometida?

Trevor dejó de mirar por la ventanilla del carruaje y clavó sus ojos en él.

—Por supuesto. ¿Sería inusual? —preguntó al fin.

—Por supuesto que no —respondió Robert—, pero he de hacerte una advertencia, esa mujer es de armas tomar.

Trevor se puso a la defensiva. ¿Qué había querido decir con eso?

—¿Tratas de advertirme sobre algo? —preguntó con voz acerada—. Pero he de anunciarte que cuides tus palabras.

Robert hizo un gesto con la cabeza. Cuando el carruaje llegara a Picadilly Circus, él tomaría un carruaje de alquiler y se separarían.

—No sería la primera vez que esa fascinante dama le rompe el corazón a un hombre —las palabras de Robert lo alertaron—. ¿De verdad que no conoces la historia? —preguntó. Él negó con la cabeza varias veces—. Puedo contártela.

Trevor decidió en ese momento que no era necesario. No quería indagar sobre una historia que ella no le había contado, además, prefería oírla de sus propios labios, sin distorsiones ni detalles escabrosos añadidos por terceros.

—No deseo conocerla, no, a menos que me la cuente ella en persona.

Robert abrió la boca de par en par.

—Me asombra tu decisión.

—Eso es porque no he conocido a ninguna mujer igual de especial.

—En eso estoy completamente seguro —afirmó el hombre—. Una dama como ella nunca pasa desapercibida.

—No sé si me atrae más su forma de mirar o la riqueza de sus silencios.

—Una mujer así despertaría todos mis miedos —admitió Robert—, porque es imposible de controlar.

—Yo no quiero controlarla —afirmó el duque.

—Todo hombre desea controlar a su mujer.

Trevor se estaba cansando de la conversación que mantenían sobre Margaret.

—No es mi caso —reiteró.

Robert lo miró como si no pudiera creerlo.

—¡Estás enamorado! —exclamó de pronto—. El duque de Houghan ha caído bajo las flechas de cupido.

Lo miró fijamente. A pesar de esa particular forma de ver las cosas que detestaba en los irlandeses, se había ganado un porcentaje considerable del respeto que Trevor se guardaba para personas a las que consideraba realmente válidas. Como lo apreciaba de verdad no tuvo reparos en continuar sincerándose sobre lo que sentía por la enigmática Margaret Bradford.

—Me resulta atractiva desde el punto de vista intelectual, me siento fascinado por su habilidad al hablar y al comportarse —Trevor calló un instante—. La frialdad y elegancia que transmite es sublime —continuó—. Es una persona poco conversadora, cierto, pero tan calmada y observadora, que parece que pasa largas temporadas aislada del mundo en general.

—Como tú —apuntó Robert.

Era cierto. Debido a la estricta educación que había recibido, y a la inmensa responsabilidad que tenía como duque de Houghan, Trevor se había resguardado entre silencios, en esa parte de su memoria donde no podía entrar nadie salvo él.

—Admito ser el culpable para que me atraiga tanto.

—Pues es más grave de lo que pensaba —admitió el otro.

Trevor terminó por reír al escuchar el particular acento irlandés del que consideraba un amigo además de socio.

El resto de la ruta de regreso a Londres, lo hicieron en silencio, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Cuando el cochero aparcó el carruaje frente a la fuente, Robert se despidió de Trevor.

—Gracias por traerme hasta Londres.

—Ha sido un placer.

—Nos vemos, Welby.

El tiempo que le llevó regresar hasta Folkestone Park, lo dedicó a idear formas de conquistarla. Y se ensimismó tanto que apenas se dio cuenta del tiempo transcurrido hasta que el carruaje se detuvo de nuevo. El palafrenero ya cerraba la puerta del carruaje al mismo tiempo que se colocaba la gorra sobre la cabeza.

—Tómate un respiro —le dijo—, no te necesitaré hasta dentro de dos horas.

El empleado, discreto y servicial, hizo un gesto afirmativo y regresó a su puesto, junto al cochero.

Trevor se sentía inesperadamente feliz y expectante. Había organizado una cena muy romántica que esperaba que le gustara a ella. El mayordomo lo precedió hacia el salón

—Su encargo ha llegado —le dijo con esa voz enjuta de siempre.

El mayordomo le enseñó el ramo que estaba a buen recaudo sobre la mesa del centro. Cuando Trevor se fijó en la composición, hizo un gesto complaciente con la cabeza.

—Orquídeas rojas y azules, como Su Excelencia pidió —afirmó al mayordomo.

—Perfecto —aceptó él.

Trevor tomó el ramo que le tendía, y, en un acto mecánico, se inclinó para olerlo,

desprendían una dulce fragancia.

—El jardinero ha hecho una buena selección —se explicó el hombre.

Trevor se dijo que no había en toda Inglaterra unos invernaderos como los suyos.

—La vista resulta espectacular.

Se giró sobre sí mismo y se dirigió hacia la planta superior con el ánimo por las nubes. Estaba ansioso por verla. Quería preguntarle en qué había empleado el tiempo libre, si lo había extrañado, si le permitiría besarla por segunda vez. Casi sentía ganas de silbar, pero se contuvo.

—Buenas tardes, Su Excelencia.

Su estado de ánimo debía resultar contagioso porque el ayuda de cámara le mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas noches —contestó amable.

CAPÍTULO 12

Margaret escuchó la puerta, y se preparó para recibir a Trevor. Lo vio cruzar el umbral con un ramo de flores en la mano. Ella masticaba una rama de apio.

—Espero que hayas pasado una buena tarde —le dijo él.

Trevor dejó de mirarla para indicarle al ayuda de cámara que ya no lo necesitaba .

—Sí, muchas gracias —respondió ella.

—Esto es para ti —le tendió el espectacular ramo.

Trevor esperaba ver en el rostro femenino emoción, entusiasmo, agradecimiento, pero no esa ceja alzada a modo de interrogante.

—Gracias —fue su respuesta.

—¿No te gustan las flores? —preguntó pasmado.

—Adoro las flores.

—Pensé que te agradecería el obsequio.

Ella lo aceptó de las manos de él pero sin sonreír.

—Es un ramo precioso, muchas gracias —reiteró.

Trevor era un hombre muy inteligente, y no hizo falta que le dijera que prefería las flores sin cortar. Tratándose de una mujer como ella, tenía que haberlo supuesto.

—Así que no te gustan los ramos de flores.

—Sí me gustan las flores, pero me gustan mucho más cuando no han sido cortadas porque se marchitan muy rápido.

Él pensó que había dado en el clavo.

—Confío que este ramo te dure un poco más.

Trevor se refería a la singularidad de las orquídeas, porque al contrario de otras flores, no se marchitaban tan rápido. Respiró profundamente al mismo tiempo que la miraba. Se veía adorable con el ramo en una mano y una hoja de apio en la otra. Le daba verdaderos mordiscos de deleite. El vegetal crujía mientras lo masticaba.

—¿Tienes alguna carencia?

—¿Por qué lo preguntas?

—Eso que masticas no parece muy apetecible.

Margaret miró lo poco que quedaba ya de su rama de apio y sonrió.

—¿Te cuento un secreto? Era lo único a lo que tenía acceso en el internado, y puedo asegurarte que con hambre está muy bueno.

Esa revelación lo dejó asombrado, y se preguntó cómo habría obtenido la rama de apio porque seguro que en la casa no había.

—¿Pasabas necesidad cuando fuiste a la escuela?

Margaret pensó que Trevor se quedaba corto. El horario de las comidas en el internado era tan estricto, y la cantidad tan justa, que ella no se explicaba cómo se había desarrollado de forma adecuada.

—Era una adolescente con buen apetito, y lo único que quedaba en las cocinas por las noches eran ramas de apio, de acelga, y de espinacas —los ojos de Trevor se abrieron todavía más asombrado—. El apio era sin duda lo mejor de los tres. Y en aficioné a comerlo.

—¿Sigue abierto? —preguntó.

—¿El internado? —él asintió a su pregunta—, sí, por supuesto, ¿por qué?

—Porque les obligaré a clausurarlo.

Margaret se sentó en el sillón y lo observó atentamente. Esa forma de piropearla le gustaba cada vez más. Trevor la imitó.

—Gracias —respondió agradecida—, pero aquello ya está superado.

Trevor se ajustó la lavita, y cruzó una pierna sobre la otra.

—Tienes que arreglarte —dijo de pronto—, he reservado mesa en el restaurante más exclusivo de la región.

Ella ignoró la sugerencia.

—¿Qué tal tu reunión de trabajo?

Trevor no se tomó a mal su cambio de conversación.

—Bien, ha quedado todo solucionado.

Margaret no se asombró. Trevor era ese tipo de hombres acostumbrado a resolver todo tipo de cuestiones por duras y difíciles que fueran.

—Me alegro.

—¿Y qué tal tu tarde?

—Fui a visitar a Chelsea —un ligero tic en el párpado derecho de él le mostró a Margaret que Trevor estaba muy interesado aunque se cuidó de preguntar—. Está tratando de superar las consecuencias de su accidente.

Ella le había contado lo del accidente, y su invalidez, aunque no la pérdida de su bebé.

—¿No volverá a St Margaret's? —le preguntó. Margaret hizo un único gesto negativo con la cabeza muy elocuente—, ¿y qué sucederá con mi prima?

—Hay otras profesoras en St Margaret's —respondió suave sin dejar de observar la reacción de su respuesta en el rostro anguloso.

—Cerraré la escuela.

Margaret hizo una mueca pues sabía muy bien que Trevor no lo decía en serio, y si acaso lo decía, entonces ignoraba su capacidad de respuesta.

—Hasta que encuentre a otra profesora que satisfaga tus requisitos para tu prima, prometo que me ocuparé personalmente de Elvey.

Trevor comenzó a negar de forma efusiva.

—A ti no te quiero como su profesora.

Margaret abrió la boca por la sorpresa que le causó esa afirmación seca.

—Pensaba que habíamos alcanzado un punto intermedio.

—No me has entendido —le dijo él.

—Claro que sí.

—Cuando seas mía, cerrarás St Margaret's.

Margaret respiró profundamente aunque de forma muy suave, como era natural en ella. Estaba un poco alterada, pero no se le notó en absoluto.

—Estás utilizando las palabras correctas para que comience a caminar en dirección contraria a la tuya.

Trevor cedió porque la vio ponerse tensa. Si no reconociera los síntomas tan bien, no se habría percatado, así de buena era ella ocultando sentimientos.

—Nuestro compromiso es simulado —le recordó seria.

Trevor se sintió exasperado porque el tono entre ambos había subido de nivel.

—Quiero algo más contigo, Margaret. Siento algo muy especial por ti.

La sinceridad de él le supuso a ella un maremoto emocional.

—Lo que dices experimentar es deseo común.

—Deseo, atracción, amor... —le dijo él, pero ella volvió a cortarlo.

—Por favor...

Trevor tomó una decisión para mostrarle de una vez que hablaba en serio. Se levantó del sillón, y ella hizo lo propio creyendo que se marchaba.

—¿Qué haces? —estaba atónita porque la había cogido de las manos y la atraía hacia él con fuerza.

—Mostrarte algo muy importante.

—¿Vas a mostrarme que has encontrado la aguja perdida en el pajar?

—Pregunta ingenua, olvidas que poseo todas las agujas del mundo...

—¡Trevor! —trató de protestar, pero él se apoderó de sus labios sin dejarle un mínimo de espacio entre ambos cuerpos.

Entre los besos tradicionales, interesantes, insinuantes, directos, apretados, húmedos, sexuales, y absorbentes descritos en la literatura, el que estaba recibiendo de Trevor le disparó la presión sanguínea, y la respiración se le profundizó hasta el punto del ronquido. El deseo brotó en el interior de ella de inmediato, y de forma que la propia conciencia se sumergió en una neblina espesa. Cuando Trevor terminó el beso, la sangre corría como lava candente por sus venas. Margaret se había quedado sin capacidad de reacción. Estuvo a punto de gemir y sentarse para no caer desmayada sobre la tapicería del suelo. Era como si la sangre hubiera huido de su cabeza y corriera desbocada por todas las arterias de su cuerpo. Era incapaz de pensar con lógica o coherencia. El beso le había provocado un caos absoluto.

Cuando pudo enfocar la vista, él estaba casi tan noqueado como ella.

—No tenías que besarme —le recriminó en voz baja.

Margaret era consciente que después de ese beso, todo había cambiado entre ambos.

Trevor la escuchaba pero era incapaz de decir nada. Una pendiente de sensaciones ascendentes le provocó un mareo intenso: tensión, ardor y una terrible excitación sexual. Él mismo se había provocado un terremoto emotivo del que no tenía explicación posible salvo que la deseaba, y, tras el beso, mucho más.

—Me gusta el sabor del apio en tus labios.

Ella parpadeó porque le parecía inaudito que él se fuera por la tangente después del caos que habían compartido.

—Entenderás que a partir de este momento ya no podemos continuar con esta farsa —él se mostró silencioso—. Seguiré como tu prometida durante el día que nos queda, y después me iré para siempre.

Ella hizo amago de darse la vuelta y marcharse, pero él la detuvo.

—¡Quieta! —exclamó—, por favor, dame unos minutos.

Margaret se sentía fuera de lugar. Lo miraba tratando de comprender el motivo para que la observara tan intensamente hasta provocarle un escalofrío.

—¿Qué haces? —inquirió.

—Contemplarte —ella dio un paso—. ¡No te muevas!

—¿Por qué?

—Como no piensas dormir conmigo, te miro para poder soñarte durante la madrugada.

Margaret cerró los ojos. En verdad Trevor sabía qué frases utilizar para que a una mujer se le pasara el enfado... si ella fuera una mujer normal.

—Esas palabras no van a borrar o disminuir el hecho censurable de haberme besado sin mi consentimiento —Trevor pensó que la recriminación se la merecía.

—¿Me lo habrías dado?

—No.

—Ahí tienes la respuesta a mi acción.

—Pero no has demostrado nada —le increpó.

—He demostrado que tú también me deseas.

—Nunca he ocultado que me siento atraída por ti.

La admisión de ella le desbocó los sentidos.

—¿Y entonces? —la pregunta había sonado en un tono incrédulo.

Margaret se lo pensó durante unos segundos. Había llegado el momento de echar agua al fuego.

—Su Excelencia, eres el duque de Houghan, y yo la directora de St Margaret's. Tenía claro que cuando terminara nuestro acuerdo de colaboración, tú regresarías a Londres, y yo seguiría en Kent.

Que lo llamara Su Excelencia lo había ofendido porque creía que se lo había dicho de forma despectiva.

—Te deseo, Margaret —admitió franco—, ¿lo comprendes? Porque puedo hacer que lo entiendas de mil formas empezando con besos.

No quería reír, pero Trevor se lo ponía muy difícil. Ella le hablaba completamente en serio, y él seguía empeñado en llevarla a su lecho.

—El deseo se te pasará —aseveró seria.

—Mi deseo por ti no disminuirá, todo lo contrario, se acumulará y estallará cuando menos te lo esperes. Quedas advertida.

—No puedo creerme que esté manteniendo este tipo de conversación con un hombre que no escucha nada salvo a su egocentrismo —lo dijo como si se lo dijera así misma.

Las palabras de ella mordían.

—Lo que daría porque tus manos me tocarán tan fuerte como tus palabras.

Ese había sido un comentario sarcástico. Margaret intensificó la mirada y recorrió el cuerpo masculino de forma muy lenta.

—Me atraes, es cierto, pero no voy a convertirme en tu amante. No pienso aceptar una relación pasajera.

—Pero no tiene porque ser pasajera —ella lo miró reticente—. Puede tener la duración que estimes oportuna —ahora lo hizo estupefacta.

—En la vida, Su Excelencia —comenzó ella—. Con las acciones, unas veces se gana, y otras veces se aprende. Confío que en tu caso sea la segunda.

—Bien —dijo él—, con mi acción de hace un momento he aprendido que no debo besarte sin pedirte permiso.

—Me alegra que ahora hables mi idioma.

—Debo aclararte que hablo y entiendo los dos idiomas —ella lo miró sin saber a qué se refería—: el de tu cuerpo y el mío.

—Eres incorregible —afirmó finalmente.

Margaret giró sobre sí misma y enfiló el corredor para ir hasta sus estancias privadas, pensó mientras tanto que Trevor podía irse al diablo.

CAPÍTULO 13

Margaret estuvo muy seria durante la cena, y por ese motivo Trevor decidió mantener silencio. A ella no le cambió el ánimo ni cuando el cochero estacionó el carruaje en el mejor restaurante de Faversham, ni tampoco cuando Trevor pidió para los dos caviar acompañado del mejor champán. Después la llevó a los jardines Challock para disfrutar de una opereta bastante graciosa que estaba cosechando cierta fama. Ella, se mantuvo silenciosa, él, preocupado. Ya de regreso a Folkestone Park, Trevor se mostraba inquieto, y por ese motivo movía el bastón haciéndolo girar sobre su eje.

Ella se removió en el asiento.

—¿Estás enojada?

—No —respondió sincera.

—Me asombra el control que ejerces sobre tus emociones.

—Soy una persona tranquila por naturaleza —contestó suave.

El duque pensó que su faceta de directora de St Margaret's podría acercar posturas entre ambos y disminuir la tensión que se palpaba.

—Me resulta muy difícil imaginarte tomando apuntes y hurgando en los problemas de muchachas con rostros llenos de acné.

A Margaret le pareció que Trevor quería hablar de su profesión como directora de St Margaret's, y por una vez no le importó.

—¿Un corolario de silencios y miradas de póker? —preguntó con humor.

Ella se refería a los tópicos sobre las mujeres que ejercían de profesoras.

—¿Cómo lograbas que las muchachas se sintieran cómodas?

Margaret valoró que no le perjudicaba hablar sobre el pasado, antes de que le ocurriera la mayor desgracia de su vida tras perder a su madre y a su padre. Tenía suficiente confianza con Trevor.

—Logramos que las muchachas se sientan cómodas —lo rectificó porque él había hablado en pasado—. Suelo mostrarme afín y comprensiva.

—¿Cómo de afín? —preguntó.

Margaret intuyó escepticismo en la pregunta.

—Si la ocasión lo requiere, puedo mostrarme torpe —fue escucharla, y las cejas de Trevor se alzaron en arco—. Derramaba un poco de té sobre el plato, fingir que se me cae la pluma, e incluso puedo contar una anécdota humorística.

—No puedo imaginarte en ese papel —dijo Trevor—. Eres demasiado seria.

—No siempre fui así.

—¿Cómo es posible?

—Tuve que aprender a dar pasos muy importantes que me ayudaron a madurar.

—¿Pasos...? —Trevor la animaba a que continuara.

La conversación sobre su profesión le parecía de lo más adecuado para que ella olvidara su enfado con él por el beso que le había robado.

—Aprendí que para sobrevivir hay que competir. También, que si te muestras moderado, vences, y que somos esclavos de nuestras palabras.

El duque se quedó meditando en esa respuesta que le había dicho mucho sobre ella.

—La confianza de una alumna se consigue con el tiempo —apuntó Trevor.

—Sí, y que me mostrase sincera, y también vulnerable pudo marcar la diferencia para ganar

su confianza.

—Reconozco que en mi caso suelo mostrarme insufrible e impaciente con el resto del mundo.

Trevor se refería a estricta educación que había tenido como heredero del ducado de Houghan. Había tenido a los más estrictos educadores y profesores.

—Mostrarse insufrible es una forma de defensa —respondió Margaret.

—Esa forma de mirar que tienes, me desquicia.

—¿Qué forma de mirar? —se interesó ella.

Claramente Trevor había despertado su curiosidad.

—Como me has mirado durante toda la noche.

Margaret aceptó la censura a su comportamiento, pero tenía que ordenar muchas cosas dentro de su cabeza tras el beso, aunque no podía decírselo a él.

—No pretendía incomodarte, pero te lo merecías.

—Lo sé, y ahora comprendo cómo eres por cómo miras.

Ella se quedó extrañada de esa afirmación.

—Trato de averiguar si me insultas o me halagas.

—Nadie expresa con la mirada tanto como tú.

Margaret lo observó de forma fija.

—Quizás es una apreciación.

—Somos lo que comunicamos. Las personas que nos acompañan, que nos siguen por lo que decimos, lo hacen también por cómo miramos, ¿lo ignorabas?

—Además de cómo nos movemos, gesticulamos, y sonreímos... —apuntó ella.

Todo eso era cierto, se dijo Trevor.

—Tus gestos te delatan —él, hizo una pausa intencionada—. Eres una excelente comunicadora con la mirada.

—¿Qué dice mi mirada?

—Nunca desvías los ojos mientras mantienes una conversación, y lo haces de una forma inteligente.

—¿Y no te incomoda que te mire de esa forma?

Margaret lo preguntó porque las damas no solían mirar a los caballeros de forma fija y penetrante, pero ella lo hacía de forma natural.

—Lo que me incomodaría de verdad sería un parpadeo exagerado.

—Eso entraría en la categoría de coqueteo sutil, y no es mi estilo.

—Ni lo dudaba —afirmó él.

—El coqueteo es contrario a la profesión de directora —admitió franca.

—Y eso te hace más deseable todavía.

Margaret cerró los ojos durante un momento, porque Trevor había conseguido llevarla con su conversación al mismo lugar de partida de cuando recibió el beso más extraordinario de su vida.

Trevor supo que ella se replegaba de nuevo.

—¿Has pensado en casarte y tener hijos, Margaret?

Los ojos de ella se abrieron con sorpresa ante el cambio de conversación intencionado.

—No —fue tan tajante que Trevor sintió las palabras como pinchazos de aguja en el brazo—. Siendo sincera, hace años lo deseaba, pero pasó algo en mi vida... —no continuó—. Afortunadamente yo no tengo un ducado y un imperio que legar —le dijo en parte para banalizar el tono tan serio de la conversación que mantenían.

Trevor pensó que le resultaba muy revelador la opinión de ella.

—Tienes el legado de St Margaret's —le recordó—. Hasta conocerte, no había deseado tanto

tener hijos.

El silencio se instaló de nuevo entre los dos aunque no duró mucho tiempo porque Margaret optó por no tomarse sus últimas palabras en serio.

—Esta conversación no nos lleva a ningún lugar.

—Creo que es la conversación más interesante que hemos compartido en estos días como prometidos —le dijo el duque.

—Falsos prometidos —la voz de Margaret contenía un grado de admiración y mucho de respeto.

—¿Te casarías conmigo, Margaret Bradford? —le preguntó de improviso. Ella abrió la boca para decir algo, pero debió de pensarlo mejor porque calló y giró el rostro—. Te lo estoy proponiendo en serio.

—¿Me haces una proposición de matrimonio cuando apenas me conoces? Increíble.

—Te conozco desde que tenías diez años —le recordó—. Además, he descubierto que deseo tener contigo al próximo duque de Houghan.

Ahora entendía toda esa conversación sobre la descendencia.

—Yo no —su seca repuesta le provocó a él un suspiro largo.

Ella quería dejar el tema zanjado, y Trevor entendió su mirada. Apoyó la espalda en el mullido respaldo del sillón del carruaje y soltó un suspiro largo.

—En un futuro, Margaret —comenzó él—, cuando decidas tener hijos, que los tendrás —vaticinó—, serán tan feos que te preguntarás día y noche por qué motivo no aceptaste mi propuesta de matrimonio para cambiar esa circunstancia.

No pudo darle una respuesta porque el carruaje había llegado a la puerta de la mansión, pero no pudo ocultar una risa por sus ocurrencias tan descabelladas. ¡No le había propuesto matrimonio en serio! Estaba convencida.

CAPÍTULO 14

La conversación en el carruaje, y la discusión mantenida minutos después en el vestíbulo de Folkestone Park, convirtió el ambiente en calor abrasador. Trevor había mencionado una cena familiar con su familia para anunciar el compromiso matrimonial formalmente, y ella estalló. La serena y prudente Margaret se había descontrolado al fin. De las palabras pasaron a los hechos. Para silenciarla, Trevor la besó tan intensamente que desató un maremoto en el interior de ella de tal magnitud que la dejó mareada.

El duque la tomó en brazos y subió las escaleras imperiales de dos en dos.

—¿Qué diantres haces? —preguntó ella espantada.

—Hacer nuestro compromiso oficial —respondió sereno.

A pesar de que la llevaba en brazos la voz de Trevor sonaba firme, sin un lastimero gemido de esfuerzo. Cerró la puerta de la alcoba de ella de una patada y la soltó justo en medio del lecho.

—¡Te ha vuelto loco! —exclamó sin creerse su audacia.

Trevor miró de pronto el trozo de piel de escote que dejaba ver el vestido que se le había desbocado de un hombro.

—Al fin me sonrío la fortuna.

Margaret intentó ver una doble intención en esa frase. Estaba tirada en medio del lecho envueltas en el amplio vuelo de su vestido, y se sentía excitada por el beso. Trevor la taladró con la mirada.

—Me gustaste desde la primera noche que te conocí aunque eras solo una niña preguntona. Me gustaste todavía más el día que me hiciste la entrevista para aceptar o no a mi prima en St Margaret's —ella hizo algunos cálculos mentales. Él le leyó el pensamiento—. Tres años y cuatro meses —respondió sin un parpadeo—. Cuando te vi descender del carruaje, supe que había llegado mi oportunidad de tratar de conquistarte. Me propuse ser un auténtico Lafayette.

Margaret relajó la tensión de los hombros sin dejar de mirarlo. En absoluto le parecía anormal que estuvieran los dos en su alcoba y conversando de forma tranquila sobre lo que Trevor decía sentir por ella. Trevor se sentó en el borde del lecho, tomó uno de sus pies, y le quitó el zapato de seda.

—¿Qué haces? —le preguntó ella cuando la descalzó del segundo zapato.

—Velo por tu comodidad —respondió él.

—¿Y piensas que voy a quedarme quieta mientras me desnudas los pies?

Esa frase no le gustó a Trevor en absoluto.

—Solo deseo que conversemos un rato.

Ella lo miró espantada. Estaban los dos en el lecho de ella, y él le acariciaba los pies. Poco le importaba hacerlo con las medias puestas.

—Deduzco que tú no deseas conversar —afirmó pero sin apartar el pie.

—¿Qué piensas sobre nosotros? —preguntó Trevor.

Margaret miró un punto indeterminado de la estancia mientras meditaba. Estaba claro que el duque no pensaba darle tregua. Ambos estaban excitados debido al beso de unos momentos antes, y su conversación no apaciguaba la sangre caliente que recorría el interior de sus venas.

—Debido a un suceso que me ocurrió en el pasado, tomé la firme decisión de no permitir que la opinión de los demás me afectara, sobre todo viniendo de extraños.

—¿Qué te sucedió?

Ella mantuvo un minuto de silencio.

—No deseo hablar sobre ello.

—Sea lo que sea, ¡cuéntamelo! —le pidió.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Prefiero olvidar las cosas desagradables que me suceden, y aquello que pasó, ya está olvidado.

Margaret hizo un gesto para levantarse, pero Trevor la sujetó por el pie.

—No te enfades conmigo por sentir curiosidad sobre tu vida.

—No estoy enfadada.

—Tu cuerpo dice otra cosa muy diferente.

Margaret suspiró suavemente.

—Crees que me conoces, Trevor, pero no es así —ella no lo había dicho para ofenderlo.

Ella hizo amago de levantarse, pero él nuevamente se lo impidió.

—Demuéstrame que estoy equivocado.

—Lo estás —aseveró seca.

—Demuéstrame que las señales que recibo constantemente de tu cuerpo son imaginaciones mías.

—Lo son.

Trevor la tomó por las caderas y la deslizó por la cama hasta dejarla justo debajo de su boca.

—Los dos somos adultos, los dos nos deseamos, deja de poner impedimentos a lo que sentimos el uno por el otro.

No fue lo bastante rápida para impedir que la besara, y cuando ambos labios se tocaron, todo estalló para ella que dejó de resistirse y se dispuso a disfrutar del beso. Trevor la chupaba como si la boca de ella fuera una fruta madura. La acarició con la lengua, la mordisqueó, y fue como si el tiempo se detuviera. Las manos de Trevor comenzaron a acariciarla por encima de la delgada tela que cubría sus senos, y estimuló con conocimiento los pezones hasta ponerlos inhiestos. Al gemido de ella, le bajó el tirante y liberó el globo maduro. Lo lamió y chupó de forma tan suave que la inflamó de placer.

—No tenía que demostrarte nada, Trevor—protestó débilmente.

Dejó de besarle el pecho.

—Pero yo sí —Margaret se preparó para que le besara el otro, sin embargo, él se mantenía quieto.

—¿Qué... qué sucede?

—¿Deseas que continúe?

La mente de Margaret era un torbellino, incapaz de hilar un pensamiento coherente. Sentía una quemazón entre las piernas. Los pezones le hormigueaban, y reconoció que no quería que él se detuviera. Deseaba que terminara lo que había empezado.

—Me rindo —admitió—. Te deseo, Trevor Welby —capituló al fin.

Esas palabras lo alentaron por completo.

—Te deseo, Margaret Bradford.

Él, acercó su rostro al de ella y se apoderó nuevamente de sus labios. Al principio se limitó a mover sus boca sobre los dulces y carnosos labios despacio, lentamente, y, poco a poco, se abrió pasó entre ellos con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron sus superficies, Margaret se estremeció, y, sin saber cómo, lo agarró de la solapa de la chaqueta y le hizo acercarse a ella para sentir su calor junto a su cuerpo.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Una marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en ella. No la dejaba

razonar. Y él estaba provocando esas sensaciones, con sus besos, con sus caricias.

Trevor la desnudó en cuestión de segundos. Ella miró embelesada los movimientos de él al quitarse su propia ropa. Un segundo después, la boca de él descendió nuevamente sobre la de ella y le depositó cientos de besos muy pequeños recorriendo toda la boca y la comisura antes de introducir profundamente la lengua en ella.

Separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que se abría para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina. Ella sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla, era como el paraíso. Al ver que ella no impedía sus avances sino que le alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, él enterró un segundo dedo la. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorría la columna vertebral y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión que crecía a un ritmo vertiginoso. La boca de él abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Aferró entre sus dientes el maduro pezón y lo mordió con una delicadeza que no se creía capaz. Lo único que quería era devorar: devorar ese seductor cuerpo que se retorció bajo él y que tantas y tantas noches había ansiado. Notó el mordisco en el lóbulo de su oreja pero no le importó, también él quería morder. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación: una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Ella estaba más que lista para él. Sus dedos estaban tan mojados que casi parecía tenerlos metido en mantequilla templada. Los retiró de ella no sin escuchar la súplica de sus dulces labios de que no parara aquella tortura. Equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano, y buscó su pesado miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta la abertura en el que se moría por entrar.

La cabeza púrpura de su miembro encontró la entrada femenina y se deslizó suavemente dentro de ella. Se deslizaba dentro de ella como seda, ella le absorbía sin miedo. Se ajustaba a su alrededor como un guante de cuero nuevo a una mano. Pero con más, mucho más calor. La verdad es que le abrasaba y le quemaba. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido y de una fuerte estocada se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. El cuerpo de ella se tensó ante la invasión por unos segundos, pero un segundo después estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente.

Margaret recorrió con sus dedos la ancha espalda hasta la misma base de la columna y un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de placer, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos.

Trevor tuvo que ejercer un férreo control cuando fue acariciado por los suaves espasmos del vientre de ella.

Con una habilidad increíble y casi sin que ella se diera cuenta, Trevor se humedeció el dedo corazón y lo colocó sobre los labios superiores de su vagina, para comenzar a realizar pequeños círculos sobre la perla rosada incrementando la intensidad de un lado a otro. Cuando la espalda de Margaret se arqueó ante la llegada de un nuevo orgasmo, Trevor la penetró más profundamente, y se quedó clavado en el interior de ella durante segundos mientras la sentía ponerse tensa entre sus brazos. Comenzó a moverse con rapidez y fue incrementando el ritmo sin dejar de besarla. Margaret volvió a convulsionarse de nuevo minutos más tarde, pero de forma mucho más intensa, y lanzó un grito agudo. El segundo orgasmo había superado con creces al primero. Su cuerpo fuerte y masculino se lanzó también en busca de la liberación, y junto al grito de ella, reverberó

también el de él en el momento en el que el cálido fluido de vida que era su semen inundó la matriz de ella.

Margaret cerró los ojos, y se quedó vencida bajo el cuerpo musculoso.

CAPÍTULO 15

La mañana los pilló a los dos abrazados.

Trevor despertó primero, y se dedicó a observarla con atención. Gracias a los excéntrico que era, el servicio se cuidaba mucho de molestarlo más de lo necesario, por ese motivo no le preocupaba que entrasen a la alcoba de ella y los pillasen juntos.

Margaret se había entregado a él. Margaret era suya.

Cuando ella despertó, el rubor la cubrió de pies a cabeza, quiso apartarse, pero él no se lo permitió.

—Tendrías que haber tenido la decencia y la consideración de permitir que me despertara sola —le recriminó.

La sonrisa de él le desbocó los sentidos.

—Quiero despertarme así cada día de mi vida —le confesó él.

Margaret se puso nerviosa. Con su entrega de la noche anterior, había aceptado convertirse en su amante, aunque tenía que digerirlo a la luz de la mañana.

Él vio perfectamente los nubarrones que cubrieron la mirada de ella.

—Esto lo cambia todo, lo sabes, ¿verdad? —le dijo para tranquilizarla, pero se equivocó porque despertó en ella un remordimiento agudo.

—Me enojaste demasiado —acertó a decirle.

Trevor la miró intensamente.

—Voy a pasarme la vida provocándote para avivar tu enojo.

Margaret soltó un suspiro suave.

—Tienes un pésimo sentido del humor —le dijo ella.

Trevor la acercó más a su cuerpo, y la besó en la punta de la nariz.

—Eres perfecta, me vuelves loco...

Cuando fue a besarla en la boca, Margaret logró apartarse.

—¡Trevor, es de día! —exclamó avergonzada—. El servicio puede vernos en esta actitud comprometida.

—Voy a hacerte el amor de nuevo —le confesó él—. Y después nos escaparemos a Gretna Green para casarnos de forma inmediata.

A ella se le borró la sonrisa junto con la tranquilidad.

—¿Hablas en serio? —le preguntó asombrada.

—Soy un caballero —respondió muy serio.

—Eres el duque de Houghan —le recordó ella—. Puedes tener a la mujer que desees.

—Tú eres la mujer que deseo como duquesa de Houghan —le aclaró con fervor—. Tú, y nadie más.

Ella no podía casarse con él porque escondía un terrible secreto. Algo de su pasado que pretendía mantener bien oculto. El ducado de Houghan era demasiado importante para soportar un secreto de tal magnitud.

—¿Qué te preocupa? —quiso saber él porque el rostro de ella se había puesto pálido.

Margaret tenía que ganar tiempo, y supo cómo lograrlo.

—Que no me has dado un beso de buenos días.

Trevor volvió a hacerle el amor una vez más, y Margaret se dejó llevar porque lo deseaba. Con él se sentía desinhibida, y le gustó. Y durante los siguientes días, se bañaron juntos, se vistieron juntos, incluso se alimentaban mutuamente. Para Margaret fueron los días más

maravillosos de su vida. Hasta la cena que organizó Trevor en Folkestone Park sin preguntarle, lo que generó en una nueva discusión que ganó de nuevo él cuando le hizo el amor de forma apasionada. Cada vez que ella se enojaba, Trevor le hacía el amor de una forma única.

Margaret se rindió de nuevo a sus reclamos.

Margaret conocía a casi todos los invitados. Cuando Trevor hizo las oportunas presentaciones, ella tuvo que lidiar con una mirada excesivamente penetrante, y un estrechamiento de manos demasiado íntimo por parte del duque de Maxton, y que no le gustó en absoluto.

La condujo hacia una salita privada alejado del resto de comensales.

—Nunca creí que llegaría a conocer en persona a la esquiwa directora de St Margaret's — esas palabras lograron incomodarla todavía más—, pero estoy encantado.

Ella ignoraba que Trevor era el mejor amigo del heredero del ducado de Maxton.

—Confío que su esposa se recupere pronto, Su Excelencia.

—Fue una caída tonta, pero ya está mucho mejor, aunque lamenta no poder cenar con nosotros —Margaret le sonrió—. Tenía muchas ganas de saludarla en persona.

Margaret se pasó la siguiente media hora escuchando las batallitas del duque de Maxton, pero Trevor la rescató para llevarla de su brazo al comedor. Una vez que estuvieron sentados alrededor de la mesa, el conde Sting se giró hacia ella, y le sonrió.

—¿Por qué ganador apostaría para el parlamento, señorita Bradford?

Margaret pensó que esa era una pregunta de fácil respuesta.

—Tanto la política del reino, como las carreras de Ascot son demasiado complicadas para la mente de una mujer —respondió con un deje sarcástico que el otro no advirtió.

—Inteligente conclusión —dijo el noble que no dejaba de mirarla.

Pero Margaret optó por mantener silencio en el mismo momento en el que Trevor y el duque de Maxton comenzaron a conversar sobre carreras de caballos. Se refugió en sí misma, y dejó transcurrir el tiempo sin ser consciente de lo que comía ni de lo que se hablaba en la mesa. Ella tenía muchas cosas que analizar, como el último encuentro íntimo con Trevor. Se preguntó si la proposición de él iba en serio. Lo que pasaría con St Margaret's si ella decidía aceptarla. De pronto abrió los ojos de par en par al percatarse que estaba considerando en serio la propuesta de matrimonio de él.

—Te encuentras bien.

Debía de haber hecho algún sonido porque los hombres más cercanos a ella en la mesa, la miraron con atención.

Carraspeó tratando de que no se notara lo turbada que se sentía.

—He olvidado algo muy importante —se excusó.

—¿Necesitas ayuda? —la pregunta de Trevor sonó preocupada.

—Disculpadme, por favor. Regreso en seguida.

Se levantó rápida casi sin permitirle a Trevor que le apartara la silla. Con su salida del comedor tenía la excusa perfecta para tratar de ordenar sus pensamientos lejos de los invitados. Pero a su regreso se encontró que el barón Bois estaba sentado a la mesa, e iba acompañado de una mujer.

—Es un placer, lady Bradford.

La voz le molestó en los tímpanos.

El rostro de Trevor era indescifrable. El de la mujer que lo acompañaba, calculador, y el brillo malintencionado de sus ojos le mostró a Margaret que debía ser una antigua amante de

Trevor.

—Confío que no les importe que me acompañe Casandra Taylor en este evento tan comentado en el condado —la mirada de Trevor era un completo enigma—. Sobre todo cuando la dama es amiga del duque de Houghan.

—Muy osada tu jugada —le dijo Trevor—. Aunque después me explicarás los motivos para tu visita cuando no se te ha invitado.

A Trevor se le notó que no le había gustado nada que el barón viniera a la cena, y acompañado de esa mujer. Pero no podía hacer una escena delante de todos los invitados.

—Debo ausentarme un momento —Margaret no veía el momento de escapar de esa sensación incómoda, sobre todo del barón Bois.

Trevor la sujetó por el brazo.

—¿Necesitas ayuda, querida? —ella negó con la cabeza—. No tardes.

Una vez en el baño, se mojó el rostro. Estaba conmocionada, llena de dudas, y, esa sensación de no controlar nada, aunque no era nueva para ella, sí la descolocó porque hacía mucho tiempo que no le ocurría. Tenía que regresar a la mesa, pero se resistía. No le gustaba en absoluto la presencia del barón y de Casandra, pero sobre todo, enfrentar a Trevor.

Margaret suspiro.

Era una mujer adulta. Consciente de sus acciones y equivocaciones. Podía controlarse y actuar con la madurez que la caracterizaba. Se miró por última vez al espejo, se arregló unos mechones de cabello que se le habían soltado del recogido. El barón Bois no iba a molestarla más, ni con sus palabras ni con su presencia. Tampoco pensaba permitir que la tal Casandra Taylor la incomodara con esa forma de mirar intencionada. Y en cuanto a Trevor, iba a volver al punto de partida sin permitirle moverse un milímetro hacia adelante.

Salió del baño y se dirigió con paso firme de nuevo a la mesa.

—Veo que me han esperado para el postre —les sonrió a todos.

Margaret miró a Trevor que tenía en el rostro una mirada iracunda. Por alguna extraña razón supo que era debido a Casandra Taylor.

—Ha llegado hasta mis oídos que la escuela St Margaret's está desbordada con peticiones de ingreso para la próxima temporada —disparó Bois con mirada ávida.

Margaret lo observó con mucha cautela. Era indudable que se mantenía bien informado.

—La nobleza de Kent demuestra su confianza en la institución —afirmó ella pero sin vanagloriarse.

—Aún sigo esperando un mensaje tuyo, querido —la voz de Casandra había sonado peyorativa.

Margaret bajó la cabeza porque le sorprendía en verdad la insensatez de la mujer. Estaban en Folkestone Park, en una cena formal, y ni Bois ni Taylor se avenían a guardar las formas.

—Ha dejado claro, señorita Taylor —apuntó Trevor con voz fría como el hielo—, que hay personas necias que no se dan cuenta, o no quieren hacerlo, de dónde y cuándo su presencia es inoportuna —la mujer contuvo un jadeo de sorpresa—. Y la invito amablemente a que se marche de inmediato.

El duque de Maxton se veía ligeramente incómodo por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Vámonos, Bois —le pidió la mujer—. Aquí no somos bienvenidos.

Pero estaba claro que Michel tenía sed de sangre y solo se iba a conformar con la de Margaret. El barón se tragó la bilis, y la miró con odio durante un minuto largo.

—Vámonos Boris, no lo hagas más difícil —insistió.

—Mi mayordomo los acompañará hasta la puerta —les dijo Trevor.

Pero el barón se resistía a irse. Tenía enfrente a la persona que odiaba con toda su alma, y a la que había prometido destruir. A Michel Bois no le importaba ninguno de los hombres que estaban sentados alrededor de la mesa, no le interesaba ninguno salvo Margaret Bradford. Tenía los ojos inyectados en sangre y casi a punto de escupir bilis por la boca.

¿Le ha contado ya a su prometido su terrible secreto, lady Bradford? Puedo contárselo yo.

La amenaza velada quedó suspendida en el aire.

Margaret no solo le había perdido el respeto al barón tiempo atrás, también lo consideraba un ser despreciable.

—Lo invito a que lo haga —el reto quedó suspendido entre todos los comensales que miraban a ambos con absoluta sorpresa—. Será gratificante ver sus explicaciones a Scotland Yard.

—¡Desgraciada! —la insultó Bois.

Trevor se levantó de la silla y fulminó con los ojos al barón. Un segundo después le hizo un gesto al mayordomo para que lo echara a la calle.

El rencor salía como rayos por los ojos del hombre.

—Pronto tendrás noticias mías, lady Bradford —la amenazó.

El mayordomo, acompañado de dos corpulentos sirvientes, se plantaron al lado del barón. Lo sujetaron por los brazos y lo levantaron en volandas. Trevor tomó la mano de Margaret, y se la apretó en un intento de captar su atención para comprobar que se encontraba bien.

El barón se había percatado del gesto del duque.

—Algo les va a estallar frente a los ojos. Veremos si entonces se sonríen con tanta complacencia.

Cassandra Taylor se cansó del acoso al que Michel sometía a Margaret Bradford. Los dos sirvientes lo sacaron fuera del comedor a la fuerza.

—¡Que me soltéis, joder! —el barón parecía que quería golpearlos.

Entre los invitados se suscitó un silencio que Margaret no osó interrumpir.

—No pienso invitar nunca más a semejante individuo —dijo el duque de Maxton bastante ofendido por el espectáculo—, por muy primo que sea de ese marqués amigo tuyo, mi querido Trevor.

El resto de invitados se sumaron al duque.

—Confío en no tener a nunca a un enemigo tan acérrimo como el tuyo —le dijo Trevor en voz baja—. Y desde luego que me debes una larga explicación.

Ella seguía en silencio aceptando con resignación los comentarios de solidaridad del resto de invitados, mientras escuchaba las disculpas que Trevor les ofrecía a cada uno de ellos. Después de unos minutos, el duque se levantó de nuevo.

—Disculpadme, iré a ver si todo marcha bien —dijo Trevor.

Margaret se quedó de verdad preocupada cuando Trevor se marchó del comedor porque para ella había quedado claro que estaba realmente enfadado. La cena había resultado en un verdadero desastre.

Margaret llenó su pequeña valija con sus pertenencias más necesarias. En la mañana, enviaría un carruaje para que se llevara el resto, y se dispuso a marcharse. Trevor la miró y se paró en seco, como si fuera consciente por primera vez de la maleta y de las intenciones de ella.

—¿Te marchas? ¿Me abandonas?

Margaret suspiró profundamente, y tomó asiento en el borde del lecho.

—Es lo más adecuado en vista de las circunstancias.

—No puedes marcharte.

—Es lo mejor, créeme.

Trevor respiró profundamente varias veces.

—Estoy realmente preocupado por Bois —dijo de pronto Trevor—. Me parece un hombre peligroso.

—Yo no.

—¿Qué poder tiene sobre ti? —le pregunto. Margaret se mantuvo en silencio durante un momento—. ¿Por qué desea hacerte daño?

—Es una desagradable historia que ya está olvidada.

—A la vista está que no para él —le reprochó—. ¡Cuéntamelo!

Margaret negó con la cabeza una única vez pero de forma contundente. El mayordomo anunció que el carruaje estaba preparado.

Margaret se levantó, y cogió la pequeña valija.

—¡Cuéntamelo, Margaret! —casi ordenó—. Deseo ayudarte.

Ella entrecerró los párpados y apretó ligeramente los labios. Después de unos instantes en los que pareció que dudaba, comenzó a andar.

—La próxima vez que visites el condado de Kent, St Margaret's hará las oportunas gestiones para ofrecerte todos los informes sobre tu prima con la misma rigurosidad y eficiencia que hasta ahora.

Trevor la sujetó por el brazo antes de que saliera por la puerta. No podía creerse que se marchara.

—Esto no se termina aquí.

Margaret lo miró de forma serena, sin pestañear, y con esa solemnidad innata en ella.

—Que tengas un buen regreso a Londres.

CAPÍTULO 16

—¡Despierta, Margaret, despierta! —su ayudante le palmeaba la espalda.

Cuando regresó a St Margaret's la noche anterior, se dedicó de lleno a recuperar todo el tiempo que había estado alejada de la escuela. Collette había hecho muy buenas gestiones, pero ella tenía que tomar decisiones importantes y que había pospuesto por Welby.

—No sé si felicitarte o enfadarme —le dijo Collette con gesto mohíno.

Margaret parpadeó tratando de borrar los restos de sueño, y para enfocar la visión. Había estado despierta hasta las cinco de la madrugada.

—¿Qué hora es? ¿Y por qué me despiertas con esos gritos?

Se sentó sobre el colchón y se restregó los ojos con los dedos de las manos.

—Tienes que ver esto —Collette le lanzó un periódico sobre el regazo.

El titular la dejó boquiabierta, un instante después miró a su ayudante sin poder articular palabra.

—¿Qué hora es? —volvió a preguntar aunque buscó en la mesilla su reloj de pulsera.

—Las ocho menos cuarto.

Había dormido menos de tres horas.

—Necesito un té.

Collette le puso uno en las manos. Lo había dejado sobre la mesilla de noche antes de despertarla.

—No paran de llegar mensajes desde las siete de la mañana —le informó Collette con voz que denotaba incredulidad—. La noticia es una bomba.

Margaret se tomó el té de un trago.

—Estoy terriblemente cansada de todo —confesó en voz baja.

—Él, está abajo —susurró la ayudante.

Margaret parpadeó confundida.

—¿Él...? —preguntó.

Collette señaló con los ojos el suelo.

—¿Trevor está aquí?

La ayudante confirmó la pregunta con un gesto de cabeza. Margaret se tomó su tiempo en meditar la información. Alguien, no sabía exactamente quién aunque lo sospechaba, había filtrado una información falsa a la prensa, y Trevor debía de estar esperando una explicación por su parte. Al menos podía haber esperado a que ella lo desmintiera y la dirección del periódico rectificara, antes de demandarle explicaciones a esa hora tan temprana.

—¿Le doy permiso para que suba? Se le ve impaciente por hablar contigo.

Margaret se mordió ligeramente el labio inferior. Ningún hombre visitaba las instalaciones de St Margaret's ni tenía acceso a ninguna parte del edificio que no fuera la recepción o su despacho en la primera planta, pero Trevor era alguien muy especial, y ella se había implicado íntimamente con él. Ya no podía tratarlo como a un desconocido, pero tampoco quería hacerlo como amante. La relación entre ambos había quedado suspendida en el limbo.

—Tengo que darme una baño —dijo en voz muy baja.

—¿No piensas decirme nada sobre la noticia? Todos en la escuela estamos conmocionados.

—Se trata de un error.

El brillo de la decepción se paseó por los ojos de Collette.

—Menos mal que he contenido mi emoción delante de las chicas —Collette cogió la taza

vacía y el periódico que su jefa había desdeñado pues solo había leído el titular.

Margaret ya tomaba de nuevo el control sobre sus actos. Iba a darse un baño, se vestiría, y después recibiría a Welby.

—Cuando se marche el duque de Houghan, reuniré a las chicas y hablaré con ellas —dijo Margaret mientras se dirigía hacia el baño—. Ahora dile a Trevor que lo recibiré en la biblioteca —las cejas de Collette se alzaron con un interrogante bastante significativo—. Ningún hombre ha subido a mis estancias privadas, y él no va a ser el primero.

—¿Trevor? —preguntó la ayudante con humor.

Margaret volvió a suspirar.

—Su Excelencia —rectificó.

Trevor seguía esperando en el vestíbulo del edificio. Cuando llegó al edificio antes de las ocho, no esperaba que lo mantuvieran allí plantado más de treinta minutos como un mequetrefe. Ignoraba que Margaret se había sumergido en preparar reuniones y viajes para los próximos días, y que se había acostado muy tarde. Escuchó el resonar de los tacones sobre el pulido mármol y apartó la vista de un óleo que estaba admirando. La ayudante caminaba directamente hacia él.

—Acompáñeme, Su Excelencia, lady Bradford lo recibirá en unos momentos —Trevor la siguió hacia una dependencia interior—. Espere aquí, no tardará.

Cuando miró hacia su alrededor, se percató que habían reconvertido el antiguo despacho del en biblioteca. Sobre la pared de la chimenea se podía apreciar las líneas oscuras que habían dejado un cuadro que ya no estaba allí. El cuadro debía ser de los padres de Margaret. Imaginó que ella habría decidido quitarlo para convertir el despacho de su padre en un lugar más apropiado para recibir clientes de la escuela. Cuando Margaret se presentó ante él llevaba un vestido peculiar y que le hizo parpadear varias veces. Apenas podía apartar la vista.

—Buenos días, Su Excelencia —lo saludó ella formal en un intento de mantener las distancias.

—Buenos días, Margaret —respondió el otro con voz neutra.

—Lamento que te hayas desplazado hasta St Margaret's pues con un mensaje habría bastado para sacarte del error.

—¿Qué error? —preguntó él.

Margaret lo miró durante un momento algo confundida.

—La noticia destacada del periódico —contestó serena.

—De eso he venido a hablarte.

Margaret lo invitó a que se sentará frente a ella en el sillón de piel marrón.

—Imagino que tienes la misma sospecha que yo, que ha sido el barón Bois quién ha filtrado la información falsa, pero no te preocupes que hablaré en seguida a la redacción y desmentiré la noticia —él, la miraba con los ojos entrecerrados—, por supuesto que necesitaré que corrobore el desmentido.

—No ha sido Michel Bois —contestó el duque.

Margaret abrió la boca para decir algo pero la cerró de inmediato. Se recostó hacia atrás y lo miró fijamente.

—El barón es la única persona a la que puedo considerar enemiga hasta el punto de que no le importa dañar mi reputación.

—He sido yo.

Parpadeó confundida porque creía no entender lo que él trataba de decirle.

—¿Has sido tú...?

—El que ha filtrado la noticia sobre nuestra relación íntima y tu posible embarazo.

Margaret lamentaba haber dormido tampoco porque la falta de sueño le estaba jugando una mala pasada como escuchar cosas que no eran.

—No hablas en serio.

—Completamente en serio.

—¿Por qué motivo harías una cosa así?

Trevor sacó un folio doblado del bolsillo interior de su chaqueta negra y se lo tendió para que lo cogiera. Margaret así lo hizo. Lo desplegó y comenzó a leer. Un minuto después perdió el color del rostro.

—Esa es la información que el barón Bois le había pasado a Paul Craig sobre ti.

Margaret ignoraba que Paul Craig era el dueño del periódico que había rotulado el sensacionalista titular sobre el duque y ella.

—¿Cuánto has pagado?

Trevor negó con la cabeza.

—Craig no quería dinero sino un titular tan jugoso como ese que sostienes entre las manos — le explicó—. Estaba dispuesto a comprar el periódico, pero Craig no se deja comprar.

—Tenías que haberlo consultado conmigo antes de hacer un intercambio que nos perjudica a ambos.

—No había tiempo que perder —explicó él—. Craig se puso en contacto conmigo antes de imprimir la primera página para preguntarme si conocía algo sobre ese hecho del pasado que te incriminaba directamente.

—¿Es tu amigo? —le preguntó ella.

—Un conocido respetable al que le gusta confirmar las informaciones que compra o que recibe.

—¿Confirmar una información con el duque de Houghan y no con la propia afectada?

El rostro de Trevor se contrajo ligeramente.

Le quedaba claro que el director del periódico jamás se habría puesto en contacto con ella para desmentir o afirmar la noticia sobre ambos.

—Entiendo.

—Yo he sido el hombre que ha estado contigo las últimas semanas.

—Entiendo —reiteró.

—Según me informó Craig, soy la única relación que se te conoce formalmente en todos estos años —a Margaret le hizo gracia esa afirmación porque era cierta—. Es normal que el hombre que maneje tu corazón despierte el interés de la prensa que te observa y que sigue los progresos de la escuela.

Margaret se dijo que desde ese punto de vista resultaba hasta entrañable.

—Podías en este caso haberle ofrecido alguna información tuya que resultara relevante — contraatacó.

Margaret trató de hacerle ver que podría haber optado por otra información real y no una mentira sobre ambos.

—Johnson solo se conformaba con una noticia de primera sobre la reina de corazones. — Reina de corazones, tenía gracia, se dijo ella—. Ahora deseo escucharte.

Margaret pensó que Trevor era muy insistente.

—En esa declaración tienes la información —dijo ella refiriéndose al documento que la había enseñado anteriormente—. El hijo del barón murió, fin de la historia.

Trevor la miró con franca sorpresa.

—Si tengo que protegerte de esos buitres que andan más desinformados que informados, tengo que saber la verdad, y, aunque he tenido la oportunidad de conocer los detalles de tu historia por otros medios, he preferido esperar a que me los revele la verdadera fuente, tú.

—¿Te los ofrecieron? —Trevor hizo un gesto afirmativo—, ¿y no quisiste escucharlos?

—No, si no me los ofrecías tú —reiteró él.

Esa confesión la pilló por sorpresa. ¿Trevor rehusó conocer su sórdida historia por otras fuentes? Se quedó admirada.

—Pensé que estaba enamorada de Harry Bois —Trevor tomó finalmente asiento frente a ella—. Y nos prometimos en secreto, pero yo ignoraba que era un muchacho que sufría constantes depresiones que le impedían mantener una relación estable con nadie —Trevor cruzó una pierna sobre la otra sin dejar de escucharla—. Había intentado suicidarse en dos ocasiones, y había estado ingresado otras tantas. Por la dificultad que presentaba la relación para los dos, decidí terminarla —Margaret calló un momento porque se le había entrecortado la voz—. Después de estar un largo tiempo ingresado, parecía que había mejorado, Harry quería retomar su relación conmigo, pero no quise escuchar sus razones ni regresar con él.

—Estabas en tu derecho —afirmó Trevor.

El duque estaba anonadado porque desconocía esa parte sórdida de su pasado, y se preguntó cómo podía desconocerlo cuando se había pasado años averiguando todo sobre ella.

—Como no podía obligarme a regresar con él, se volvió violento, intratable, peligroso, y volcó su odio en su hermana pequeña Olivia que se suicidó semanas después de regresar Harry del centro donde lo trataban. Todos creímos que la muerte de su hermana lo afectó especialmente y lo volvió peligroso —Trevor suspiró mientras la escuchaba—. Volvió a buscarme aquí, y le dije que ya no había ninguna posibilidad entre ambos, pero Harry enloqueció. Comenzó a caminar como una fiera enjaulada, y, durante varios minutos, solo fue capaz de farfullar frases que no tenían ningún sentido. Después me miró fijamente, y me dijo que yo iba a ser la última mujer que iba a abandonarlo. Se abalanzó sobre mí y me agarró del cuello. Fue apretando los dedos hasta tal punto que dejé de respirar. Creí de verdad que moriría asfixiada. Cerré los ojos para morir, y cuando los abrí de nuevo al percibir que la presión sobre mi garganta disminuía, me encontré que, de forma inconsciente, le había clavado la pluma que sostenía en la mano justo en la sien. —Trevor estaba aturdido, incapaz de decir una palabra de inteligente—. Lo asesiné.

Trevor tenía que digerir esa sorprendente revelación.

—Él, te habría matado a ti.

Margaret comenzó a llorar.

—Se abrió una investigación que comenzaba a alcanzar una popularidad nefasta para mi familia a pesar de sus intentos de que no trascendiera a la prensa, y de pronto, en medio del caos, se descubre un informe psiquiátrico en el que se recogía el hecho horrible de la violación a su hermana Olivia. Fue ese y no otro el motivo que llevó a Olivia al suicidio.

El duque estaba sin capacidad de reacción.

—Sorprendente.

—El abogado que representaba a los padres de Harry, lo llamó prueba circunstancial y oportuna, pero fue la que cerró el caso, pero la culpable de su muerte fui yo.

—Fue en defensa propia —reiteró Trevor.

Margaret estaba muy afectada por los recuerdos.

—Lo más doloroso, es que me sentía culpable de todo —reveló ella con voz queda—. Mi padre nunca había aceptado el compromiso entre ambos, pero yo creía que lo amaba, y por eso le

di ilusiones al respecto.

—¿Lo amabas? —a Trevor le molestaba esa sola posibilidad.

Margaret negó con la cabeza.

—Estaba ilusionada. Me creía feliz, pero pronto sufrí sus arranques de ira, sus acciones violentas. Incluso me golpeó más de una vez cuando traté de tranquilizarlo —Trevor sentía una ira ciega—. Mi padre decidió pasar a la acción, pero no se encontraba aquí cuando vino Harry y me atacó.

—Era lo menos que se merecía —afirmó Trevor.

Pero Margaret no lo escuchaba porque seguía inmersa en recuerdos.

—La muerte de Harry dejó pendiente sobre mi cabeza una sospecha y una duda que jamás podré borrar, y por eso su padre cree que debe hacerle justicia. Y por eso me acosa, e incluso pagó a alguien para que se introdujera en St Margaret's tratando de sustraer información sobre las alumnas para poder utilizarlo en mi contra.

—¿No lo denunciaste?

—No podía arriesgarme a sufrir un escándalo que sería terrible para la escuela —Margaret suspiró suavemente mientras recordaba los sucesos.

—¿Qué cabrón!

—Es un hombre lleno de odio.

—Y ello nos lleva al anuncio de esta mañana.

—Te agradezco el esfuerzo que has hecho, pero tenemos la obligación de desmentirlo.

—Ahhh, pero es que me encanta estar comprometido contigo, y que seas la futura madre del próximo duque de Houghan.

—No estoy embarazada —lo había dicho, pero con las mejillas encendidas.

Margaret se había dejado amar demasiadas veces por Trevor, un embarazo era una consecuencia natural, aunque todavía era pronto para saberlo.

—No te quepa la menor duda de que vas a estarlo, pero antes debemos unirnos en matrimonio. Me niego rotundamente a que mi primogénito y heredero se le tilde de bastardo.

No podían casarse, ella no podía permitir que tal escándalo sobre su vida salpicara al ducado de Houghan.

—Trevor—comenzó ella—. Somos personas adultas, y podemos enfrentarnos a cualquier dificultad que se nos presente sin tener que dar ese paso tan importante, y que tanto puede perjudicarte.

—La noticia ya va de boca en boca más rápido de lo que imaginas.

—¿Nunca te preguntaste por qué motivo nunca me comprometí ni me casé? Yo te lo diré, fue precisamente para seguir ocultando este terrible secreto que tanto me avergüenza.

—Precisamente mi nombre es lo que puede protegerte de ese terrible secreto, como tú lo llamas.

—No voy a casarme contigo —le dijo finalmente.

Trevor hizo algo insólito. Se levantó de golpe y caminó hacia la puerta para marcharse. Ella se quedó boquiabierta porque no se esperaba esa reacción de por su parte.

—¿Trevor! —exclamó para detenerlo.

Él, se giró hacia ella y le sonrió.

—He retrasado mi regreso a Londres hasta la próxima semana —Margaret iba a protestar, pero él se lo impidió—. El conde Paul Sting nos ha invitado esta noche a cenar en su casa pues desea ser la primera persona en darte la enhorabuena por nuestro matrimonio y futuro hijo. —Ella lo miró realmente espantada—. Solo te queda la salida honrosa del matrimonio sino deseas un

escándalo sobre la escuela.

—¡No hablas en serio! Como duque, debes pedir permiso a la corona, lo sabes.

—Por favor —le pidió él—. No vuelvas a ponerte ese horrible vestido.

La dejó sola, con la boca abierta, y con una sensación de frustración como hacía años que no sentía.

CAPÍTULO 17

Las chicas la miraban atónitas, expectantes. Ávidas de información, porque les parecía imposible que la directora de la escuela fuera actualmente la comidilla de la sociedad por su presunto romance con uno de los hombres más importantes y distinguidos de la nobleza. Trevor Welby, duque de Houghan, era el hombre más rico, excéntrico, y atractivo de toda Inglaterra.

Margaret había decidido no hablar con la dirección del diario para desmentir la noticia porque necesitaba la cooperación de Trevor para no quedar descolocada si él decidía mantenerla. Siempre había sido una mujer muy cautelosa, y la prudencia le indicaba ahora que debía esperar un momento más oportuno para hacerlo. Agradecía en verdad que él se hubiera implicado hasta el punto de comprar una noticia sobre ella que podría cubrirla de infamia y que sería desastrosa para la escuela que con tanto esfuerzo había levantado.

Había pensado mucho en el asunto las dos horas posteriores a la marcha de Trevor. En nada la dañaba un anuncio de compromiso, pero sí la sospecha de un embarazo, si bien Collette le había explicado que era tanto el poder de su prometido, que nadie se atrevería a verter infamias sobre ella.

Ante todo, Margaret era una mujer práctica.

—Todas estamos en shock —casi gritó una de las profesoras.

Collette miraba a Margaret algo enfurruñada desde una esquina del salón. No le había gustado mucho que a ella le dijera que no era cierto su romance con el duque, y en cambio a las chicas les confirmaba todo lo contrario.

—Son cosas que suceden casi sin esperarlo.

—Te dije que llevaras cuidado —la voz enojada de Collette la sobresaltó.

Margaret se giró sobre sí misma para mirar con interés a su secretaria que cruzaba en ese mismo momento el umbral del salón. Juntas habían vivido demasiadas aventuras. Collette había estado con ella desde el principio, pero no le gustaba que cuestionara sus decisiones.

—¿Cómo has podido quedarte embarazada?

—¡Collette! —exclamó ella con mirada fría para que se contuviera delante del resto de profesoras.

—Gracias a todas —les dijo a las profesoras—, seguiremos hablando más tarde sobre lo que os he propuesto.

Ellas entendieron que las despedía. Cuando las dejaron a solas, Collette no pudo contenerse.

—Será una noticia nefasta para la escuela.

No, no lo era porque Trevor se encargaría de acallar todos los chismes. Sabía perfectamente lo que ocurría y había decidido mostrar un poco de paciencia hasta que se solucionara.

—¿No te parece acertada mi elección? —preguntó con algo de sorna.

Collette la miró realmente preocupada.

—Me preocupa el futuro de la escuela —le dijo la secretaria con semblante serio—. Como duquesa de Houghan no podrás seguir ocupándote de la institución. Todos conocemos el carácter intransigente del duque, y el poco tiempo que pasa en Folkestone Park.

De repente, Margaret sintió la necesidad de salir en defensa de Trevor. Estaba de acuerdo que era un hombre muy absorbente.

—¡No te he pedido tu opinión! —esa respuesta no se la esperaba Collette, y por eso gimió al escucharla, era como si hubiera recibido un golpe bajo—. Lo lamento —se disculpó Margaret—, estoy un poco superada por todo esto.

—¿Estás encinta?

Por algún motivo, Margaret no deseaba desmentir a Trevor. Apreciaba de veras a Collette, pero había algo en su mirada que no le gustaba en absoluto.

—¿Me has visto anteriormente bromear sobre algo tan serio como un posible embarazo?

Collette no sabía qué pensar. Cuando en la mañana había visto el titular, casi se cae de la cama junto con la taza de té.

—¡Eres la directora! ¡Has echado al traste tu reputación!

La espalda de Margaret se tensó ante la crítica, le dolía que Collette la considerara así de voluble.

—¿Este ataque es porque piensas que voy a dejar la escuela? —la pregunta fue formulada en voz baja, pero con un tono firme—. ¿Acaso lo has pensado siquiera?

Los ojos de Collette brillaron decepcionados.

—Solo me preocupo por ti, y Welby te alejará de St Margaret's.

—Estás presuponiendo demasiado —respondió seca.

Collette no se dio por aludida.

—Sé mucho más sobre ti de lo que imaginas, y sé perfectamente que tus obligaciones como duquesa de Houghan no te dejara tiempo para ocuparte de St Margaret's.

Cuanto más la censuraba Collette, más se decidía ella a no revelar la verdad. Trevor había intercambiado una noticia por otra para evitarle un perjuicio mayor. Cualquier mujer podía deshacerse de un prometido, pero no de una noticia tan nefasta para sus intereses como la sombra de un asesinato.

—Así como yo te he mostrado respeto por tu vida personal aunque no compartiera la mayoría de tus decisiones, te pido respeto por las que tomo yo y que en nada te perjudican.

Collette supo que la había molestado. No había encarado el asunto bien, pero cuando había leído en la prensa lo del compromiso y posible embarazo, sentía la necesidad de aconsejarla.

—Me siento bien a su lado. Me hace reír —Margaret se refería a la capacidad que tenía Trevor de hacer que se olvidara de todo salvo el duelo verbal lleno de inteligencia que compartían la mayoría de las ocasiones entre ambos—. Siempre está atento a mis necesidades. ¿Qué mujer puede pedir más?

—¿Y el duque decide cerrar la escuela una vez os hayáis casado?

Los ojos de Margaret se entrecerraron porque él sí había mencionado ese asunto en particular.

—St Margaret's continuará su labor, puedo asegurarlo.

—No deseo que nos dejes, siempre has mantenido que Londres no es para ti —le recordó Collette.

Era cierto. A Margaret le gustaba la tranquilidad de Kent, la intimidad de su hogar. Detestaba el caos de las fiestas, las temporadas sociales. En definitiva, todo lo que conllevaba vivir en Londres.

—Eres el pilar fundamental que mantiene en pie St Margaret's.

Collette debió ver la duda en la mirada de ella porque decidió no continuar con su ataque. Ella quería de verdad a Margaret, y si el duque era bueno para ella y la hacía feliz, ella sería la primera en celebrarlo.

—¿Qué vais a hacer ahora? —Margaret la miró sin entender—. Me refiero a vuestra boda, planes, etc.

Margaret no quería pensar en ello. Se agobiaba solo de pensarlo.

—A pospuesto su regreso a Londres, y esta noche tenemos una cena con el conde Sting.

Margaret se dijo que tenía que meditarlo todo muy bien para dar los siguientes pasos más seguros.

—Un hombre como el duque no se enamora en cuatro días —apuntilló Collette con humor.

—A mi me bastó con dos —admitió ella de forma franca.

Collette miró a Margaret por primera vez como si fuera una mujer normal, y no la directora de una institución que crecía a pasos agigantados. Margaret se mostraba tan fría como una gélida brisa del norte cuando trataba con hombres. ¿Cómo la había enamorado Welby?

—No puedes dejar que te manipule.

Margaret suspiró suavemente.

—¿Piensas que puede lograrlo? —inquirió ella—. No soy una jovencita debutante —le explicó—. Sé muy bien lo que deseo y cómo alcanzarlo.

—No sabes cómo me alivia conocer eso —contestó la otra—. Entonces —continuó Collette—, ¿cuándo será la boda?

Pero Margaret ya no respondió. Había decidido cambiar de tema hasta que meditara en profundidad sobre todo lo ocurrido. Hasta que aclarara sus ideas, y lo enmarañado que tenía los sentimientos.

—La verdad es que necesito una copa de champán —dijo de pronto cansada—.

—Estás encinta —le recordó Collete.

Margaret soltó un suspiro largo.

CAPÍTULO 18

Cuando el cochero de Trevor se presentó a las seis en punto en la puerta de St Margaret's, ella ya estaba arreglada, pero se decepcionó al comprobar que Trevor no la esperaba en el interior del carruaje.

—Su Excelencia se retrasará un poco —le informó el sirviente.

—Entonces, ¿iré sola a la casa del conde ?

El cochero negó con la cabeza.

—Debo llevarla primero a un lugar que Su Excelencia me ha detallado.

—¿Un lugar, dónde?

—Muy cerca de los jardines de Faversham.

El palafrenero le ayudó a tomar asiento, y cerró la puerta del carruaje con suavidad.

El recorrido no duró mucho porque el conductor era bastante bueno. Trevor sabía rodearse de gente muy competente. El carruaje se detuvo en un lugar concreto, y de nuevo el sirviente la ayudó a descender del interior.

—Debe de esperarlo allí, milady —el hombre le señaló un lugar muy concurrido.

Margaret hizo un gesto afirmativo. Muy cerca de dónde le había indicado el empleado había un violinista tocando. Esa parte de Faversham era el rincón preferido de los diferentes artistas del condado para mostrar su arte a los diversos paseantes. Como ignoraba cuánto tardaría Trevor en aparecer, se acercó al violinista para escucharlo mejor. Tocaba especialmente bien. Sin darse cuenta, comenzó a seguir el ritmo con el pie y se encontró sonriendo cuando el joven le guiñó un ojo, una mujer tan guapa y tan bien arreglada era el mejor reclamo que podía esperar un músico principiante como él. Margaret no se percató porque tenía puesta toda su atención en el músico, pero su presencia comenzaba a llamar la atención de diferentes personas que pasaban por su lado: caballeros, damiselas. Alrededor del joven comenzó a congregarse un inesperado público más que aceptable. Y de pronto escuchó tras ella una voz conocida que silbaba la melodía que estaba interpretando el artista. Se giró, y vio a Trevor que camina hacia ella con el rostro solemne. Seguía silbando, y ella no pudo menos que dar un paso en su dirección. Era como si Trevor poseyera un potente imán que la atraía hacia él. Llevaba una mano tras la espalda, y una sonrisa auténtica que transformó completamente su rostro. Cuando se paró a un paso de ella, de pronto, sacó la mano que escondía tras la espalda, y le ofreció un ramo que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa seguida de una carcajada. El ramo no era de flores, pero había sido cuidadosamente elaborado con cintas rojas y blancas. Estaba compuesto de ramas de acelgas, espinacas y hojas brillantes de apio, también alguna hoja de lechuga.

Se lo tendió mientras tras ella seguía sonando el violín.

—Podrás comértelo —lo dijo como si fuera un secreto.

Ella lo aceptó sin dejar de sonreír.

—Es el mejor ramo que me han regalado nunca, gracias.

Trevor la cogió del codo y la guio de nuevo hacia la zona donde los esperaba el cochero.

—¿Por qué me has hecho esperarte aquí? —preguntó—, podría haberlo hecho en el interior del carruaje.

—Quería la ventaja de que estuvieras de buen humor.

—Lo estoy.

—Y ello es gracias a la improvisada música del violinista.

Margaret se giró de pronto y vio cómo el joven autor los despedía con la mano. ¡Lo conocía!

Miró entonces a Trevor con ojos calculadores.

—¿Cuánto te ha costado que ese músico aceptara tocar para mí?

—Ese será mi secreto —le susurró al oído provocándole un ligero escalofrío.

—Cuidado, un exceso de secretos puede ser contraproducente.

—Advierto en tus palabras una crítica.

Y en toda regla, se dijo Margaret.

—Mis palabras son un mensaje de contención a tus intenciones.

—El guerrero que piensa sitiar una plaza hasta hacerla suya, nunca muestra contención.

—Pues desde ya te digo que en romance es mejor conquistar que sitiar —le advirtió ella.

—Hablando hipotéticamente de romance —afirmó él.

Trevor la ayudó a sentarse en el mullido sillón del carruaje, un segundo después, el palafrenero les cerró la puerta con un golpe seco.

Margaret seguía con el ramo tan particular en las manos. En realidad le gustaba mucho ese sentido del humor que demostraba Trevor, y su marcada osadía para llevarlo a cabo sin que por ello resultara ridículo.

—Lo que tengo muy claro —dijo Trevor cuando los dos estaban cómodamente sentados—, es que ningún hombre es lo bastante bueno para dominar a una mujer sin su consentimiento.

—Porque son plazas inexpugnables —afirmó ella.

—Pero olvidas, en esa alegación, que torres más altas han caído a lo largo de la historia.

—Cierto, pero una mujer que conoce las cuerdas, es imposible que se deje sujetar por ellas —a Trevor le encantaban sus respuestas rápidas.

Margaret acariciaba una hoja de espinacas como si fuera una rosa. De pronto, Trevor se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta negra y sacó una cajita de terciopelo. Tomó la mano de ella con suavidad.

—¿Qué haces? —preguntó alarmada.

Trevor abrió la cajita y sacó el anilló de su interior. Se lo deslizó por el dedo anular con suavidad.

—Todos en la cena se fijarán en tus manos buscando un anillo de compromiso.

Dejó la mano frente a sus ojos. El anillo era precioso. Estaba rodeado de brillantes del mismo tamaño en color rosa pálido y en toda su circunferencia hasta completar un anillo perfecto y hermoso. Incluso para elegir los anillos, Trevor era bastante único.

—No pienso devolvértelo —sentenció ella con humor y para molestarlo un poco.

El anilló pertenecía a las joyas de la familia, y la hacía sentir un cosquilleo extraño en el estómago.

—Ese anillo representa el futuro para los dos.

Margaret se apartó un poco de Trevor para poder mirarlo mejor a pesar de la oscuridad interior del carruaje.

—¿Por qué tengo la impresión de que me manipulas?

Trevor seguía acariciándole la mano.

—Porque hace mucho tiempo que decidí que serías mi esposa.

—¡Trevor...! —en las palabras de ella se advertía un intento de que se contuviera, pero que él ignoró.

Margaret trató de romper el contacto que mantenía con ella. Que dejara de acariciarle el brazo porque la excitaba.

—Déjame disfrutar por lo menos de este momento íntimo —se quejó él.

—Muy íntimo —se burló ella—, con el cochero escuchando cada uno de tus halagos.

Cuando trató de besarla, ella giró el rostro.

—¡No vas a deshacerme el peinado! —protestó, porque aunque deseaba que la besara, no quería que le estropeará el recogido.

No era debutante, y parecía que se comportaba como tal.

Trevor suspiró despacio sobre su cuello, y su aliento se convirtió en lava que descendía por su garganta.

—Por locuras como tú, existen locos como yo, ¿lo ignorabas? —susurró quedo.

—Ahora mismo pareces un libertino tratando de seducir a una doncella ingenua —él no le molestó esa comparación. Como ella no le permitía besarla, siguió acariciándole la mano—. Y yo hace mucho tiempo que dejé atrás la ingenuidad.

—Eres demasiado dura conmigo —se quejó él.

Margaret entrecerró los ojos porque el tono de Trevor había sonado decepcionante.

—Trato de llegar con la ropa puesta a la cena.

—Cuánta dulzura, por Dios, y yo muerto de hambre —insistió de forma halagadora.

Finalmente terminó por soltar una carcajada. Trevor, en plan lisonjero, se volvía incansable al desánimo, pero ella no pudo contestarle porque el carruaje se había detenido frente a las escalinatas de la mansión del conde.

—¿Preparada? —le preguntó Trevor con tan buen humor que ella decidió bajarle un poco de la nube donde estaba subido.

—¿Para ayudarte en sitiar el castillo? —lo vio parpadear como si lo hubiera sorprendido su pregunta retórica—. Decididamente, no.

CAPÍTULO 19

Trevor no podía dejar de admirarla mientras la agasajaban algunas matronas invitadas del conde. El marqués le hablaba sin parar, pero él estaba tan concentrado en ella que no escuchaba su perorata. Estaba preciosa, y se comportaba de esa forma fríamente exquisita que lo excitaba como nada en el mundo. Llevaba puesto un vestido muy elegante que mostraba sus hermosos hombros, su piel de porcelana, y sus tentadoras curvas. Bajo esas voluminosas faldas se escondían las preciosas piernas de ella...

—En verdad no hay una ciudad que sea más divertida que Londres —decía el marqués—. Siempre existe una historia, una profundidad... no hay un lugar más fantástico para comenzar una nueva vida.

Trevor a penas lo escuchaba. Seguía con los ojos los movimientos gráciles de Margaret. Su cauta sonrisa mientras seguía el hilo de la conversación de dos damas. Ella no podía saberlo, pero encajaba en ese ambiente mucho más que cualquier otra mujer porque sabía escuchar muy bien. Porque hacía gala de una contención admirable al hablar y al gesticular. Nunca pasaba a la ofensiva aunque pensara de forma diferente. Encajaba perfectamente, salvo por el ramo de vegetales que sostenía en la mano, y que él le había regalado en un arrebató. Había creído que lo dejaría en el carruaje, pero nada más lejos de su intención. Lo paseaba delante de los invitados como si fuese una preciosa reliquia.

Sin poder evitarlo sonrió, y su buen humor aumentó todavía más. ¿Qué mujer que no fuera ella llevaría con tanto orgullo un ramo de hortalizas?

—¿Decías?

Preguntó pero sin mirarlo. Saltaba a la vista que su atención estaba puesta en otro lugar del salón.

—¿Te mudarás entonces a Kent?

¿De dónde habría sacado el marqués la idea de que pensaba mudarse?

—No lo creo probable —contestó sin pensar.

—La vida está en esta ciudad.

Ahora lo miró expectante. Era la única frase coherente que había pronunciado durante el tiempo que habían estado charlando.

—Es cierto —contestó feliz—, ella es la vida de esta ciudad, y deseo contagiarme de eso.

De pronto tomó dos copas de champán de una de las bandejas que un camarero ofrecía a los diferentes invitados, y caminó directamente hacia ella. Trevor vio el alivio en el rostro de Margaret cuando le tendió una de las copas.

No pudo evitar susurrarle al oído:

—Un brindis por lo que tú y yo sabemos, y los demás creen saber.

Margaret creyó que se refería a su posible embarazo. Trevor la tomó de la mano y la condujo del salón hacia el jardín. Le apetecía estar a solas con ella, lejos del resto de invitados antes de que comenzara la cena.

—¿Nos estamos escapando?

A ella le hacía gracia esos impulsos de él saltándose todas las rígidas normas.

—Es para que puedas comerte el apio y la lechuga lejos de miradas indiscretas —le replicó con humor.

—No puedo comerme mi ramo —contestó con humor—, aunque lo esté deseando.

Trevor sacó una hoja de lechuga, y le dio un mordisco.

—Le falta un poco de aderezo, pero está muy buena.

Cuando intentó sacar otra hoja ella lo apartó.

—Mi ramo no se come.

—Se mustiará y entonces será poco apetecible.

—No se come —reiteró apartándolo de nuevo del alcance de su mano.

Allí, apartados de la multitud, daban una apariencia de complicidad que resultaba envidiable aunque que les duró poco.

El conde Sting, junto con tres mujeres, caminaban directamente hacia ellos.

—La cena está a punto de comenzar —dijo el anfitrión.

Margaret se percató que dos de las tres mujeres miraban fijamente la mano que sostenía la copa, y en el anillo que brillaba bajo la intensa luz de las farolas. De forma premeditada, medio escondió el conjunto de vegetales tras su espalda pues no le apetecía dar ninguna explicación sobre el peculiar ramo.

Llevarlo consigo había sido un impulso.

Trevor seguía sacando hojas tiernas de lechuga y se las comía sin vergüenza alguna. Margaret era consciente del ridículo que hacían los dos, ella tratando de esconder el ramo, y Trevor comiéndoselo.

—Siempre has sido un excéntrico —dijo la mujer morena refiriéndose a Trevor, y sin dejar de mirar el anillo de compromiso de ella.

—Un loco impulsivo, pero adorable —dijo otra.

—Preséntanos a tu prometida, Welby —lo animo la tercera—. Estamos impactadas por tu compromiso... y por el resto.

Las mejillas de Margaret se incendiaron como un pira al escucharla. Claramente hacía referencia a su posible embarazo.

Trevor hizo los honores, Margaret aceptó la presentación de forma elegante, y se alegró de veras de que la cena fuera anunciada por el anfitrión, porque se ahorró tener que explicar todo lo relacionado al compromiso. Ignoraba que Trevor fuera tan querido en esos círculos.

—¡Qué callado te lo tenías! —exclamó el conde Sting—. ¿Para cuándo la boda? Y confío que se celebre en la ciudad de la novia, Kent, y no en Londres

—Folkestone Park es el lugar más apropiado para la boda —apuntó Trevor.

Y por primera vez Margaret se percató del enorme lío en el que estaba metida. Una cosa era un anuncio de compromiso en un diario de Kent, y otra muy distinta que ella misma representara esa falsedad dotándolo del realismo que carecía. Se había dejado cegar por Trevor y su promesa de ayudarla, pero viendo lo bien que se desenvolvía con la mentira y lo que ayudaba a agrandarla con sus gestos y actos, supo que él iba en serio. Completamente en serio.

El pánico se apoderó de ella.

—Trevor—lo llamó al mismo tiempo que detenía sus pasos.

El grupo se detuvo, y los que estaban más avanzados se giraron hacia ellos interesados por saber qué ocurría. Trevor se percató de la alarma en el rostro femenino y se preocupó de veras.

—Disculpádnos un momento y adelantaos, por favor. Os alcanzaremos en seguida —les dijo al resto.

—Trevor... —le costaba continuar.

—¿Qué sucede?

Ella se tomó su tiempo en contestar.

—No puedo continuar con esto, no es correcto.

Trevor la tomó de la mano para tranquilizarla.

—Es lo correcto, Margaret —le ofreció para calmarla porque la veía muy agitada.

Pero ella no se dejó convencer. Si su pasado volvía para atormentarla, lo afrontaría, pero no podía implicar al ducado de Houghan.

—Me voy —Margaret ya se daba la vuelta, pero él la retuvo—. Ofréceles una excusa de mi parte. Diles que me ha dado un mareo.

—No puedes dejarme plantado.

Margaret observo la preocupación en su rostro, y lo lamentó.

—Todo esto ha sido un tremendo error —confesó triste.

—¡Margaret! —exclamó él tratando de retenerla.

Ella pensaba a toda velocidad al mismo tiempo que aumentaban sus ganas de correr y escapar.

—Me siento superada por todo esto —confesó angustiada.

El rostro de Trevor mostró la preocupación que le habían provocado sus palabras.

—Puedes estar encinta, y deseo protegerte de verdad.

—¿Y por qué siento que los estoy engañando a todos?

Trevor calló un momento. Le había herido que ella que los estaban engañando porque él iba muy enserio.

—Ya es tarde para una retirada por tu parte.

—¿No puedes entender que estoy asustada?

—Sí, pero hacemos lo correcto —afirmó sosteniéndole la mirada—. Debo pensar en tu reputación, el posible hijo...

—Es posible que no esté encinta —le ofreció ella.

—Lo estás —contestó convencido.

—Si lo estoy, aceptaré tu propuesta —continuó ella cada vez más impaciente—. Si no lo estoy, permíteme que acabe de tejer mentiras.

Trevor apretó los labios y cruzó las manos tras la espalda. La miró fijamente durante un minuto largo y tenso.

—Está bien.

Ella aceptó enseguida.

—Gracias... —no la dejó terminar pues ella ya se daba la vuelta.

—Lo que más me duele de todo esto, es que a mi lado puedes tener la historia de amor más bonita, y tú ni siquiera te das la oportunidad de intentarlo.

Margaret se paró en seco, y se giró de nuevo hacia él.

—Trevor... —ella temía herirlo, pero tenía que acabar con todo de una vez. Iba a decir algo aunque lo pensó mejor—. Que pases una buena noche.

Trevor colocó un mechón de cabello detrás de su oreja.

—¿Cómo tienes la caradura de desearme una buena noche cuando no tienes intención de pasarla conmigo?

—Es lo mejor —insistió ella.

Trevor soltó el aire que contenía poco a poco.

—Lo mejor es que entres conmigo, te sientes a mi lado y dejes que el tiempo transcurra de forma normal hasta que concluya la cena.

—No me siento preparada para todo esto.

—Ya no eres una jovencita.

Él insistía en algo que no podía ser.

—Es cierto, soy una persona adulta, responsable, y nunca me dejo guiar por impulsos.

—Eres una mujer preciosa, pero cobarde.

—¡Trevor!

—Somos adultos, responsables —repitió sus palabras anteriores—, que sentimos algo muy especial el uno por el otro, y ni siquiera me permites que cumple con mi obligación como caballero de honor.

—No quiero herirte.

—¿Y qué estás haciendo ahora con esa actitud voluble?

Que la acusara de voluble le dolió.

—Necesito tiempo —esas palabras fueron la gota que colmó el vaso de la paciencia de Trevor.

Sin previo aviso la tomó del codo y la guio hacia el carruaje que los esperaba en el aparcamiento. Trevor tenía la clara intención de marcharse con ella.

Margaret sintió una punzada de remordimiento porque no quería que Trevor se ausentara de la cena. Bastante habían dado que hablar esa noche como para sumar otro chisme más.

—No hace falta que me acompañes. No debes perderte la cena, y no te lo tomes así, por favor.

—No, no, no ... —repitió él—. Es la única palabra que escucho de tus labios.

—Estamos dando un espectáculo formidable —afirmó ella inquieta porque algunos invitados los observaba tras los cristales de la mansión.

Seguramente se preguntarían por qué motivo se marchaban antes de la cena. Margaret se sintió un poco avergonzada porque no era lo mismo que ella se ausentara de la cena con la excusa de un mareo, a que lo hiciera él dejando plantados a todos sus conocidos y amigos.

Cuando llegaron al carruaje, Trevor le dio instrucciones al cochero para que los llevara de regreso a Folkestone.

—Prefiero que me dejes en St Margaret's —Trevor actuó como si no la oyera—. Tengo muchas cosas que hacer por la mañana —continuó.

—Tomarás algo, y después te acompañaré.

—No tengo apetito.

—Estás a punto de sufrir un ataque de pánico —era cierto. Margaret sentía el ritmo acelerado y la respiración descontrolada—. En Folkestone podrás tranquilizarte, tomar algo, y después te acompañaré de regreso.

—Si voy a Folkestone contigo me voy a poner en peligro —admitió ella en un tono triste—, y no deseo hacerlo de forma voluntaria.

—¿A qué tienes miedo? —¿a qué tenía miedo? A él, a su persuasión, a su forma de mirar, de acariciarla con los ojos—. ¿Qué temes realmente? —insistió.

Margaret tragó saliva. Ahora se arrepentía de haber seguido el impulso de marcharse y de llevarlo a cabo. De estar en la casa del conde, estaría protegida por los invitados y podría mantener a Trevor a raya. Ahora se había colocado en clara desventaja.

—Dime Margaret, ¿a qué tienes miedo?

Ella decidió ser sincera.

—A que me acaricies el corazón.

—¿Por qué?

—Porque si me acaricias el corazón, la ropa se caerá sola y quedaré desnuda e indefensa frente a ti.

Trevor había entendido perfectamente la metáfora e hizo lo único que podía hacer en ese momento. La sujetó por la cabeza, inclinó los labios, y comenzó a besarla tantas veces como veces

ella respiraba.

CAPÍTULO 20

Cuando Margaret abrió los ojos, Trevor estaba dormido pegado a ella, por eso podía percibir su ritmo acompasado. Decidió irse antes de que despertara. Había sido una noche increíble en la que ninguno de los dos había probado alimento físico salvo los besos y las caricias de las que se habían nutrido emocionalmente como dos muertos de hambre. Apartó el brazo masculino de su estómago, y se levantó con muchísima suavidad. Si lo despertaba, ya no podría marcharse. Recogió sus prendas íntimas del suelo y se puso tratando de moverse lo mínimo posible. Cogió el vestido de la silla y se lo pasó por la cabeza. Cuando se giró hacia la cama, Trevor la estaba mirando muy serio.

—Huyendo como una ladrona.

Ella apretó los labios pues en verdad se sentía como si la hubieran pillado in fraganti haciendo una travesura, y marcharse después a escondidas.

—Me voy, puedes llamarlo huida, pero no soy una ladrona.

—¿Estás segura?

Ella se miró instintivamente la mano donde llevaba el anillo creyendo que él se refería a la joya.

—Se me había olvidado —se justificó mientras trataba de quitárselo.

—¿Qué haces? —preguntó inquieto.

Margaret pensó que era obvio, devolvérselo, pero se le había olvidado que por las mañanas las manos solían hincharse y no pudo sacárselo de inmediato. Antes de poder decir nada, Trevor la rodeó por la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Estaba completamente desnudo y ella se sintió cohibida. No era una jovencita en el aspecto sexual, pero él le hacía sentir como si lo fuera.

—Puedes llevar el anillo —le dijo de forma muy queda en el oído provocándole un escalofrío—, pero no puedes llevarte mi corazón sin mi permiso.

—¡Trevor! —exclamó con voz ahogada—. Lo haces todo mucho más difícil.

—No lo hago.

—Sí lo haces.

—No lo hago —ella se apartó de él cuando su erección se le clavó en el vientre—. Si estuviera vestido podría mentirte diciendo que llevo un arma en el bolsillo —fue escucharlo, y comenzar a reír de buena gana.

Trevor era tremendamente apasionado. Dulce y tierno como un bollo de mantequilla, y con un sentido del humor que le gustaba especialmente.

—Voy a tomarme un té, ¿quieres? —lo invitó dejándole claro que no iba a tener sexo con él por la mañana.

—Me haces arder de tal forma que si me tomo ese té que me ofreces seguro que me sopla.

—¡Trevor!

La cogió de nuevo y la besó larga y profundamente. Margaret se rindió a lo inevitable: dejarse sentir.

Terminaron de nuevo en la cama haciendo el amor despacio, sentido a sentido, aliento con aliento. El mundo se había quedado parado fuera de ese pequeño espacio que compartían. Nada importaba lo que ocurriera, ellos estaban disfrutando plenamente de descubrirse el uno al otro. Cada línea, cada músculo. La piel de ella ardía pero la de él quemaba al paso de los dedos de Margaret. Las frentes se le perlaron en sudor y el potente orgasmo los hizo estallar al mismo tiempo como si fuese de nuevo para ellos la primera vez.

—Casémonos ya —pidió de pronto.

Trevor seguía dentro de ella, como si no se resignara a dejarla.

Margaret sentía la garganta reseca y el corazón acelerado. Le costaba tener de nuevo el control sobre su respiración porque él no le permitía que se recuperara entre un encuentro y otro. Había disfrutado mucho del clímax que habían compartido, y no quería pensar en nada más, al menos hasta que se recuperara, pero no podría hacerlo mientras él siguiera dibujando palabras imaginarias sobre la piel sensible de sus pechos.

—Pienso vengarme de este ataque premeditado a mis sentidos —le advirtió ella que no podía dejar de mirarlo, ni de sentir las cosquillas que las yemas de los dedos de él le provocaban.

—La mayoría de las historias de amor se escriben en páginas que luego se cosen en libros, pero ¿sabes qué?, las mejores, las más perdurables en el espacio y en el tiempo, son las que se escriben sobre la piel de la mujer que se ama.

Ella respiró de forma larga.

—¿Me amas realmente? —tenía que preguntarlo.

Trevor la cogió de la mano y se la llevó al corazón. Ella percibió de forma clara cada impulso de vida.

—Esta aceleración no es arritmia, estos latidos significan que te amo. Creo que me enamoré de ti allí detrás de la balastrada del barco —inclinó la cabeza y apresó los labios de ella de forma apasionada provocándole un gemido muy femenino.

—Tenía diez años —le recordó ella.

—Ese fue el comienzo de todo —respondió quedo—. ¿Te casarás conmigo? —volvió a insistir.

—No —volvió a besarla, pero en esta ocasión mucho más persistente.

—No voy a parar hasta hacerte cambiar de opinión.

—Vas muy deprisa.

—Estás embarazada de mi hijo —ella volvió a reír. Adoraba su sentido del humor—, lo sabes.

—Seguramente lo estaré —Margaret había terminado aceptándolo.

—Por ese motivo no tenemos tiempo que perder.

Margaret aprovechó que él había dejado de besarla para escapar del control que ejercía sobre ella, pero Trevor la sujetó por el tobillo antes de que pudiera bajar de la cama.

Lo miró directa porque quería vestirse, mantener una conversación seria con él, y no podía hacerlo desnuda.

—Tenemos que hablar —le dijo sin parpadear.

—Solo necesito una sílaba afirmativa.

Era insistente como pocos.

—Si aceptó casarme contigo, someteré al ducado a un gran escándalo.

Trevor hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo no lo permitiré.

A Margaret se le terminaban los argumentos.

—Apenas sé nada sobre ti.

Trevor se plantó desnudo delante ella en un gesto muy claro.

—Me conoces más que ninguna otra persona —contestó serio—. Como pienso, como duermo, como río. Nutres mis sentimientos, y si todo esto te parece poco, además serás la única mujer en mi vida y en mi lecho, te lo juro.

Río de nuevo. Al menos Trevor sabía quitar tensión a una conversación difícil.

Margaret optó por taparse con la sábana. Mantener una charla de esas características completamente desnuda era lo más absurdo que había hecho nunca, porque para mantener una conversación seria y ecuánime, debía mantenerse protegida tras el escudo de la ropa y las normas.

—¿Te casarás conmigo? —volvió a preguntarle.

Margaret lo miró franca. Ambos eran adultos libres que sentían algo muy especial el uno por el otro. Eran compatibles en la cama. En la forma de pensar. Tenían gustos afines por la música y la literatura. Muchos matrimonios exitosos en la historia, habían comenzado con mucho menos.

—Sí —dijo de pronto—, aceptó tu propuesta de matrimonio, pero voy a darte una semana —continuó.

Las cejas de Trevor se alzaron en un arco perfecto.

—¿Vas a darme una semana? —preguntó atónito.

—Para que cambies de opinión.

Ahora sí que lo había dejado noqueado. Él quería casarse con ella y no pensaba cambiar de opinión.

—No voy a cambiar de opinión sobre esto —aseveró firme.

Margaret entrecerró los ojos y lo miró con ternura.

—Voy a darte una semana —reiteró ella—. Si pasas la prueba, aceptaré casarme contigo.

Trevor caminó hacia ella lentamente mientras se dibujaba una sonrisa en su boca y en su rostro con la clara intención de hacerle el amor de nuevo.

—Lamento anunciarte que has perdido —alegó convencido.

CAPÍTULO 21

Margaret había acudido rápida a la llamada de su mejor amiga. En ese momento, las dos estaban sentadas en el salón, y ella había escuchado de forma serena el anuncio de la aceptación de su invalidez. Sin que Margaret lo supiera, Chelsea había decidido asistir a terapia porque, tras el aborto, la depresión se había cebado con ella. Había estado ciega, sorda. Se había anulado como mujer, y como madre. Cuando digirió que jamás iba a poder tener hijos ni caminar, su mundo se derrumbó, y contrariamente a lo que esperaba, Thomas, que así se llamaba el padre de la criatura o nacida, no le había suministrado ni el apoyo ni la comprensión que necesitaba en esos momentos tan delicados.

Margaret la escuchó con mesura. Con infinita bondad en los ojos, y Chelsea no escuchó de ella ni una queja ni un lamento mientras desgranaba sílaba a sílaba lo miserable que había sido su vida. Era una amiga incondicional que no solo la respetaba como persona, también la quería de verdad.

—Temía equivocarme —admitió Chelsea con voz queda—. Quedarme sola y envejecer sin nadie a mi lado.

Margaret calló durante un momento pensando en las palabras de su amiga.

—Me he equivocado tantas veces... —escuchar el susurró de Chelsea dolía.

—Sería absurdo tratar de evitar los errores porque no está en nuestra naturaleza hacerlo —continuó diciendo Margaret.

—A eso me refiero —apuntó Chelsea.

—Equivócate de nuevo, Chelsea, pero equivócate mejor.

Entre las dos amigas se suscitó un momento de silencio. Un instante emotivo y lleno de afecto.

—Ni te imaginas las veces que he soñado con encontrar una persona que me respete, que me quiera y desee pasar el resto de sus días conmigo —era su forma de recordar el tiempo perdido.

—No te has dado ninguna oportunidad para lograrlo.

—Lamento lo injusta que fui al provocar tal descalabro en la escuela.

—Eso ya está olvidado —le aclaró Margaret.

—Te puse en una situación muy delicada con el duque de Houghan.

Margaret respiró profunda.

—Me ha pedido que me case con él, y he aceptado.

Chelsea la miró sorprendida. Lo había escuchado, pero debía de haber entendido mal. ¿La dueña de la escuela más selecta Inglaterra se casaba con un noble?, y no un noble cualquiera, pero ella, que no le había conocido pretendiente alguno, estaba que no salía de su asombro.

—Quería que fueras la primera en saberlo.

Chelsea carraspeó para encontrarse la voz.

—Estoy tan sorprendida que si me pinchas no sangro.

Margaret la miró con cariño.

—Estoy en la plenitud de mi madurez, y aunque no había pensado seriamente en el matrimonio, Trevor me ha hecho cambiar de opinión de forma drástica.

—Me preocupa un matrimonio precipitado.

—Estoy enamorada, Chelsea —confesó en voz baja.

Esa declaración la sorprendió de veras.

—¿Qué sucederá con la escuela? ¿La cerrarás? —Margaret no lo creía probable.

¿Por qué todos le preguntaban lo mismo?

—Es posible que me pida que cierre la escuela una vez estemos casados... por eso he decidido ponerlo a prueba.

—¿Vas a ponerlo a prueba? —casi gritó la otra—. ¿Al duque de Houghan? Definitivamente estás loca.

—Deseo que sepa el enorme escándalo al que puede enfrentarse el ducado debido a mi pasado —le explicó Margaret—. Siento que debo darle una oportunidad de que lo piense mejor.

Chelsea entendía.

—¿Puedes tener problemas en la actualidad por aquello que te sucedió en el pasado? —ese era precisamente el temor que sentía Margaret.

—El barón Bois prometió destruirme —le aclaró—, temo que si no lo consigue, vuelque su odio en Trevor.

Chelsea no lo creía probable, pero había visto con sus propios ojos todo lo que ese hombre había tratado de hacer en contra de Margaret, por eso la entendía.

—Siempre has vivido atemorizada por ese hombre —recordó la amiga.

—Pues ahora he decidido vivir como una mujer enamorada.

—¿Y cómo piensas que es ese comportamiento? —preguntó la otra.

—Desinhibido, loco, impulsivo...

—El duque de Houghan terminará por volverse loco de celos —había un brillo de humor en las pupilas de Chelsea.

—Trevor no es celoso —le dijo la otra—, pero tiene que tener claro que se casa con una mujer que ha vivido independiente toda su vida, y que tiene sus propias ideas.

—Quieres dejarle claro que no piensas cerrar la escuela.

Esperaba no equivocarse.

—Por culpa de Harry, durante muchos años, llegué a creer que era culpable, me he sentido como un juguete al que le faltaba una pieza. Me veía como alguien miserable que no merecía la felicidad, la dicha, ni la valoración de los demás. Por eso, he decidido aceptar su propuesta y casarme con él.

—Y por que estás encinta...

Margaret sonrió.

—Seguro que lo estoy, y por eso debo casarme con el padre de mi hijo.

—Porque estás encinta y no porque lo amas —la azuzó la otra.

—Ya te he dicho que ha logrado enamorarme por completo, y me hace la mujer más feliz del mundo.

Chelsea la miró muy seria.

—De verdad que estaba muy preocupada cuando leí la noticia de tu compromiso y posible embarazo en el periódico —Chelsea hizo una pausa—. Te aprecio, y por eso deseaba hablar contigo, y me alegro de que te hayas sincerado, por eso, permíteme que te lo pregunte una vez más ¿Estás segura?

Había decidido confiar en él.

—Sí —contestó sincera—. ¿Y sabes lo que he decidido la escuela?

Margaret respiró profundamente. Cruzó una pierna sobre la otra y apoyó la espalda en el mullido sillón.

Chelsea la miró expectante.

—Quiero que lo gestiones tú. Te nombraré directora general.

La boca de Chelsea se abrió por la sorpresa.

—¡Yo! —exclamó sorprendida—. Pero si estoy inválida.

Margaret lo había pensado seriamente.

—¿Lo has decidido por lástima? —Chelsea se veía recelosa.

Margaret no tenía por costumbre mentir, y esa no iba a ser la primera vez.

—La verdad, primero iba a convencerte de lo importante que eres en mi vida —contestó sencilla—. Después iba a tratar de mostrarte lo necesaria que eres en St Margaret's —Chelsea giró la cabeza pensativa—. Que no puedas caminar no te imposibilita ocuparte de la escuela ni de las alumnas.

—¿Me confiarías el cuidado de la escuela? —Chelsea seguía incrédula.

Margaret hizo un gesto afirmativo.

—Siempre has sido la mejor profesora —le dijo sincera—. Si alguien está cualificado para ocuparse de St Margaret's, esa eres tú.

Chelsea soltó un suspiro largo y profundo.

—Será todo un honor dirigir la escuela en tu lugar —confesó la amiga bastante emocionada—. Aunque no merezco este privilegio por mi parte.

Margaret se alegró de corazón.

—¿Cómo te ha enamorado Welby?

La mirada de Margaret brilló divertida.

—Es divertido, atento —Chelsea río por la descripción—. Es original al hablar, al comportarse.

Margaret le relató el momento tan bonito que vivió cuando Trevor le regaló el precioso ramo de vegetales envuelto en papel de seda y cintas de raso.

—Yo me habría muerto de la vergüenza llevando ese ramo —confesó espantada—. ¿Vegetales y no flores? Sois muy raros los dos.

—Pues ese detalle me encantó, como me enamora cuando me mira como si no existiera otra mujer salvo yo. Cuando me hace reír la mayoría de las ocasiones.

—No estás describiendo a un duque excéntrico sino a un romántico sin remedio.

Margaret se mantuvo seria.

—Esa conclusión se merece un brindis —dijo Margaret.

—Estás encinta —le recordó Chelsea.

Margaret alzó una ceja de forma sarcástica.

—¿Y quién dice que no se puede brindar con té?

Las dos soltaron sendas carcajadas.

CAPÍTULO 22

La primera prueba de fuego resultó ser la noche siguiente. Trevor pensaba llevarla a la ópera, y ella había decidido ponerse un vestido azul claro de satén con diminutas estrellas en color plata y oro. Llevaba un chal blanco sobre los hombros, y unos zapatos a juego con el chal. El pequeño ridículo que había elegido para llevar sus partencias personales, también era de color plata, como las diminutas estrellas de su vestido. Y, para resaltar el resultado final de su atuendo, se perfumó de forma ligera con su perfume creado exclusivamente para ella.

Collette la avisaba de que el cochero la esperaba en el portal de la vivienda. Se miró una última vez en el espejo de la entrada, y salió de su alcoba. Bajó las escaleras tatareando una canción para animarse porque se jugaba mucho. Quería sentirse especial, vestir especial, y en esa primera noche, ser una mujer especial en una cita especial.

La palabra “especial” había tomado un cariz muy importante en su vida.

Vio a Trevor tras los cristales de la puerta de entrada al edificio. Había decidido esperarla junto al carruaje y no en el vestíbulo. Trevor le sonreía de oreja a oreja, y, cuando se inclinó para darle un beso en los labios, retrocedió un paso. Era indudable que se le habían impregnado las fosas nasales de su perfume favorito.

—Hueles como tu baúl.

Ella recordaba que en el primer día del encuentro entre ambos, Trevor había enviado toda la ropa de su valija a la lavandería del Folkestone.

—Mi valija huele a mí —respondió sin perder la sonrisa.

—Me gusta mucho más el perfume natural de tu piel.

Ella aceptó que la guiara hacia el carruaje donde el cochero mantenía la puerta abierta esperando a que tomaran asiento.

—¿Te desagrada? —inquirió sin perderse detalle del gesto de su cara.

—Sí —respondió franco—, pero es soportable siempre y cuando no te vacíes la totalidad del frasco de perfume cuando estemos juntos.

Margaret suspiró de forma suave. La primera prueba había sido superada. Una vez que estuvieron acomodados en el interior del carruaje, Trevor se fijó en el color de sus zapatos y en el chal que ella se recolocó sobre los hombros desnudos.

Se había despistado porque en un primer instante, el aroma de su perfume lo había aturdido un poco.

—Veo que vienes armada hasta los dientes.

—Llevo puestas las armas de una mujer convencional.

—En modo alguno eres una mujer convencional.

—Por supuesto que lo soy —reiteró ella.

—Nunca me habría enamorado de una mujer convencional.

Frases como esa la derretían. Margaret jamás habría podido llegar a imaginar lo que llegarían a gustarle.

—Deseaba ponerme un vestido bonito, de hecho, tengo ropa muy bonita.

—A fe mía que son ciertas tus palabras —terció él, cuando ella iba a decir algo—, pero te has vestido como una debutante y no como la prometida del duque de Houghan.

—Este vestido me lo he puesto solo una vez —le informó ella—, y...

Trevor le puso un dedo sobre los labios para silenciar sus palabras.

—Adoro el arco iris —le dijo—. Y parece que te has vestido con el.

Cerró los ojos complacida. Con esa frase Trevor le indicaba que estaba complacido.

—Pienso regalarte un pañuelo rojo —la mirada de él fue muy reveladora.

—Mi nivel de tolerancia no alcanza un cambio en mi guardarropa.

—Hablaba de forma figurativa.

Margaret pudo escuchar perfectamente su suspiro.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la Ópera, la plaza estaba llena de gente. Ella esperó a que Trevor la ayudara a salir del carruaje, y, cuando puso un pie fuera, el sonido de gente preguntado la ensordeció, y cuando escuchó la pregunta que un osado periodista le formuló a Trevor, supo el motivo para que estuvieran esperando su llegada.

Parecía que en la ópera se había congregado todos los periodistas no solo de Londres, sino de toda Inglaterra.

—¿Es cierto que se han casado en secreto? —preguntó uno—. ¿Cuándo tiene previsto nacer el próximo duque de Houghan? —quiso saber otro.

—Fuera de mi vista —les dijo el duque.

El periodista no se amilanó.

—¿Qué piensa el ducado de Houghan de lady Bradford? —Trevor se interpuso entre ella y los periodistas—. Lady Bradford —el periodista se plantó ante ella, y Margaret no tuvo más remedio que parar sus pasos—, ¿qué diría su padre del escándalo que ha protagonizado su hija de estar vivo?

—Mi prometida no hará ninguna declaración —Trevor se interpuso de nuevo entre el periodista y ella.

Pero los periodistas insistían. Habían llegado de todos los lugares del reino para ofrecer de primera plana tan jugosa noticia.

—¿Va a cerrar la escuela St Margaret's? ¿Qué sucederá con todas esas herederas que han depositado su confianza en la escuela?

Margaret escuchó cerrar la escuela, y el color se esfumó de su cara. Tomó aire y miró el rostro de Trevor que se veía atribulado. Estaban rodeados de periodistas que anotaban con carboncillo las repuestas que obtenían. Respiró profundamente, y le sonrió contra todo pronóstico.

Trevor no sabía cómo tomarse el gesto que ella le dedicaba.

—Por favor —le dijo a Trevor con su habitual amabilidad—, ¿me sostienes mi ridículo un momento? —en su tono se podía percibir más un timbre de orden que de ruego.

Margaret le plantó el pequeño bolso en las manos y se giró hacia el periodista que tenía más cerca.

—La escuela St Margaret's no cerrará sus puertas, pero sí que se realizarán algunos cambios necesarios.

—¿A qué cambios se refiere, lady Bradford? —preguntaron varias voces al unísono.

Margaret trató de dar unos pasos pero le resultaba imposible.

—Habrá un cambio de dirección y de inversores —les explicó—. Muchas gracias por su atención, y buenas noches...

El cochero había acudido en ayuda de Trevor para sacar a Margaret de la marabunta de periodistas que seguían congregados en torno a ellos. Así iba a ser imposible alcanzar la entrada de la ópera.

—Llévanos de regreso a Folkestone —le ordenó.

Trevor la había encerrado entre sus fuertes brazos mientras les ordenaba a los periodistas que les permitieran regresar al carruaje. Cuando estuvieron sentados en el interior del carruaje, los dos se mantuvieron en silencio. La distancia que separaban la ópera del Folkestone Park le

parecieron a Margaret la más larga de su vida. Quería regresar a la seguridad de sus estancias privadas, pero no era ninguna cobarde, y por eso esperaba el momento de explicarle a Trevor los cambios que había pensado para la escuela.

Una vez instalados en el amplio salón de Folkestone, Trevor le sirvió una copa de limonada. Ella la aceptó en silencio. Estaba sentada frente a él.

—Tenemos que acallar todos los rumores de una vez —Margaret se dijo que Trevor tenía razón—. No podemos continuar así.

—Es cierto.

—Hasta que no estemos unidos con ola bendición del matrimonio, todo este acoso no cesará —el brillo en los ojos de ella quemaban.

—Nunca imaginé que tu posición como duque de Houghan despertara tanto interés.

Trevor se pasó la mano por la base del cuello hacia la nuca. Se sentía tenso.

—El ducado de Houghan está vinculado a la corona, por ese motivo despierta tanto el interés no solo de la aristocracia, también de la prensa, pero he advertido que también se interesan mucho por la directora de St Margaret's, y los cambios que ha anunciado —ella iba a decir algo pero Trevor no se lo permitió—. Casémonos de una vez.

Margaret soltó un suspiro. La mirada de Trevor le decía que no podían continuar así.

—¿Quién avisó a la prensa de que pensábamos asistir a la ópera? —se atrevió a preguntar.

—Todo lo que haga el duque de Houghan en Kent, es tema interesante para sacar en las primeras páginas del Times —contestó serio—. Has vivido tan apartada de todo aquí, que has olvidado lo que se espera de nosotros.

Margaret estaba sobrepasada.

—No sé si estoy preparada para que se vigilen todos mis pasos —afirmó seca—. He llevado una vida muy discreta en Charin Cross.

Había un tono de alarma en la voz de Margaret que no le pasó desapercibido a él.

—Tu padre era conde de Charin Cross. Seguro que no ignoras lo que eso significa.

Ella suspiró contrariada.

—El condado de Cliffs no tiene comparación con el impresionante ducado de Houghan.

Parecía más una queja que una aseveración.

—Todo este embrollo viene por tu negativa a casarnos de inmediato.

—Ya conoces mi pasado —la voz de ella denotaba cansancio—, y mis motivos para mi reticencia.

—Todo esto se calmará en el mismo momento que nos casemos.

—Me abruma esta insistencia esta insistencia por tu parte, sobre todo cuando ya te he dado mi consentimiento para nuestro enlace.

—Si de mí dependiera, nos habríamos casado hace mucho.

Ella apretó los labios pensativa.

—Eres duque de Houghan, no puedes casarte sin la aprobación de la corona, y sin la asistencia de todos los integrantes de tu familia —le recordó.

—Siempre he sido consciente de esos nimios detalles.

—Necesitarás la aprobación de ellos puesto que soy huérfana, y tengo un pasado escandaloso que desconocen.

El rostro de ella era una máscara indescifrable.

—Reitero que lo que te sucedió en el pasado no fue culpa tuya, y como duquesa de Houghan nadie osará ofenderte, lo juro.

—¿Tienes la aprobación de la corona para nuestro enlace? —él, la miró azorado, y ella

comprendió—. ¡No lo tienes!, y, por la expresión de tu cara, no crees que lo obtengas de forma inmediata —se quedó callada un minuto.

—Mi heredero está en camino —admitió él—. Es incentivo más que suficiente para que se posicionen.

—¿Tan seguro estás? —inquirió en voz muy baja—. Porque mi embarazo no está confirmado.

—Estás encinta —le aseguró.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó ya cansada de su insistencia.

Trevor la miró fijamente durante un momento largo.

—Porque nunca me he permitido dejar mi simiente en el vientre de una mujer —confesó sosteniéndole la mirada—, salvo en el tuyo.

—¡Trevor! —Margaret estaba sorprendida.

—Por ese motivo sé que estás encinta, y que debemos casarnos ya —contestó él.

—¿Sin esperar la aprobación de la corona?

—Me trae sin cuidado lo que opine la corona —tronó muy serio.

—¡Eres una par del reino! —su voz había sonado impaciente.

—¡Margaret!

—Ya he aceptado —le recordó—. Pero deseo dar este paso de la forma correcta sin que nos enemistemos con la corona—continuó triste—. Podemos esperar unos días más hasta que se pronuncie.

—Ese es el único motivo por el que no te he arrastrado hasta la iglesia más cercana.

—Y no sabes cómo te agradezco que quieras complacerme en esto.

—Pero no pienso darte mucho más tiempo. —Viendo el rostro compungido de ella, decidió cambiar de tema de conversación—. ¿Qué cambios vas a realizar en la escuela?

Margaret respiró algo más tranquila.

—He decidido que Chelsea Cooper sea la nueva directora —le informó. Al ver el rostro de Trevor, Margaret entrecerró los ojos—. No podré ocuparme de la escuela cuando sea duquesa de Houghan —le recordó.

Trevor ya sabía que la señorita Chelsea Cooper había quedado inválida tras el accidente de carruaje, pero ignoraba que también había perdido el hijo que esperaba. Lo que Margaret había decidido sobre el escuela y ella, era la mejor forma de ayudarla a continuar adelante.

—Es una acertada decisión —afirmó de pronto—. No deseo que dejes de implicarte, y me gustaría que participaras de forma activa siempre que tus deberes como duquesa no te lo impidan.

Los ojos de Margaret brillaron al escucharlo.

—Esta conversación deberíamos de haberla mantenido hace tiempo porque me angustiaba que no estuvieras de acuerdo.

Margaret dejó la copa de limonada sobre la mesa. No había tocado su contenido.

—Quiero que lo compartamos todo —reveló él.

—Y yo no deseo que nuestra vida íntima quede expuesta a la vista de todos día tras día.

Ella se refería al momento incómodo de la llegada de ambos a la ópera.

—Estoy enamorado de ti, quiero casarme contigo, que tengamos hijos, el resto se puede ir al diablo —Margaret entrecerró los ojos. No quería responderle en ese momento—, pero sobre todo, no sostener tu ridículo nunca más.

Ella había olvidado que se lo había puesto en las manos de forma premeditada.

—Prometido.

—Ordenaré que nos preparen un refrigerio, no has tomado nada desde hace mucho tiempo.

—He perdido el apetito —alegó cansada.

Trevor estaba en un sin vivir por todos los acontecimientos.

—Margaret...

Ella sabía lo que pretendía preguntarle así que se le adelantó.

—Lo dejo en tus manos —él sabía que ella aceptaba el enlace inmediato entre ambos.

—Lo preparé todo.

—¿Me acompañas a St Margaret's? —le preguntó con una sonrisa—. Ya no puedo quedarme en Folkestone, sobre todo porque no está tu tía.

La tía de Trevor se había marchado cuando Margaret decidió regresar a St Margaret, s.

—Como si eso importara —le dijo con ojos entrecerrados.

Margaret suspiró.

—Hasta que estemos unidos en matrimonio, yo seguiré en St Margaret, y tú en Folkestone...

CAPÍTULO 23

Cuando Margaret despertó a la mañana siguiente, le dolía terriblemente la cabeza. Había pasado una noche horrible, en vela, y llena de angustia porque preveía lo que se le venía encima, y era lo último que deseaba.

Ella no quería que la prensa husmeara en su vida privada y los sacara a la luz como ya le había ocurrido en el pasado. Trevor no podía ni imaginarse hasta qué punto su vida iba a ser laminada por la aristocracia, los adversarios como el barón Bois, y todos aquellos enemigos silenciosos que había ido dejando por el camino a medida que avanzaba en su lucha por hacer de St Margaret's un lugar único.

Se reincorporó al mismo tiempo que Collette entraba en la habitación llevando una taza de café en la mano y un diario en la otra. Los dejó sobre la mesita.

—¡Buenos días! —la saludó con evidente entusiasmo—. He preferido despertarte yo.

Margaret cerró los ojos porque el sonido de Collette se le había antojado un horrible graznido de tan mal como se sentía.

—¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto.

Faltaba poco más de media hora para que comenzara su día a día. Tenía que contestar varios mensajes así como hacer una visita al banco porque tenía solicitado un crédito para poder efectuar el segundo pago por el edificio de Dover. Además, tenía que entrevistarse con el arquitecto para que efectuaran los arreglos necesarios en el edificio y dejarlo a punto para comenzar la segunda escuela para señoritas. No sería tan elitista como St Margaret's porque tenía pesando escoger para el centro alumnas con menos recursos, salvo que no había compartido esa idea con nadie. Como la prensa había revelado las intenciones de ella de crear una segunda escuela, la lista de espera de posibles alumnas en Dover comenzaba a ser vertiginosa.

—El señor Miller te ha citado a las seis de la tarde para la rueda de prensa.

El señor Miller era el alcalde de Dover que estaba muy interesado en la segunda escuela que pensaba abrir ella la próxima primavera. Se había desplazado hasta Charin Cross, y convocado a diferentes medios informativos del reino como The Sunday Times, The Guardian, The Times, y The Herald. Margaret era consciente que despertaba más curiosidad su compromiso con el duque de Houghan que la noticia sobre la segunda escuela.

—Anula cualquier otra cita que tenga para las seis.

La secretaria tomó nota.

—El duque de Houghan te ha enviado por mensajero la nota de reserva en el Wiltons.

El Wiltons era un restaurante muy famoso porque ofrecía las mejores ostras, gambas y berberechos del condado de Kent. Pero a ella no le gustaba especialmente.

Margaret ya caminaba hacia el baño porque la doncella acababa de llenar la bañera. Cuando Collette ya se marchaba, Margaret la detuvo porque tuvo un presentimiento.

—La reserva, ¿para cuántos comensales está prevista?

—Para doce —los ojos de Margaret se abrieron de par en par.

Ella creía que estarían solos los dos.

—¿Y no sabes a quién ha invitado Trevor? —preguntó. Collette hizo un gesto negativo.

Margaret suspiró, se sentía cansada y eso que el día no había hecho más que comenzar. Le preocupaba que Trevor hubiera reservado el comedor de un restaurante para la comida, y no en Folkestone Park, su residencia.

—Imagino que muchos de los asistentes serán familiares.

—¿Familiares? —Chelsea optó por no decirle que mantenía contacto con su prometido todos los días para ajustar las agendas de ambos—. Necesito que contrates un carruaje de alquiler para dentro de cinco días.

—¿Un carruaje de alquiler teniendo el precioso carruaje del duque de Houghan a tu disposición?

—Todavía no soy duquesa de Houghan —replicó algo molesta.

Collette decidió guardarse su opinión al respecto y lo que pensaría el duque sobre el asunto.

—¿Viajarás sola?

Margaret dudaba que Trevor quisiera acompañarla pues tenía que regresar en breve, además, ella tenía que seguir ocupándose de su negocio sin nadie que interfiriera, y ya había demorado varias decisiones importantes.

—Estaré fuera solo un día.

Collette hizo un gesto afirmativo con la cabeza antes de informarle.

—Hay una nueva solicitud de ingreso en la escuela, pero el noble se niega a ser entrevistado por otra persona que no seas tú.

Ella había delegado esa tarea en otra.

—Eso no será posible —respondió seria—. St Margaret's está completa, no podemos aceptar más alumnas.

Collette se mordió el labio preocupada. Margaret nunca había rechazado una solicitud.

—La nueva solicitud es del príncipe Friedrich Nikolaus.

Margaret estaba plantada delante de su secretaria y la miraba de forma perpleja, ajena a las tareas que hacía la doncella en el baño.

—¿El príncipe prusiano?

—Es un hecho que la escuela está completa —susurró Margaret.

—La hija de un príncipe...

Collette dejó la frase incompleta para recalcar mejor lo que significaría para St Margaret's.

Margaret estaba pensativa.

—Está bien —aceptó resignada.

Collette sonrió.

—Hace dos años que enviudó, y desea mantener todo esto en la más estricta intimidad. Es muy reservado e introvertido, y desconfía de todo.

—Comprendo —Margaret entendía la reticencia del hombre a tratar con alguien que no fuese ella.

—Ha expresado textualmente que solo confiará en la recomendación de la directora de la escuela, en nadie más.

Margaret era consciente de lo que podría significar para St Margaret's una alumna como la hija del príncipe.

—Le he reservado una hora a las siete y media de la tarde —continuó Collette.

Margaret soltó un suspiro largo.

—Iré muy justa de tiempo si tengo que asistir a la rueda de prensa del alcalde de Dover.

Collette decidió animarla.

—Es posible que no pase de los treinta minutos.

Ella no lo creía probable. El alcalde tenía que dar a conocer sus motivaciones para permitir la apertura de una escuela de señoritas en Dover.

—¿Puedes retrasar la cita con el príncipe a las ocho? Tendré más margen de maniobra.

—No creo que haya problema.

—Escribiré el mensaje de inmediato, que lo envíe un mensajero antes de las doce.

—Bien. Que las doncellas tengan lista la biblioteca.

La biblioteca era el lugar preferido de Margaret para realizar las diversas entrevistas. Los hombres se sentían cómodos con el olor de los libros, la suavidad del cuero de los sillones, y el excelente brandy que ella les ofrecía para reducir los niveles de tensión a la vez que les hacía las diversas preguntas sobre las muchachas.

—También tienes pendiente las entrevistas a Lisa Walker, Melany Stuart y Grace Russell.

Eran las tres profesoras que había seleccionado para conocerlas, evaluarlas, y decidir las contrataba para la nueva escuela.

—Hoy tengo el día un poco complicado, pasa las entrevistas al jueves.

—Podría hacerlo con la señorita Walker, pero las otras dos han llegado desde Liverpool.

Margaret pensó que ese era un gran inconveniente.

—¿Qué puedo cancelar? —preguntó de forma retórica.

Collette miró la agenda calculando.

—La entrevista con el arquitecto —aconsejó sin un atisbo de duda.

Margaret negó pues el arquitecto estaba muy solicitado y no quería perder la oportunidad de que comenzara cuanto antes a trabajar en el edificio de Dover.

—Ya sé lo que haré —dijo decidida.

La ayudante la miró esperando.

—Necesito que envíes un mensaje a Chelsea —las cejas de la secretaria se alzaron interrogantes—. Irá en mi lugar a la entrevista con el arquitecto.

—¿La ves capacitada para ocupar tu lugar?

Margaret pensó que estaba preparada para eso y mucho más, y como le había pedido que se hiciera cargo de la dirección de St Margaret's cuando ella se casara con Trevor, consideró que sería muy bueno que comenzara a tomar decisiones, también a familiarizarse con el volumen de trabajo que comprendía tener tantas alumnas y de tanto prestigio.

—Solo tendrá que confirmar que deseo que comiencen las obras de restauración del edificio cuanto antes —contestó Margaret—. Concertará una nueva entrevista para solventar los asuntos más complicados: presupuesto, decoración, a la que no faltaré.

Collette tomaba nota de todo.

—El barón Bois ha dejado varios mensajes —Collette hizo un pausa cuando Margaret la miró perpleja—, aunque no fui yo quien los recibió.

Margaret trató de no mostrar que el solo nombre del barón le molestaba profundamente.

—No atenderé ningún mensaje que provenga del barón —contestó seca.

Collette asintió.

—Me ocuparé de ello personalmente.

Y tras marcharse, Margaret se tumbó de espaldas en el colchón y cerró los ojos. El día se presentaba muy duro.

CAPÍTULO 24

Margaret miraba continuamente la puerta cerrada, al otro lado se encontraban el alcalde de Dover y los periodistas. La rueda de prensa tenía que comenzar en breve, y Trevor no daba señales de vida. Se miró las manos que le temblaban, y se secó el sudor que le perlaba la frente. Sentía un ligero mareo, tensión muscular, y sequedad en la boca.

—Lady Bradford, le están esperando.

Llevaban un retraso de quince minutos, pero ella quería esperar al duque.

—Necesito ir al baño —dijo de pronto.

Salió en tromba sin esperar una respuesta.

Le costaba respirar, y se sentía mareada. Cuando alcanzó por fin el baño del vestíbulo del hotel, cerró la puerta tras de sí con un golpe seco. Se agarró a la porcelana del lavabo y trató de respirar profundamente. Tenía palpitaciones, sudoración en las manos, temblores en las piernas, y una sensación de ahogo que iba en crescendo. Margaret sintió pánico porque había perdido el control sobre su cuerpo y sus emociones. Pensó que iba a caerse al suelo desmayada, y, en medio de ese caos, escuchó unos golpes en la puerta, pero era incapaz de moverse o de hacer nada.

—Margaret, ¿te encuentras bien?

Era la voz de Trevor, pero ella no podía ni articular palabra. Quería contestarle, pero tenía la garganta cerrada. No podía girar la cabeza porque lo veía todo borroso.

—No respire tan profundo porque vas a hiperventilarte —él estaba de pronto a su lado.

Margaret ignoraba cómo o cuándo había entrado al baño, pero estaba a su lado y la sujetaba con cariño.

—Me... me voy a des...mayar —logró balbucear.

Trevor la sujetó en brazos y la llevó hacia el canapé donde la depositó con ternura.

—Estoy descompuesta —comenzó Margaret—. Quiero vomitar, todo me da vueltas —estaba sofocada.

Trevor estaba sentado a su lado. Quiso alzarle el rostro para mirarla porque la veía demasiado pálida.

—Voy a desmayarme —confesó en voz baja.

—El doctor vendrá enseguida.

—No quiero que me vea un doctor aquí en...

No podía continuar, sentía ganas de vomitar.

—Estás muy pálida.

—Debo de estar sufriendo un ataque de pánico —dijo ella de pronto pero sin abrir los ojos porque todo le daba vueltas.

—Creo que es la forma que tiene tu cuerpo de decirte que estás encinta, y que voy a ser padre —la corrigió.

—¡Maldita sea, Trevor! —exclamó azorada—. Hay una docena de periodistas ahí afuera.

Trevor le sujetó las manos y se las llevó a la cara. Se inclinó hasta quedarse a una pulgada del bello rostro femenino.

—Cuando empieces a sentirte mejor, mírame —Margaret lo hizo de forma lenta, como si le costara fijar la visión—. Cuando estés lista para continuar, comienza despacio.

Así lo hizo. La presencia de Trevor la tranquilizaba, le transmitía una serenidad que le resultaba tan imprescindible como inhalar oxígeno. Recuperó el control de la respiración al mismo tiempo que disminuía la sensación de mareo en su cabeza.

—No quería que me vieras así —se lamentó mortificada.

—Nunca te avergüences —lo reprendió cariñoso—. Un mareo y un desmayo en normal en tu estado de buena esperanza.

Margaret terminó por apretar los labios.

—No quería admitir los síntomas —confesó todavía algo aturdida—, pero me vencieron.

La presencia de él y su voz era justo lo que necesitaba. El corazón volvía a su ritmo normal.

—Gracias por ayudarme —contestó sin dejar de mirarlo.

Él, le sonrió suavemente.

—Puedes suspender la rueda de prensa si no te ves capacitada para continuar.

Margaret no se encontraba del todo bien, pero no pensaba suspenderla. Lo último que deseaba era alimentar los chismes sobre ambos, y ya habían dado a la alta sociedad de Kent dos buenos escándalos.

—Aún estoy un poco mareada, pero creo que puedo enfrentarme a ello.

Trevor le soltó las manos, y abrió la puerta del baño. Un hombre esperaba impaciente. Era el doctor que venía a examinarla. Trevor les dejó un espacio de intimidad, pero el hombre confirmó las sospechas: lady Bradford estaba encinta. Margaret necesitó un tiempo para asimilar la noticia que ya imaginaba. Trevor se veía eufórico pero contenido. Deseaba mándalo todo al diablo, cogerla en volandas y desaparecer de ese lugar.

—Saldré en cinco minutos —le dijo ella, el doctor entendió, y se dirigió hacia el exterior para hablar con el duque.

Tras varios minutos, Trevor entró de nuevo al reservado femenino del hotel. Margaret estaba con la cabeza inclinada hacia el suelo, y al espalda encorvada.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

Ella alzó el rostro y lo miró. Tenía el semblante muy serio.

—Puedo enfrentarme a todo si estás conmigo —susurró ella.

Esas palabras lo desarmaron. Trevor miró a Margaret con ojos entrecerrados. Tenía las pupilas brillantes, y supo que no era debido al mareo.

—Estás a tiempo de no dar la conferencia.

Margaret soltó el aliento poco a poco.

—Es que estoy convencida de que puedo aportar buenas ideas y lograr grandes proyectos que hagan feliz a muchas muchachas.

—Entonces, adelante —la animó—. Y después te tengo reservada una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —preguntó.

—He podido solucionar algo importante para los dos, pero luego te cuento.

Durante la rueda de prensa, Trevor se mantuvo discretamente apartado pero visible para ella. A medida que respondía las diferentes preguntas de los reporteros sobre la nueva escuela, sobre la contratación de profesoras, sobre la dirección y un largo etc., desviaba la mirada hacia él y lo observaba atentamente, era como si necesitara su aprobación en casa frase que pronunciaba.

El duque de Houghan seguía sus palabras con suma atención, también las del alcalde que estaba muy orgulloso de la nueva escuela para señoritas que se abrirían en breve en Dover. Trevor sintió ganas de aplaudirla pues Margaret transmitía serenidad en los gestos, fresca en el habla. Cuando Margaret dio la rueda de prensa por concluida, discretamente se retiró del lugar, y caminó hacia el vestíbulo en dirección al tocador de damas, Trevor hizo amago de seguirla, pero la presencia del duque de Houghan despertaba mucho más interés que la del alcalde, por eso el grueso de periodistas se giraron hacia él para sonsacarle información sobre la proximidad de su

matrimonio con la directora de St Margaret's. Después de veinte minutos, Trevor la buscó, pero no la vio por ningún lugar. La buscaba con los ojos de forma desesperada, pero Margaret no estaba. Ignoraba el momento en el que se había alejado porque él la había estado mirando todo el tiempo. Llamó a su hombre de confianza mientras trataba de evitar al resto de periodistas.

—¿Has visto a lady Bradford?

El ayudante le pasó una nota que leyó con rapidez.

“Llego tarde a una reunión de la que no puedo faltar, nos veremos mañana”.

Trevor se sintió decepcionado..

—Dile al cochero que esté listo, saldré enseguida.

Trevor quiso salir pronto del lugar, pero cuando el carruaje se dirigió hacia St Margaret's, habían pasado más de cincuenta minutos. Cuando llegó al emblemático edificio, Trevor se llevó una sorpresa pues Margaret no salió a recibirlo. Fue su secretaria quién le comunicó que estaba reunida y que no podría atenderlo. Se enfadó bastante porque él tenía que llevarla a Folkestone donde los esperaba alguien importante.

—Tengo que ver a lady Bradford —expresó con firmeza.

—Ya le he dicho, Su Excelencia, que está reunida, y que ha dejado orden expresa de no ser molestada.

A Trevor le resultaba difícil entender por qué motivo Margaret lo dejaba plantado, pero él no había removido Roma con Santiago para que lo despachara como si fuera un mozo de cuadra. Desoyendo los gritos de Collette, caminó directo hacia la biblioteca.

CAPÍTULO 25

A Margaret le bastaba con observar a la persona que estaba sentada frente a ella para hacerse una idea de su carácter. El príncipe prusiano, Friedrich Nikolaus, estaba visiblemente incómodo en presencia de ella, y había declinado la copa que le había ofrecido. Era un hombre que había pasado la barrera de los sesenta aunque se veía más joven. Habían mantenido una larga y provechosa conversación sobre la escuela.

—Deseo la mejor educación para mi hija —dijo el príncipe de pronto con voz seca—. Para que sea la mejor esposa del mundo.

Margaret trató de no mostrar que le había sorprendido esa confesión.

—St Margaret's es la mejor escuela del reino —el hombre entrecerró los ojos como si esa aclaración lo pillara de improviso—. Donde las muchachas reciben la más exquisita educación.

Había orgullo en la voz de la mujer.

—Soy consciente del buen nombre y reputación de la escuela —declaró el príncipe—. Por ese motivo deseo inscribir a mi hija.

Por alguna extraña razón, a Margaret le disgustó el príncipe.

—Actualmente tenemos todas las plazas cubiertas —le confesó Margaret sosteniéndole la mirada—. Pero haremos una excepción con su hija pues hay una alumna que nos dejará en breve.

El hombre la taladró con la mirada.

—La princesa Irene se casará muy pronto —el reveló el noble.

Margaret entendía muy bien a lo que se refería.

—La estancia en la escuela debe comprender un mínimo de seis meses para que la instrucción sea efectiva —informó ella sin dejar de mirarlo—. Las alumnas no sólo reciben clases de música y de baile, majestad —comenzó a informarle ella—. Reciben también clases de protocolo, clases de dibujo, pero sobre todo de números. —El príncipe suspiró al comprender todo lo que le decía la directora—. La alumna que termina su educación en St Margaret's, no solo estará cualificada para el matrimonio, sino para valerse por sí misma si decide emprender un negocio propio.

—Las mujeres nobles no necesitan emprender negocios propios —alegó el príncipe—. Deben ser buenas esposas y excelentes madres.

Margaret se mordió la lengua para no responderle. Si se educaban a las mujeres para poder defenderse por sí misma, se terminaría la dependencia económica del matrimonio.

—St Margaret no solo prepara a las muchachas para el matrimonio —insistió ella.

El príncipe entrecerró los ojos.

—La mayoría de mujeres jóvenes solo están interesada en fiestas y diversión —continuó el príncipe—. Incluso cuando ya están casadas. Son díscolas y desenfrenadas —Margaret se lamió el labio inferior pensativa—. Por eso me preocupa un poco la edad tan joven de algunas profesoras.

—¿Insinúa que si aceptamos a su hija en la escuela debo despedir por su edad a profesoras que están altamente cualificadas?

—Sí —afirmó el príncipe.

—Una mujer puede ser inteligente al margen de su juventud —expresó ella.

—La inteligencia está reñida con la juventud —recalcó él.

Margaret escuchó a Trevor discutir con su secretaria tras la puerta de la biblioteca y cerró los ojos.

—Discúlpeme un momento, debo resolver un asunto.

Pero antes de poder dar un paso, la puerta de la biblioteca se abrió y Trevor cruzó por el hueco abierto. Clavó sus penetrantes ojos en ella, y después en la figura del hombre que estaba sentado.

—¡Nikolaus, qué sorpresa!

Trevor la besó en la mano cuando la alcanzó, y extendió la mano para saludar al hombre que se había levantado y dado dos pasos hacia él.

—Welby —correspondió el otro—. De saber que vendrías te habría esperado.

Margaret estaba irritada. Era la primera vez que la interrumpían en una reunión privada, y precisamente esa primera vez tenía que ser por causa de su prometido.

—Me dejaste plantado —le reprochó él.

Se tomó la queja con diplomacia.

—Espérame fuera —le dijo a Trevor—, terminó enseguida.

Pero él la ignoró sin abandonar la sonrisa conciliadora. Después de saludar al príncipe, comenzó a hacerle una serie de preguntas que la dejaron en silencio observando. No eran meros conocidos, y vio por primera vez una sonrisa en el rostro de Nikolaus que lo transformó por completo. Después de unos minutos, Trevor se giró hacia ella, y la miró con ese brillo en las pupilas que lograba estremecerla.

—Te debo una disculpa por interrumpirte —le dijo.

Ella podía aceptar eso.

—Algo que te caracteriza —le dijo el príncipe—. Tienes demasiada flema británica.

Trevor le mostró una mueca de entendimiento.

—Estamos de enhorabuena —le dijo Trevor—. Voy a ser padre.

El príncipe parpadeó con sorpresa. Margaret deseó que la tierra se la tragase. ¿Cómo podía hablar de intimidades con alguien ajeno a la familia?

—¿Te has casado y no me has invitado a la boda? —afirmó Nikolaus sin dejarle hablar—. Eso es imperdonable por tu parte.

Trevor se mostró algo compungido. Margaret había quedado desplazada.

—Apenas tengo tiempo ni para dormir desde que sé la noticia —se excusó el duque—, pero no me he casado todavía.

—¿La corona no se ha pronunciado al respecto? —sonrió el príncipe.

Trevor tomó asiento con gran elegancia.

—¡Juro que estoy tentado de abjurar del título!

El príncipe soltó una carcajada.

Margaret decidió cortar la charla.

—Tengo una cita a la que ya llego tarde —dijo de pronto—. Y no he terminado de concretar la inscripción de la hija del príncipe en St Margaret's.

Trevor entrecerró los ojos y miró el reloj de carrillón, eran casi las ocho, ¿qué cita podría tener Margaret y que no lo incluía a él? No supo bien si lo que comenzaba a sentir en ese preciso momento eran celos o posesividad.

—Veo que no lamentas haberme dejado plantado —se ofendió él—, pero tenía planes contigo: planes serios.

En la biblioteca parecía que el príncipe sobraba pues toda la atención de Trevor se centraba ahora en ella.

—Mañana regreso a Königsberg —reveló el príncipe que no llevaba bien que lo ignoraran—, y quería dejar concluido un asunto.

Trevor se giró hacia él, y Margaret aprovechó para soltar tensión de sus hombros.

—No me dijiste que te marcharías tan pronto de Inglaterra —le recordó el duque—, pensé que te quedarías hasta mi boda, y puedes cerrar ese asunto que llevas entre manos mientras tomamos una copa de champán. Mi prometida y yo estaremos encantados de que nos acompañes y te unas a nuestra felicidad.

Trevor no le había preguntado a ella si le parecía bien, además, Margaret se dijo que Trevor ignoraba el motivo para que el príncipe estuviera a esa hora inusual en la biblioteca conversando con ella. Margaret no le había contado nada, simplemente se había alejado de la rueda de prensa. En su agobio por el exceso de trabajo que debía delegar antes de convertirse en duquesa, no pensó que ya no podía pensar por ella misma porque estaba prometida a uno de los nobles más importantes del reino.

—¿Puedes creer que mi prometida me dejó plantado? —Margaret comprendió muy bien que Trevor se estaba vengando de ella anunciando a todos su embarazo.

Estaba tan abochornada que no podía mirar al príncipe.

—Felicidades, Welby, vas a ser un padre excelente —lo felicitó el príncipe con una sonrisa—. Aunque por las prisas que se da la corona de Inglaterra, mucho me temo que tu heredero será ilegítimo.

Trevor Welby Lafayette, duque de Houghan tenía un as guardado en la manga. La corona no se había pronunciado, ni hacía falta que lo hiciera.

—He logrado un permiso especial —aclaró de pronto el duque—. Y si mi prometida no hubiese salido corriendo después de la rueda de prensa, ya estaríamos casados.

—¡Trevor! —exclamó Margaret.

El duque ignoró su exclamación.

—Así que te pido, Nikolaus, que aceptes ser mi padrino de boda.

El príncipe parpadeó asombrado. Trevor había decidido no esperar más la pronunciación de la corona al respecto. Había recibido el permiso especial del obispo de Canterbury que estaba dispuesto a officiar la ceremonia.

Margaret miró el rostro de su prometido, y entrecerró los ojos. ¿Por qué no le había referido nada cuando la encontró mareada y a punto del desmayo? Ella lo habría dejado todo y se habría ido con él sin dudar.

—Estaré encantado de ser tu padrino de boda —dijo el príncipe. Margaret tomó aire y lo soltó lentamente—. Tengo mi carruaje fuera esperando.

Trevor sonrió de oreja a oreja ante la sugerencia. El carruaje del príncipe no era mucho mejor que el suyo propio, pero les ofrecería más intimidad.

Margaret se puso nerviosa, pero entendió perfectamente la maniobra de Trevor que se había cansado de esperar el consentimiento de la corona.

—¿Puedes tomar una decisión así y no temer las represalias? —le preguntó directa.

Deseaba que todo terminara de una vez, pero en última estancia necesitaba una especie de confirmación. Lo último que deseaba Margaret era que Trevor tuviera problemas con la corona.

—La capilla de Folkestone Park está preparada —dijo Trevor repentinamente serio—, y el obispo esperando.

Margaret cerró los ojos. Ella no tenía vestido de novia.

—¡No puedo casarme vestida así! —protestó agobiada.

Trevor la taladró con la mirada.

—Si no te hubieras marchado tan de repente —le recordó Trevor sin dejar de mirarla—. Te habría dado tiempo a prepararte.

El príncipe sintió pena por la futura novia. Iba vestida con un vestido demasiado serio y

deprimente.

—Ha sido mi culpa, Welby —le dijo el príncipe al duque—, insistí mucho en tener esta reunión con tu prometida.

Trevor se levantó del sillón, y le ofreció el brazo a Margaret.

—Vamos, querida, es hora de cumplir con nuestra obligación.

—¿De verdad vamos a casarnos en Folkestone?

Todavía no se lo creía.

—Llegamos tarde a nuestra boda —la apremió él.

Margaret entrecerró los ojos, soltó un suspiro largo, y aceptó al brazo que Trevor le tendía. Al diablo el vestido, al diablo todo...

CAPÍTULO 26

En la intimidad del dormitorio, y tras quedar abrazados después de compartir un sexo fabuloso, Margaret se sentía relajada y feliz. Trevor respiraba sobre su cabello y le hacía cosquillas.

—Pareces cansada —afirmó él.

—Es cierto que estoy agotada después de lo que me has hecho moverme estas últimas dos horas.

Pero no era una crítica sino un cumplido en toda regla. Trevor era un amante maravilloso. Tierno, paciente, y muy entregado a la tarea de hacerla disfrutar.

—Al menos conoces ya lo que te espera a mi lado, lady Welby.

Margaret lo miró seria.

—Podrías haberme dicho hace días que tenías el permiso del obispo para la boda, y me habría vestido adecuadamente —le susurró al oído.

—¿Qué tiene de malo el vestido de tarde que llevabas? —le preguntó él.

—He sido la novia más patéticamente vestida de la historia del ducado de Houghan.

Trevor no contestó, siguió abrazándola mientras los latidos del corazón de ambos latían al unísono.

—Sabes que quería casarme contigo, y no me hubiese importado que fueras desnuda —le susurró al oído—, o vestida como una campesina —continuó halagándola—. Casarme contigo era lo que más deseaba en el mundo.

—Mereces que me vengue de ti.

La miró con ojos de cachorrillo.

—Y lo has hecho —ella lo miró confundida—. Me he tragado todo un frasco de perfume por ti.

Ahora rio por su comentario. Después de la íntima boda, y antes de permitirle a Trevor que le hiciera el amor, se había dado un baño que había incluido un largo trasiego de cosméticos hasta llegar al perfume. Cuando llegó a la cama, casi lo ahoga.

Margaret sonrió al escucharlo.

—Te lo merecías.

—Eres maravillosa, pero muy esquiva, aunque eso se terminó.

Estaba relajada, sentía una modorra muy satisfactoria, y le gustaba el calor que le transmitía el cuerpo de Trevor.

—Llevas controlando mi existencia desde que puse un pie fuera del carruaje cuando asistí a la cena del conde.

—Es que hasta hace unos días te había tenido solo para mí.

—Tenía que dejarlo todo arreglado antes de convertirme en duquesa de Houghan, y te recuerdo que antes de ti tenía una vida...

Trevor la interrumpió.

—Ahora tienes un esposo posesivo que hasta hace unas horas desconocía que también soy tremendamente celoso.

—¿Celoso? —preguntó con burla—. El altivo, irascible, e implacable duque de Houghan no puede sentir celos.

—Eres demasiado hermosa —afirmó con voz almibarada.

A ella le gustaba mucho su sinceridad, no tenía miedo a mostrar su personalidad, y por eso lo

consideraba un hombre tan especial.

—Y tú un hombre único.

—Me dolió que me dejaras solo —protestó—. Cuando ya había solucionado lo de la boda.

—Tenía una cita con el príncipe Nikolaus —le recordó.

Trevor calló un momento mientras pensaba en las palabras que quería expresar.

—Un triunfo más logrado en tu carrera por ayudar a las muchachas —ella pensó que era un reconocimiento muy bonito—. El príncipe te abrirá muchas más puertas de las que te abrí yo.

Margaret soltó un suspiro suave.

—Me alegraré por todas esas muchachas a las que St Margaret's ayudará, pero ya no estaré al frente de la escuela.

—Me alegra escuchar eso porque deseo tenerte solo para mí...

Se apoyó sobre el codo y lo miró de frente.

—Viene nuestro hijo en camino —iba a interrumpirla pero no se lo permitió—. Y tendré que dedicarle toda mi atención—continuó.

—Tendré que compartirte con nuestro hijo —concluyó él resignado.

—Claro que lo harás —admitió ella—. Pero te prometo que no desatenderé mis responsabilidades para Houghan.

—Sabes que vendrán más niños —le advirtió él.

Margaret pestañeó seria.

—¿Cuántos niños quieres?

El corazón de Trevor se detuvo.

—Si me das a elegir... creo que cinco o seis.

Trevor la sujetó por la barbilla y la besó de forma larga y dulce.

—¿No dejarás que me recupere entre un embarazo y el siguiente? —protestó ella con una sonrisa cuando Trevor comenzó de nuevo a acariciarla.

—Tenemos que engrandecer el ducado de Houghan.

Trevor se colocó sobre ella con mucha suavidad. Margaret le rodeó la cintura con las piernas.

—¿Sabes? —le preguntó él—La manera de cruzar las piernas de una mujer dice mucho de lo que siente por un hombre.

—¿Tú crees? —ella no podía creerlo.

—Si las cruzas alrededor de mis caderas es una clara señal de que te gusto.

—Es que me gustas mucho —admitió juguetona mientras le pellizcaba suavemente las tetillas.

—Tus labios, cuando los beso, son como el primer trago de agua después de cruzar un desierto. ¡No me canso de beber!

Y Trevor se dio un festín con ellos. Los acarició, besó, lamió, y mordisqueó a placer. Margaret compartió sus juegos y caricias.

Varios minutos después los dos seguían despiertos.

—Ahora viene la parte difícil de nuestro matrimonio.

—¿La parte difícil? —preguntó soñolienta.

—Mi familia es un poco especial.

Margaret lo empujó suavemente tratando de respirar porque Trevor no besaba, consumía. Se quedó tumbado de espaldas.

—No piensas dejarme dormir, ¿verdad?

—Tú me alborotas el insomnio, justo es que veas el amanecer conmigo, y para verlo, tienes

que estar despierta.

Margaret se apoyó sobre un codo para mirarlo con la boca abierta.

—Estoy a un paso de pedir un carruaje para regresar a St Margaret's.

—¿Me abandonarías? —preguntó espantado.

Ella le hizo una mueca bastante graciosa.

—Te dejaría en los brazos de Morfeo.

—No quiero otros brazos salvo los tuyos.

—Eres terriblemente posesivo.

—Es el mejor cumplido que me has dicho nunca.

Margaret se sentó en la cama y lo miró. Trevor hizo lo mismo. Ella tenía el cabello revuelto, los labios hinchados, y sombras oscuras bajo los ojos.

—Es muy bonito todo eso que me dices —le confesó al mismo tiempo que le acariciaba la mejilla.

—Es que no puedo creerme que seas mía para siempre.

Margaret quiso devolverle el cumplido, pero conocía un método mejor.

—¿Buscas hacerme el amor de nuevo? —Trevor no hizo ni un solo gesto, había quedado clara su intención—. Nunca me negaré, te lo aseguro, ni aunque la barriga me crezca tanto que no puedas acercarte ni a diez pasos.

—No puede crecer tanto —ella sonrió—. Estás siendo muy cruel.

—¿Persuasiva? —preguntó coqueta.

—Tremendamente persuasiva.

Trevor se acostó a su lado y la abrazó con fuerza. Cabía perfectamente entre sus brazos, como si la hubieran moldeado expresamente para él. Se sintió afortunado, feliz y repleto de confianza.

—¿De verdad va a engordarte tanto la barriga?

Ella no se lo podía creer.

—¡Trevor! —él, suspiró profundamente.

—Ya me callo, pero bésame.

CAPÍTULO 27

Folkestone Park relucía en ese día especial. Por doquier había sirvientes preparándolo todo para la llegada de la familia de Trevor. A ella le sorprendió la cantidad de doncellas y lacayos que había, porque no los había visto antes. Todas sus pertenencias habían sido trasladadas desde St Margaret's a la mansión, y ahora ocupan un lugar preferente en las estancias del duque.

Margaret tuvo que elaborar el menú del almuerzo y el de la cena para las dos próximas semanas. Ella había discrepado en las cocinas porque no le gustaba anticipar las compras a largo plazo, sobre todo con los productos frescos, porque dependían del mercado diario. Con el mayordomo no tuvo problemas salvo la necesidad imperiosa, según el sirviente, de que la duquesa de Houghan tuviera una doncella personal con amplia experiencia. Margaret lo dejó en las manos del hombre la elaboración de la lista de candidatas. Trevor le había anunciado que pronto llegaría un ama de llaves porque Folkestone Park ya no era una residencia de soltero.

Ella le preguntó si seguirían en Kent o tendrían que regresar a Londres, pero el duque no respondió a la. Pregunta de ella, sino que la dejó en suspenso. Ahora, sentada en la larga mesa, y rodeada de familiares, se sentía un poco cohibida, sobre todo al recibir las felicitaciones por su próxima maternidad. Se llevó la cuchara de consomé a la boca, y comprobó lo rica que estaba. No tenía. Mucho apetito, pero hizo un esfuerzo. Esa mañana, y después del baño, Margaret fue plenamente consciente de su embarazo cuando el vestido que escogió para el almuerzo, le quedó estrecho en el busto. Hasta ese momento que para ella fue memorable, su embarazo tomó plena conciencia en su cerebro.

Durante el almuerzo conoció a dos de sus tíos paternos, uno materno, y con sus respectivas esposas e hijos. Para Margaret resultó toda una sorpresa conocer que Trevor tenía una familia tan numerosa en comparación con la suya que se reducía a una sola persona, ella misma. También eran sorprendentemente escandalosos, aunque se comportaron con suma corrección y evitaron hacerle preguntas comprometidas o demasiado personales para no ponerla en un aprieto.

Mantuvo la calma y la serenidad durante toda la velada, paz que se vio interrumpida cuando en la mesa se comenzó a concretar la fecha para el regreso a Londres. Se preguntó en qué momento se le había escapado a Trevor el control sobre sus decisiones. Todo lo relacionado con el matrimonio la descolocaba bastante porque ella tenía que acostumbrarse, pero Trevor le recordaba a menudo que tendrían que officiar una ceremonia más acorde con el ducado de Houghan, e invita a la flor y nata de la aristocracia.

—La próxima primavera puede ser una fecha apropiada.

Margaret seguía en silencio, contemplando la escena como si no fuera con ella.

—No pensamos esperar tanto —cortó Trevor con tono pragmático e incluyéndola en sus síes y noes—. La novia no puede caminar por la iglesia a punto de traer al mundo a mi heredero.

—Queremos organizar la celebración en condiciones —protestó una de las tías políticas—, y para ello necesitamos tiempo.

—Sabía que esta reunión familiar se iba a desmadrar.

A Margaret le gustaba ver a Trevor desenvolverse con sus familiares. Ella, que era hija única de padres que también habían sido hijos únicos, añoraba ese ambiente familiar que no había conocido nunca porque toda su familia se reducía a Chelsea, Collette, y las alumnas de St Margaret's.

—La novia tendría que opinar al respecto —dijo el tío mayor de Trevor.

—Margaret desea discreción y privacidad —respondió Trevor por ella, pero Margaret no se

molestó, todo lo contrario—. Puede ser una ceremonia selecta, y con la corona como invitados principales y únicos.

Además de posesivo y un poco celoso, Trevor poseía una vena protectora que no le desagradaba en absoluto.

—¿Es cierto eso? —preguntó atónita una de las tías—. ¿Piensas que la corona querrá una celebración íntima y con poco asistentes?

—Os recuerdo que ya estamos casados, además, Margaret es hija única y no tiene más familia que yo —esa parte le había hecho gracia, por ese motivo sonrió aunque no se percató de ello—. Sería un insulto y un despropósito involucrarla en una fastuosidad tan alejada de sus preferencias.

Las tías se quedaron en silencio, pero entonces las hijas del tío mayor que debían rondar entre los dieciocho y los veinticinco años, comenzaron a opinar sobre el último comentario de Trevor.

Ella escuchaba con interés. Trevor la miraba de tanto en tanto porque le sorprendía su silencio en algo tan particular como los preparativos de un fausto evento que le concernía en exclusiva.

—Lady Welby —dijo el único tío materno—, ¿qué piensa al respecto?

¿Qué pensaba? No lo tenía claro.

—Finales de marzo me parece bien —apuntó finalmente.

Trevor parpadeó atónito porque él había afirmado justo lo contrario. Quedaban varios meses todavía y ella estaría a punto de dar a luz al heredero.

La tía mayor respiró aliviada.

—Así tenemos margen para organizar algo inmenso, a la altura de los Houghan.

—Deberías pronunciarte con respecto a esto —ese comentario de Trevor sí logró sorprenderla—. Te atañe especialmente.

Por algún motivo, Trevor se mostró intranquilo. Era consciente que la había arrastrado en su ímpetu y deseo de casarse con ella, pero ahora que la veía sentada a su lado sin participar en ese caos que había formado su familia, sintió miedo. Era la duquesa de Houghan menos interesada y más distante que había visto nunca. Él, había utilizado todos los medios a su alcance para que no pensara, para que no pudiera negarse, y de pronto se preguntó si acaso había logrado con sus actos justo todo lo contrario: que no dejara de pensar en ello.

—Resulta estimulante a la vez que desconcertante ver a otros tomar las decisiones que debería tomar uno mismo —explicó con suavidad.

Trevor no podía calibrar si ese comentario era positivo o negativo. Se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Ahora mismo te preferiría costurera.

Ella abrió la boca por el comentario de él, pero comprendió.

—No estoy rechazando sus propuestas y sugerencias —se defendió con una sonrisa—, aunque mis palabras anteriores lo parezcan.

—Sí, lo haces —insistió el otro—, por eso tu silencio y tu distancia.

Margaret no se había dado cuenta de lo lejana y fría que parecía.

—Me siento abrumada por personas que acabo de conocer, y que se comportan conmigo como si me conocieran de toda la vida.

—¿Qué murmuráis? —inquirió la tía mayor.

Trevor soltó un chasquido con la lengua.

—Como si te lo fuéramos a decir —soltó en voz baja.

Margaret observó que Trevor parecía hastiado.

—¿Tu familia regresa a Londres? —le preguntó en el mismo tono bajo que utilizaba él.

Trevor hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No habrá forma humana de sacarlos de Folkestone —indudablemente su voz parecía resignada—, esta noche vendrán más familiares. Primos que no han podido llegar a tiempo para el almuerzo —los ojos de Margaret se abrieron de par en par—: los mellizos Charles y Peter, y la pequeña Gisela.

Ella optó por el silencio mientras digería la información.

—Lo lamento, no te has casado solo conmigo —le dijo pesaroso.

Margaret se encontró en la tesitura de decirle que no se preocupara, o de salir corriendo. Todo tenía un límite.

—No estaba preparada para esta avalancha —admitió al fin con voz trémula.

—¿Los dejamos en Folkestone y nosotros nos vamos a St Margaret's?

—¿Esto ha sido una maniobra para obligarme a hacerlo? —Trevor le mostró una mueca de inocencia que no la engañó en absoluto.

Para todo aquel que los mirara, no cabría la menor duda de la complicidad que existía entre los dos. Trevor la miraba con ojos de cordero degollado, y ella le sonreía de una forma tan especial que los tíos de Trevor suspiraron con gran alivio.

Y Margaret se encontró sumida en preparativos que la agotaron, por ese motivo, Trevor se la llevó de Folkestone una mañana sin decirle nada a nadie. Una vez que finalizó el desayuno, se despidieron de todos, y Trevor dio ordenes al cochero para alejarse de Folkestone. En el interior del carruaje, recorrieron las onduladas colinas de Kent Downs. Llegaron hasta Aylesford y cruzaron el puente que atravesaba el río Medway. Poco después, el carruaje se detuvo en un lugar muy especial para Trevor, en Cold Spring. Un embarcadero y un precioso paseo por el río los condujo hasta la calle principal donde pudieron tomar un refrigerio que encantó a Margaret.

Fue la tarde más bonita que recordaba.

CAPÍTULO 28

Unos golpes en la puerta de la alcoba la sobresaltaron. Por un momento, Margaret se sintió desorientada pues no estaba acostumbrada a despertarse junto a Trevor.

—Su Excelencia, por favor, es urgente —escuchó decir al asistente de cámara.

El duque se levantó de la cama y se colocó la bata mientras caminaba hacia la puerta.

—¿Qué sucede? —el hombre tenía el rostro demudado.

—Deje que se lo muestre, Su Excelencia —el ayuda de cámara se dirigió hacia la ventana, y lo animó a que se asomara.

Margaret se había reincorporado al escuchar el jaleo. Buscó su bata de seda y se la puso con rapidez sobre los hombros. Siguió el camino andado por Trevor hacia las enormes cristaleras.

Margaret estaba petrificada. Fuera había un grupo de gente.

—Esto es una propiedad privada —dijo el duque con voz de hielo—. Que los echen de inmediato.

Margaret miraba a una mujer de entre el grupo que estaba allí reunido. No podía apartar el rostro de la que fuera en el pasado amante de su padre.

—¿Qué ocurre? —Trevor se preocupó de veras al ver el rostro lívido de Margaret que ni pestañeaba mirando tras la ventana.

Cuando escuchó su propio nombre, se giró hacia él. Durante varios minutos ninguno dijo nada.

Trevor finalmente se acercó a ella.

—Será mejor que no salgas hoy hasta que resuelva todo esto —Margaret seguía sin decir nada—. Ordena que traigan un poco de té para la duquesa.

El ayuda de cámara abandonó la estancia sin hacer ruido.

Trevor y ella se mantuvieron de pie durante varios minutos sin decir nada, no hacía falta porque no se podía explicar lo que ambos sentían en ese momento.

—¿A quién has visto allí afuera?

Ella respiró profundo varias veces antes de mirarlo.

—He visto un fantasma —admitió apenada.

—¿Un fantasma? —preguntó Trevor impactado.

—Un secreto que nunca creí que vería la luz tras la muerte de mi padre.

—¿Qué secreto...? —no pudo continuar de lo asombrado que estaba.

Margaret camino hasta la salita y se dejó caer sobre el sillón. Trevor la siguió al instante y también tomó asiento. Una doncella traía una bandeja con el servicio de té y la depositó en la mesilla. Se fue tan silenciosa como llegó.

—¿Qué secreto? —insistió Trevor.

Los ojos de Margaret estaban vidriosos, como si estuvieran a punto de llorar.

—Qué mi padre era un adúltero. —Trevor no sabía qué decir a continuación porque la mayoría de nobles tenían amantes—. Te dije que mi pasado era perjudicial para el ducado de Houghan.

Trevor se recostó hacia atrás y la miró fijamente.

—Los hijos no deben pagar por los errores de los padres, y el tuyo no fue el primero ni el último que ha tenido un amante.

—Aunque te parezca difícil llevo toda mi vida pagando los pecados del pasado de mi padre —anunció ella.

—No me importa tu pasado —afirmó él—. No tienes la culpa de nada.

Margaret trató de sonreír pero no pudo.

—Debería importarte —le recordó—. Si no lo de la amante de mi padre, que fuera la responsable de la muerte de una persona mentalmente enferma, y que es posible que el barón consiga que se me juzgue de nuevo.

A Trevor no le importaba ese hecho en particular porque había sido en defensa propia, pero el daño causado a la reputación de Margaret podía ser muy grave, y mucho se temía que estaba en juego la reputación de la escuela.

Ella le había leído el pensamiento.

—Piensas que todo esto puede perjudicar a St Margaret's, ¿verdad? —él no contestó.

—No sigas culpándote.

Ella lo miró ojerosa.

—Es que soy culpable.

—No hables así.

Margaretladeó la cara mientras se mordía el labio inferior.

—Debo hacerlo.

Trevor la veía debatirse en cuestiones silenciosas que lo inquietaban. Era como si tomara y descartara opciones que lo implicaban directamente a él.

—¿Qué te preocupa?

Ella lo miró durante un instante largo.

—Cómo lograr que el ducado salga de esto indemne. Cómo proteger la escuela...

Le sorprendía y lo conmovía que se preocupara de esa forma por él.

—¿Piensas que me preocupa que me salpique un poco las cosas que te sucedieron en el pasado?

A ella le hizo gracia esa falta de previsión sobre el futuro de ambos.

—Puede que no te salpique sino que te empantane —dijo con falso humor.

—Saldremos de esta.

Le gustó especialmente que le hablara así. Trevor lograba serenar sus aguas agitadas. Junto a él todo parecía más fácil.

—Voy a enviar un mensaje urgente...

Margaret lo vio dirigirse al dormitorio que habían compartido, hablar con el ayuda de cámara que le estaba escogiendo la ropa, y aunque no pudo seguir la conversación que mantenía, imaginó que trataba sobre el barón Bois. Lo vio regresar unos minutos después. Ella seguía en la misma postura sentada, y sin probar el té que les había dejado la doncella.

—He dado orden de que venga mi abogado, voy a poner todo este asunto en sus manos —informó Trevor.

Lo observó con cautela.

—El escándalo ya está desatado —le recordó.

—¿Quién se ocupó de tu defensa? —inquirió curioso.

Ella suspiró suavemente.

—Simons Rodkin y asociados —contestó en un susurro.

Simons Rodkin había sido amigo de su padre, y llevó su caso desde el afecto que sentía hacia ella.

—Tiene buena reputación aquí en Kent —dijo Trevor—, pero yo poseo el mejor bufete, Giambrone & Partners.

Margaret lo miró atentamente. Giambrone & Partners era un reconocido bufete del reino, e

ignoraba que Trevor fuera el mayor accionista.

—Su nombre suele imponer bastante respeto igual que su trabajo —afirmó Trevor con una ligera sonrisa—, y puedo asegurarte que se encargará de todo esto de forma eficiente.

Ella se encogió un poco sobre el sofá, pero no porque tuviera frío o estuviera asustada, sino porque era uno de sus esos gestos que hacía cuando necesitaba meditar.

Margaret pensó en sus padres que habían sido demasiado proteccionistas. En ella que no había crecido como una niña normal. Había pasado largos años en internados, pero gracias a la madurez que había adquirido, pudo analizar y separar los diversos sentimientos negativos que fue acumulando a lo largo de los años.

Trevor interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Ha llegado la hora de que pases a la ofensiva —dijo éste. Margaret seguía meditando en silencio, como si estuviera sola—. Vamos a tratar este asunto como se debió tratar en el pasado: con contundencia.

A Trevor le parecía increíble y desmedido el papel que había adoptado el barón Bois con respecto a Margaret. Actuaba de una forma irracional, aunque Trevor se dijo que era lógico viniendo de un padre que ha perdido a su hijo, pero debía aceptar que había sido en defensa propia.

—Está claro que el barón no puede superar la muerte de su hijo, y desea que yo pague por aquello...

Trevor no la dejó terminar.

—Estoy dispuesto a todo con tal de protegerte.

Margaret lo miró atónita.

—¿Cómo? —preguntó.

—Mostrando la verdad sobre esa familia.

Ella lo miró espantada.

—¿Lo sucedido con su hermana? ¿Las consecuencias de su suicidio?

Trevor la miró asombrado.

—¿Sientes lástima por él?

Margaret sabía que tras la venganza se escondía un odio que llegaba a ser preocupante.

—Dime —insistió Trevor—, ¿sientes lástima por el barón? ¿Por eso no te has defendido de sus ataques todos estos años?

—Tiene la mejor excusa para justificar su actitud —las cejas de Trevor se alzaron en un interrogante mientras la escuchaba—. La muerte de su hijo —le trajo a colación.

—Esa desgracia no le exime.

Margaret pensó que Trevor tenía parte de razón.

—Las emociones tienen la facultad de inspirarnos hasta alturas insospechadas, o limitar nuestra visión hasta niveles vergonzosos.

—Lo que me ha quedado claro es que todo para ti tiene una explicación emocional —Trevor lo dijo como una crítica, aunque ella no se molestó.

—La ira provoca unas emociones muy fuertes —continuó Margaret—, no solo concentra toda nuestra atención en el conflicto, también nos hace estar absolutamente seguros de que estamos en lo correcto, y cierra nuestra mente a escuchar argumentos diferentes aunque suenen razonables.

—Olvidas que ese hombre te persigue, te acosa. Te ha difamado, injuriado.

Margaret no escuchaba, seguía cavilando en la actitud de Michel Bois. Su odio estaba muy concentrado y se había alimentado durante años. Sin embargo, ¿qué lo provocaba?

—Está cegado por el dolor —se respondió así misma—, y deberíamos ayudarlo.

Trevor pensó que no hablaba en serio. Pero tenía que regresar a Londres por un asunto inesperado, y no quería dejarla sola, por eso, el motivo de su viaje había suscitado la primera discusión entre ambos esa tarde.

—Acompáñame —no le pidió sino que le ordenó.

Ante el tono imperativo de él, Margaret volvió a negar con la cabeza. Trevor insistía para que lo acompañara, pero ella no quería salir de Folkestone.

—Tengo que ver a alguien.

—No quiero que te quedes sola.

—No estoy sola —y no mentía porque Folkestone estaba lleno de empleados.

—Entonces pospondré el viaje.

Ella se levantó del escritorio y caminó directa hacia él. Su rostro estaba demasiado serio y algo demacrado.

—Nuestras vidas no pueden detenerse por cualquier incidente.

—Todo este asunto con el barón, no es un incidente.

—Cualquier incidente tendrá la importancia que nosotros le demos.

Trevor apretó los labios porque no existía forma de hacerla cambiar de opinión cuando creía firmemente en algo.

—Estás banalizando un asunto demasiado serio.

—Resuelve tus asuntos en Londres, que yo estaré bien aquí.

—No me voy tranquilo.

Margaret soltó el aire poco a poco. Trevor entendió que ella no iba a transigir en ese aspecto.

—Está bien —aceptó aunque a regañadientes—. Regresaré en un par de días.

Margaret respiró aliviada porque la presión era demasiado y necesitaba poner algunas cosas en sus lugar correspondiente.

Cuando Trevor salió de Folkestone, ella ordenó al cochero que la llevara a St Margaret's. Y se pasó la totalidad del día siguiente investigando en los documentos y archivos de su padre. Había tenido la idea de que podría encontrar entre los papeles algo relacionado con la mujer que había visto tras la ventana en Folkestone. Esperaba encontrar alguna dirección o indicio que le abriera el camino para investigar y encontrar respuestas.

Cerró la caja metálica y la colocó en su lugar. Decepcionada e impaciente salió de la estancia que había sido el dormitorio de sus padres cuando vivían. De repente tuvo un presentimiento que le hizo pararse en seco. Había obviado una carpeta que estaba en el desván. Cuando la encontró, se llevó una sorpresa. Había una dirección en West Hythe. Margaret pensaba visitar ese lugar porque tenía la urgente necesidad de conocer.

CAPÍTULO 29

Margaret se había desplazado hasta West Hythe en carruaje. La vivienda que buscaba se encontraba a las afueras. En un lugar tranquilo. Cuando el carruaje se detuvo, el palafrenero la abrió la puerta, y ella le ordenó que esperara su regreso junto al cochero. El hombre hizo un gesto negativo bastante elocuente. Si a la duquesa le ocurría algo, el duque le cortarían la cabeza, sobre todo porque ella había salido sin la protección de los hombres que trabajaban protegiendo a los Welby.

Margaret aceptó finalmente que la acompañara.

Camino firme hacia la casa de color claro. El portal estaba situado en esquina. La puerta estaba abierta, y ella se asomó. Unos segundos después tocó la aldaba mientras le ordenaba al palafrenero que se mantuviera alejado de ella unos pasos. Indudablemente el dueño de la vivienda esperaba a alguien, y ese alguien no era ella.

Nuevamente tocó la aldaba, pero en esta ocasión mucho más contundente.

—Llegas tarde —el sonido de un hombre la descolocó porque esperaba encontrar la voz de una mujer madura: la amante de su padre.

—Hola —dijo un poco nerviosa, y sin atreverse a entrar.

De repente la puerta se abrió con brusquedad y un hombre de unos veintitantos años quedó plantado frente a ella. Tenía el pelo castaño y los ojos verdes. Era alto y de complexión atlética, e iba vestido con ropa montar. Margaret entrecerró los ojos y tragó con fuerza. En los ojos había un brillo de reconocimiento hacia ella, pero Margaret no lo había visto en su vida.

Aún pareciendo una cobarde, Margaret dio un paso hacia atrás en clara retirada.

—Disculpe, he debido de equivocarme.

Ya alcanzaba el escalón de bajada cuando la voz de él la detuvo en seco.

—No se ha equivocado, lady Bradford —Margaret percibía la tensión de su propio cuerpo. La angustia en su estómago, y el zumbido persistente en el interior de sus oídos—. Mantenía la puerta abierta porque esperaba a alguien.

Margaret volvió a tragar. Miró el primer escalón sintiendo la urgente necesidad de marcharse de allí, pero algo la detuvo. Giró una parte de su cuerpo hacia el hombre que seguía de pie justo debajo del hueco abierto de la puerta. Era tan alto que casi tocaba el dintel de madera.

—Buscaba a Julie Moore.

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Es mi madre —afirmó él.

Quería huir, quería marcharse, desaparecer. De todas las ideas que había tenido últimamente, la de conocer y hablar con la amante de su padre, había sido la peor de todas.

—Esperaba poder conversar con ella.

Los ojos del hombre brillaron con ira. Los hombros de Margaret se tensaron al percibirlo.

—Puede hablar conmigo —contestó él—, dispongo de unos minutos.

La prudencia le hizo dar otro paso hacia atrás.

—No ha sido una buena idea —respondió finalmente.

Margaret se giró de golpe y comenzó a bajar el primer escalón.

—Creí que quería hablar sobre su padre.

Esas palabras la clavaron al suelo. El tono de él había sido insolente, insultante, y ella era una mujer que no se amedrentaba ante nadie. Tenía la suficiente madurez para no caer en las trampas ni en los juegos de palabras indeseados.

—Conozco todo sobre mi padre —contestó fría, y con esa mirada que daba a entender que lo tenía todo bajo control.

—¿De verdad cree que lo conoce todo?

Era indudable que al hombre le gustaba ponerla nerviosa. Veía en sus ojos cierto desdén, y supo que estaba dirigido a ella.

—Ahora, estoy segura de que sí.

—¿Y no siente curiosidad...? —el hombre no terminó la pregunta.

Él sabía quién era ella, y ella sospechaba quién era él. Las cartas estaban sobre la mesa.

—Tengo que irme —dijo finalmente.

—Tan cobarde como el padre.

Margaret apretó los labios. Se giró de golpe y lo miró con tanta frialdad que el hombre se irguió como si lo hubiera azotado un látigo de hielo. Subió el escalón hacia el rellano y caminó lentamente hacia él con la mano extendida.

El gesto de ella lo descolocó.

—Lady Welby —se presentó—. Duquesa de Houghan.

Lo observaba como lo haría con un alumno de St Margaret's.

—Alexander... —ella lo cortó al mismo tiempo que le tendía la mano para que se la besara.

—Alexander Bradford —terminó por él.

Ella escuchó perfectamente el crujir de los dientes al pronunciar el apellido de ambos. Parecía enfadado porque Margaret le había estropeado el factor sorpresa con el que creía contar.

Veía en el rostro duro la confusión que sentía. Seguramente se preguntaba cómo lo había descubierto, y Margaret sintió algo de pena aunque no la suficiente para mostrar simpatía hacia un hombre que exudaba furia por cada poro de su cuerpo.

—Se parece mucho a mi padre —admitió con desgana.

—Algo que lamentaré el resto de mi vida —afirmó él—. Adelante —la invitó.

Margaret entrecerró los ojos.

—Antes espero una disculpa por su trato despectivo.

—Lo siento, lady Welby, y por favor, tutéeme.

Ella aceptó.

—Gracias, lo haré.

Se quedaron frente a frente mirándose como adversarios.

—¿De quién es el carruaje que espera en la puerta?

La voz de Julie Moore resonó alta y clara por la escalera. Margaret la reconoció, y una sombra de pesar se abatió sobre su ánimo. Era muy duro descubrir que su padre había tenido un hijo con otra mujer que no era su madre.

—Alexander que... ¡Margaret!

El tono asombrado de la otra casi le arranca una sonrisa. A la vista estaba que ella era la menos sorprendida de los tres.

—La familia reunida al fin —dijo con cierta ironía.

La alerta en el rostro de la mujer le dijo todo. Como madre del hijo ilegítimo del padre de Margaret, estaba claro que buscaba vengar el agravio sobre ellos, y como no podía hacerlo con el padre porque estaba muerto, la hija legítima era la única opción. Ahora todas las piezas del puzle de su vida encajaban perfectamente.

—¿Cómo conocía esta dirección? —la voz de la mujer sonó irritada.

—Mi padre la guardó junto a los recibos de una escuela muy elitista en el norte del reino.

Los ojos de Julie se entrecerraron.

—¿Qué quieres? —preguntó soliviantada.

Margaret no podía dejar de mirarla.

—No pretendía nada —contestó en voz baja—, simplemente quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —casi gritó la otra.

—Te vi tras la ventana de Folkestone.

Los ojos de Julie Moore se clavaron acusadores en Margaret.

—Leí en el Times que te habías casado, y quise comprobarlo por mí misma —le explicó—.

¿Por qué estás aquí?

Margaret pensó muy bien en la respuesta que quería ofrecerle y no en la que se merecía, así que optó por la sinceridad.

—Quería comprenderte.

La cara de Julie era un cúmulo de emociones: sorpresa, rechazo, odio.

—¿Has venido a burlarte de nosotros?

Esa era una pregunta estúpida.

—No suelo burlarme de las personas.

—¿A lastimarnos entonces? —quiso saber la amante.

Margaret respiró profundamente porque Julie estaba a la defensiva.

—A diferencia de ti, no me mueve el rencor —le espetó aunque de forma suave—. Ni tengo motivos para haceros daño.

A la vista estaba de que no la creía.

—Podemos seguir hablando en el salón —sugirió Alexander, aunque ninguna de las dos mujeres escuchó su sugerencia.

Margaret observaba a Julie con infinita pena. Descubrir que tenía un hermano menor que ella pero ya adulto le supuso un caos absoluto. Ella había crecido añorando la compañía de un hermano, y su padre la había privado de ello. Podía entender la frustración que sentía la amante. Su rechazo y rencor hacia todo lo que representaba Margaret.

Nuevamente respiró hondo al mismo tiempo que se limpiaba la palma de las manos húmedas sobre el tejido de su vestido.

—Debo irme.

Ni madre ni hijo impidió su marcha.

CAPÍTULO 30

—¿Cuándo regresa Trevor? —la pregunta de la tía del duque que se había quedado en Folkestone la sacó de sus cavilaciones.

—Tenía que llegar a última hora de la noche, pero le han surgido imprevistos y regresará a primera hora de la mañana.

La tía miraba atentamente a la mujer sentada en sillas de ruedas, y que era la mejor amiga de la esposa de su sobrino.

Cuando Margaret le envió un mensaje a Chelsea para que fuera sin demora a Folkestone, esta no lo dudó. Y tras varios minutos en silencio, le reveló que había descubierto que tenía un medio hermano. La amiga no podía creérselo. Seguía muy seria, ensimismada, y con muy pocas ganas de hablar al respecto.

—Entonces no me quedaré a esperar a mi sobrino —alegó la tía—. Te dejo en buenas manos, lady Welby.

Margaret la acompañó hacia las estancias de la anciana, y la despidió con un beso, cuando regresó al salón donde la esperaba Chelsea, seguía con la taza de té en las manos.

—¿Quieres más té? —Chelsea hizo un gesto negativo—. Yo tomaré un poco más —dijo mientras tomaba asiento frente a Chelsea.

A Chelsea no la engañaba su actitud calmada pues sabía que lo estaba pasando fatal.

—Imagino la revolución que ha debido significar para ti este descubrimiento.

Las palabras de Chelsea fueron pronunciadas con cariño.

—De adolescente, mi padre era mi ejemplo. Era mi héroe. Pero cuando supe que tenía un amante, el mundo se cayó y me golpeó con tanta fuerza que me quedé noqueada durante mucho tiempo. Él no se daba cuenta de mi sufrimiento porque no permitía que lo viera.

—Imagino lo duro que tuvo que ser para ti.

—Fue una auténtica pesadilla. Quería despertar y darme cuenta de que no era cierto, que no era verdad.

—La infidelidad entre la nobleza es algo habitual, Margaret —Margaret se dijo que Chelsea hablaba con conocimiento.

Margaret entendía a su madre engañada. A su padre infiel, a ese hermano desconocido, pero, ¿quién la comprendía a ella?

—A mi madre se le desgarró el alma. Dejó de creer en sí misma, y experimentó las profundas raíces del miedo, de la incertidumbre, y de la mentira.

—Trato de comprender cómo te sientes.

Margaret la miró desolada.

—¿Cómo vas a comprenderlo si ambas hemos crecido como hijas únicas? —Chelsea no entendía sus palabras—. Ninguna conocemos el amor de un hermano —Margaret calló un momento—. Lo que significa que nos llamen hermana.

—A veces los hermanos son un verdadero quebradero de cabeza.

—Pero son los primeros amigos de verdad que uno tiene... y que mi padre me haya mantenido en la ignorancia con respecto a él, no puedo comprenderlo.

—Todavía no salgo de mi asombro.

—¡Soy la hermana mayor! ¿Puedes creerlo?

—Lo que me tiene preocupada de verdad, es que él sí conocía de tu existencia y no se preocupó de poner fin a tu ignorancia —Margaret iba a contestar pero Chelsea no se lo permitió

—. La madre quería hacerte daño, te lo ha hecho porque al plantarse aquí en Folkestone, logró que indagaras en ese pasado que habías enterrado —rectificó seria—, y por eso no puedo excusarlos a ninguno de los dos.

—Quiero creer que ha actuado movida por el desamparo —le aclaró.

—¡Nunca les has perjudicado!

—Pero represento la legitimidad de la persona que sí se lo hizo —Chelsea abrió la boca pero la cerró un segundo después—. Ignoro si mi padre lo reconoció como hijo. Si se ocupó de que no le faltara de nada. Desconozco si han vivido en precariedad. Si fue infeliz de niño, de adolescente —Margaret tomó aire—. Ignoro tantas cosas importantes, cuestiones que pueden haber determinado su personalidad, y el rencor que siente hacia la única persona que mantiene vivo el lazo de unión con el hombre que lo engendró, yo.

Chelsea se quedó pensativa.

—¿Volverás a hablar con él?

—Por supuesto —admitió franca—. Ayer no pude hacerlo porque me encontraba superada en emociones. Necesitaba ordenar mis pensamientos y valorar las necesidades y carencias de las que pueden haber sido objeto. Necesito comprender tanto a la madre como al hijo.

—Eres increíblemente tonta —masculló Chelsea incrédula.

—Incríblemente razonable —la rectificó la otra—. Mi hermano necesita conocerme, quizás conocer por mí al hombre que lo engendró, es decir sobre nuestro padre.

—Tu hermano, vuestro padre —Chelsea la miró muy seria—. ¿Has valorado la posibilidad de que él no te vean como a una hermana sino como a un enemigo?

—Ya cuento con ello —explicó simple.

—¿Y entonces?

—Voy a mostrarle que no soy una enemiga y que puede confiar en mí.

—¡Válgame Dios!

Margaret no podía entender la reticencia de Chelsea.

—Si fuese a la inversa, a mí me gustaría que me diera una oportunidad.

—Eres imposible.

—Soy optimista.

—Eres temeraria.

Margaret sonrió al escucharla.

—Tengo tareas por delante —dijo emocionada—. Comprender los motivos de mi padre, y encontrar el motivo por el que mi hermano nunca se puso en contacto conmigo.

Chelsea ladeó la cabeza hacia un lado.

—Te has olvidado una tarea muy importante —las cejas de Margaret se alzaron con un interrogante—, la más grande de todas: Su Excelencia el duque de Houghan.

—No me he olvidado de Trevor.

—Y como amiga me tomo la libertad de recordarte que ese hermano tuyo puede que no desee nada contigo —insistió.

—Tengo que valorar cómo informar a Trevor—dijo Margaret de pronto.

—Me alegro que mis palabras no caigan en saco roto.

—Estoy en shock. ¡Tengo un hermano!

—Deja de llamarlo tu hermano.

Margaret parpadeó al escucharla.

—Lo es.

Chelsea resopló porque el entusiasmo de Margaret le preocupaba de veras.

—Lo será solo si quiere él.

Margaret no estaba de acuerdo, pero no quería enrarecer todavía más el momento que compartía con Chelsea.

—Aceptaré lo que él decida.

—Al fin una frase acertada.

La mirada de Margaret se clavó en un cuadro del salón. Tenía que tomar muchas decisiones.

—¿Quieres más té? —le preguntó Margaret. La amiga negó—. ¿O te marchas ya?

Los ojos de Chelsea se abrieron de par en par. Ella tenía muchas cosas que decirle todavía.

—Y ahora que hemos dejado claro que no tengo intenciones de dejar Folkestone continuemos...

—Chelsea —la frenó la otra.

—¿Por qué sentiste la necesidad de indagar? Sobre todo porque sufriste mucho en el pasado.

Margaret se quedó un momento callada.

—Porque cuando vi a la amante de mi padre tras la ventana, intuí que escondía algo, y no me equivoqué.

—¿Y...? —insistió la otra.

—Seguí una corazonada —confesó humilde.

—No vuelvas a hacerlo sola —contestó Chelsea muy seria—. Ahora tienes a un esposo que te quiere y te protege.

—No lo haré —prometió firme.

—¿Eres consciente de que ese hermano es el actual conde de Charin Cross?

Sí, claro que lo había pensado.

—Es la ley, aunque sea ilegítimo.

—Me preocupa que tenga motivos ulteriores para ti. —Sí, Margaret lo había pensado—. No hagas nada sin consultarlo con el duque de Houghan —le pidió la amiga.

Margaret se quedó pensativa.

—No lo haré —le prometió.

CAPÍTULO 31

Si todos le decían que estaba equivocada, posiblemente lo estuviera.

Margaret, después de mantener una conversación larga con Trevor, se sintió mucho más intranquila. El duque se había mostrado escéptico con el asunto del hermano recién descubierto, y, cuando expresó sus dudas, ella lo convenció que era en realidad su hermano porque era una versión joven de su padre. Trevor le pidió que no hiciera nada hasta que él indagara sobre la veracidad de la consanguinidad entre ambos. Había dado órdenes para averiguar sobre el nacimiento de Alexander Bradford. Trevor había sido muy claro al respecto. Si realmente el hombre era el hijo ilegítimo del conde de Charin Cross, las propiedades, la herencia, y St Margaret's, le pertenecerían, así como el título.

Ella había pensado mucho en todo ello. Perder las propiedades, la herencia, no le encogían tanto el corazón como perder la escuela. El edificio valía una fortuna, había sido la residencia habitual del los condes de Charin Cross, y Margaret se sintió desleal a su madre, a ella misma por propiciar que pudiera perderlo. El duque la tranquilizó al ver su angustia, le prometió que si el hombre despojarla de todo lo que le pertenecía por ley, él trataría de salvar la escuela para ella. Iba a lograr que renunciara.

Trevor había decidido no parar la maquinaria justiciera que había puesto en marcha para controlar de una vez por todas los excesos del barón Bois a pesar de que ella le había explicado sus motivos personales para no querer hacerlo. Si salía a la luz que su hija pequeña se había suicidado por culpa de su hijo mayor, la familia Bois podría quedar más destrozada todavía, por ese motivo ella había callado durante tantos años.

El mayordomo anunció la llegada de una visita.

—La señorita Julie Moore insiste en ser recibida por su Excelencia —la voz del mayordomo le llegaba enjuta.

—¿Está aquí en Folkestone? —había sentido una punzada.

—Sí.

Margaret giró el rostro para que el mayordomo no la oyera suspirar.

—Que espere en la biblioteca, bajaré en diez minutos.

Cuando abrió la puerta de la biblioteca veinte minutos después, esperaba cualquier cosa de ella, salvo ese profundo odio que apuñalaba.

—Me molesta que me mire con ese aire de superioridad —le espetó con desdén.

Margaret la invitó con una mano extendida a que se sentara, pero ella ignoró la invitación.

—Lamento si lo he hecho.

—No parece tan altiva como tiempo atrás.

No iba a picar el anzuelo de sus palabras venenosas.

—Sigo siendo la misma Margaret de siempre —contestó suave.

Ella había apretado los labios hasta reducirlos a una línea.

—¿Por qué fue a mi casa? ¿Qué buscaba?

—Seguí una corazonada.

—¿Por qué?

—Para comprender por qué motivo estaba aquí en Folkestone aquella. mañana.

—No hay nada que comprender.

Margaret lo estaba haciendo mal porque Julie se ponía cada vez más a la defensiva, y ella estaba llevado especial cuidado con sus palabras y sus gestos para que no fuera así.

—Había muchas cosas que no entendía —calló un momento—, hasta que vi por mis propios ojos la verdad que siempre se me ha ocultado.

—¿Qué verdad?

—Que tengo un hermano, Alexander —Julie estalló en carcajadas ausentes de humor—. Y te has equivocado de lleno —dijo en voz baja como si lo hiciera para sí misma—. Porque viniendo aquí despertaste mi curiosidad. ¿Era eso lo que pretendías?

—Nunca imaginé que me reconocerías.

Claro que sí. Su rostro jamás podría olvidarlo a pesar del tiempo transcurrido.

—Lograste que odiara a mi padre —le recriminó Margaret.

La otra la miró insolente.

—Tu padre era un desgraciado.

Margaret sintió el impulso de contestarle, pero lo pensó mejor. Si uno quería tomar buenas decisiones avaladas por las palabras, debía pensar con la cabeza fría antes de ofrecerlas.

—Entiendo que estés dolida si se desentendió de tu embarazo, pero ni mi madre, ni yo ni el propio Alexander teníamos culpa alguna.

—No, no tienes ni idea —le espetó la otra con amargura.

Margaret no era la primera vez que se enfrentaba a una persona cargada de ira, por eso era consciente de que, hasta que no se calmara, no sería posible dialogar ni razonar con ella, aunque esperaba que su rabia fuera momentánea.

—Puedo ofrecerte un té.

—¿Crees que he venido aquí a tomar té?

—Cuidado, Julie —le aconsejó—, porque hay un tipo de odio muy perjudicial para la salud.

—He vivido llena de odio desde que parí a Alexander.

Margaret podía imaginarlo. Una amante sin recursos, pariendo el hijo de un amante.

—A mí, sí —esa afirmación la descolocó—, porque ese odio es muy corrosivo —le explicó—. Converge en acciones incontrolables.

—Es cierto —dijo la mujer—, porque te odio con todas mis fuerzas.

Bueno, le había quedado claro que Julie volcaba en ella todo el rencor que acumulaba por las acciones de su padre.

—Nunca hice nada para ganarme esa emoción tan destructiva.

—Tu padre me abandonó por ti. No reconoció ni a su propio hijo por tu culpa.

Margaret meditó en las palabras de Julie.

—Odiarme da sentido a tu existencia, ¿no es cierto?

Julie seguía retándola con la mirada.

—Cuando tu padre descubrió que estaba encinta, se volvió loco de felicidad. Ansiaba un hijo varón con todas sus fuerzas, un heredero que llevase su título. Pero tú, tú dejaste de hablarle. Te convertiste en esa espada de Damocles que no le permitía vivir ni tomar una decisión al respecto.

Margaret ahora entendía su inquina hacia ella.

—Amaba a mi padre con toda mi alma —confesó Margaret—, pero amaba mucho más a mi madre, que ya no se recuperó de aquello.

Margaret sabía muy bien a qué zona disparar.

—Gracias a Dios Alexander te odia tanto como yo. —Ella se negaba a creerlo porque no la conocía—. Odia todo lo que tenga que ver con los Bradford.

—¿Estás completamente segura?

—Sí —afirmó airada.

Margaret decidió tomar asiento. Estaba claro que, hasta que Julie no se desahogara, no se

marcharía.

—No se puede odiar lo que no se conoce —Julie seguía callada—. No he hecho ningún daño a Alexander —Margaret guardó silencio para comprobar de qué forma le habían afectado sus palabras—. Ni tengo intenciones de hacérselo, debes saberlo... —Michel la interrumpió.

—No te permitiría ni intentarlo.

—Así que en esta historia eres la juez para Alexander y el verdugo para mí.

—Soy su madre —afirmó rotunda—. Su lealtad es incuestionable.

Pero Margaret no se dio por vencida.

—¿Has escuchado a tu hijo? —quedaba claro que Julie no sabía a lo que se refería—. ¿Te escuchas a ti misma, Julie?

—¿Qué tengo que escuchar?

—La verdad.

—¿Qué verdad es esa?

—Que no puedes tomar decisiones por Alexander, ni por mí —ella no comprendía sus palabras—. La decisión de verlo y sentirlo como mi hermano me pertenece en exclusiva, y solo podrás destruir ese vínculo si yo te lo permito.

Julie volvió a soltar una carcajada sonora.

—¡Juro que lograré que mi hijo te lo quite todo!

Margaret parpadeó sorprendida. Ella era duquesa de Houghan, ¿de verdad creía que podría dejarla en la calle? Ahora que veía lo cegada que estaba por el odio, más se reafirmó en ganarse a su descubierto hermano. Aunque lidiar con una persona tan cargada de odio resultaba desolador y muy frustrante.

—¿Y por qué no lo habéis intentado hasta ahora?

—Por que mi hijo tiene principios —le espetó de pronto—. Y no desea ser reconocido como el bastardo del conde de Charin Cross.

La infancia de Michel debía de haber sido terriblemente infeliz, y la compadeció.

—Solo debería importarle lo que piensen las personas que lo aman. Las que lo conocen desde que era una niño. —Margaret vio tragar a Julie, y supo que sus palabras la habían desconcertado—. Las personas hablaran un tiempo sobre el descubrimiento de un hijo ilegítimo del conde de Charin Cross, pero todos aquellos que lo amaron, lo seguirán haciendo a pesar de todo —endureció la voz—. Con mi ayuda, todo podría ser mucho más liviano para él.

—¡Jamás! —exclamó la otra.

Julie llevaba tantos años odiando todo lo que tenía que ver con Margaret Bradford, que no le había importado nada más.

—Quiero ayudar a Alexander a ser reconocido como el hijo de mi padre.

—Cuando mi hijo acepte el lugar que le corresponde en la sociedad, me encargaré de que jamás puedas volver a Charin Cross —Margaret no sabía qué pensar sobre la mirada triunfante que la otra le dedicó—. No podrás tener ni el retrato del hombre que te engendró porque juro que los quemaré todos.

Julie no esperó a que le respondiera. Salió tan rápido de la biblioteca de Folkestone, que una brisa fría en volvió a Margaret.

CAPÍTULO 32

El regreso de Trevor de Londres supuso la segunda discusión para ambos. Había traído consigo al mejor abogado que trabajaba para el bufete más importante del reino. Como Trevor había desoído la petición de ella, el abogado de ambos había movido los hilos para que el hijo bastardo de Julie no pudiera reclamar el título de conde de Sherin Cross.

Cuando Trevor le informó de las gestiones que había realizado, Margaret le había reiterado que no quería seguir adelante. Le había explicado los motivos personales que la urgían a tratar de ganarse a su hermano. Margaret le expuso razones válidas, pero él se mantuvo firme sin ceder una pulgada.

Los dos estaban de pie en la biblioteca. Margaret ya no disponía ni de un minuto de soledad para centrarse en el problema del hermano encontrado y la resentida madre.

—Quería enfrentarme a esto de otra forma muy distinta —argumentó.

Las cejas de Trevor se alzaron con incredulidad. El asunto del hermano los estaba llevando a una situación extrema. Desde su llegada a Kent, Margaret se mantenía distante y seria con él. Llevaba dos noches sin poder dormir. El cansancio podía apreciarse en las bolsas oscuras bajo sus ojos

—En el pasado no tenías quién te protegiera, pero ahora sí.

—Alexander necesita mi ayuda.

—A veces las personas no buscan ayuda, y deberías optar por esa posibilidad.

Margaret negó rotunda.

—Ha sufrido mucho.

—Tú, también, y sobre todo tu madre, parece que lo has olvidado.

—No, pero yo tengo la capacidad de razonar los motivos que me causaron ese sufrimiento
Trevor entrecerró los ojos con suma cautela.

—No les has dado ni una sola razón para esta injusta venganza sobre ti.

—Trevor, no quiero que les hagas daño.

—Es la justicia la que determinará el daño que han causado a tu nombre.

Lo lógico sería que Margaret se echara a un lado, pero en sus años de soledad había aprendido que hacerse a un lado no servía de mucho cuando una persona necesitaba ayuda, y Alexander la necesitaba aunque no fuera consciente.

—Alexander no ha tenido un guía para indicarle el camino correcto para poder enfrentar las dificultades. Ha vivido toda su vida alimentándose del odio de su madre, y le ha envenenado el alma.

—Eso no excusa que desees entregárselo todo así por las buenas, sin que medie una respuesta por su parte —Trevor se refería no solo al título, también a todas las propiedades del condado.

—Lograré que me acepte como su hermana mayor —dijo Margaret.

Trevor se enojaba por momentos.

—¿Acaso no te das cuenta de todo lo que puedes perder?

Ella ya lo sabía.

—Pero es que yo no quiero perjudicarlo. ¡Es mi hermano!

—¿De verdad piensas que puedes arreglarlo? —ella no lo creía, estaba plenamente convencida—. ¿Te ha pedido ayuda?—ante el silencio penoso de ella, Trevor maldijo airado—. ¡No quiere nada contigo!

—Aunque fuera cierto, la decisión de ayudarlo o no me pertenece.

—¿A pesar de lo que yo piense al respecto?

Llegados a ese punto, Margaret reculó. Los sentimientos de Trevor estaban por encima de cualquier discusión.

—No —respondió sincera. Él soltó el aire que había contenido en el interior de su pecho—, pero quiero ayudarlo. Sé muy dentro de mí que me necesita.

—¿Aunque rechace ese ofrecimiento una y otra vez?

Margaret no era tan estúpida ni tan idealista como para creer que, aunque la rechazaran mil veces, finalmente aceptarían su ayuda, pero quería intentarlo antes de darse por vencida.

—Volveré a tener una última conversación con Alexander, según sea su respuesta, decidiré en un sentido o en otro.

—Sigo creyendo que pierdes el tiempo.

En ocasiones Margaret también se lo decía, pero los años le habían inculcado a no rendirse y tratar de llegar hasta el final.

—Es mi hermano, el único hermano que tengo.

Trevor podía entender lo importante que era para Margaret mantener un lazo de unión con el único familiar que tenía. Si hubiera tenido más hermanos, su visión sobre el asunto sería otro muy distinto, pero era capaz de ponerse en la piel de ella y percibir su alegría, su congoja, y ese sentido de la protección que solían desarrollar las personas emocionales como ella.

—¿Vas a hablar con él? —le preguntó.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Le envié un mensaje a primera hora de la mañana y aceptó —Margaret respiró hondo—. Vendrá esta tarde a las cinco.

—Quiero estar presente —afirmó rotundo.

Ella volvió a suspirar.

—No es una buena idea —respondió al fin.

Trevor tensó los hombros porque no le había gustado su contestación.

—Soy tu esposo, me preocupo por ti, y quiero protegerte.

Margaret sonrió de forma cándida al escucharlo. Tener a Trevor le suponía una tranquilidad increíble. En el pasado se había enfrentado sola a las dificultades, y resultaba muy reconfortante saber que contaba con su fuerza y su apoyo.

—Me siento protegida por ti, gracias.

—Pero no me vas a permitir que presencie vuestra charla

Margaret hizo un gesto negativo muy en su estilo.

—Debo hacerlo sola —la frase había sonado contundente.

—Lo sé, pero quiero ser útil.

—Lo eres —contestó ella con ojos brillante.

Trevor quería seguir insistiendo, pero se contuvo.

—Cuando termine de hablar con Alexander, aceptaré su decisión sea cual sea al respecto.

—Estás emocionada, puedo apreciarlo en el tono de tu voz.

Era cierto. Julie había trastocado parte de su vida, pero gracias a ella había descubierto que tenía un hermano, y esa era una noticia maravillosa.

CAPÍTULO 33

Alexander estaba muy incómodo. Había entrelazado las manos a la espalda en un intento de mantenerlas quietas. Lo último que había esperado era recibir un mensaje de ella, de la hija del conde de Charin Cross, pero allí estaba, plantado frente a la mujer y sin saber qué decir o hacia dónde mirar. Era la primera vez que pisaba Folkestone, y se dijo que la situación era en verdad extraña.

El lujo de las estancias resultaban apabullante.

Margaret se sintió inquieta porque la mirada del hombre plantado frente a ella trataba de ser lo más indiferente posible, pero no la engañaba en absoluto. Lo observaba todo con aire crítico, y creyó entender lo que cruzaba por su mente. Folkestone Park era un edificio emblemático. Decorado con un elegante y caro mobiliario que el anterior duque había heredado de sus padres, y estos de sus abuelos, y que había enriquecido con un gusto personal exquisito con detalles de los lugares más lejanos. Margaret recordó la modesta casita m de su medio hermano. La diferencia era tan aplastante que sintió cierta vergüenza.

—¿Quieres un té? —el hombre negó con un gesto—. Imagino que te sentirás algo violento por mi mensaje.

—No —respondió rápido—, la esperaba desde hace veintidós años.

La forma de hacerle saber su edad era intencionada.

—No sabía que existías.

—Crecí creyendo que sí —esa afirmación la desconcertó—, el duque de Charin Cross me hablaba mucho sobre ti.

Ella apreciaba un tono decepcionado en su voz.

—Lo lamento —contestó—, porque conmigo no hizo lo mismo. Nunca te mencionó.

Alexander torció la boca en una mueca irónica.

—No quería perturbar la tranquilidad de su niña.

Margaret percibía el desprecio que sentía hacia ella en cada sílaba.

—Me hubiera encantado que lo hiciera.

Él, ladeó la cabeza con desdén.

—No lo digas para complacerme.

Margaret pisaba terreno resbaladizo.

—Por favor, toma asiento.

Alexander aceptó, apoyó la espalda en el respaldo de la silla y entrecerró los ojos.

—¿Por qué estoy aquí en Folkestone? —inquirió.

—Porque deseo que me aceptes como tu hermana.

El hombre la miró perplejo

—¿Mi hermana? —preguntó con sorna.

—Somos familia —afirmó seria.

Lo vio apretar los labios.

—¿Por eso estás tratando de que no pueda reclamar lo que por derecho me pertenece?

Sabía que se refería al título de conde.

—La ley te dará la razón tarde o temprano —respondió. Los ojos de él brillaron extraños—. Pero mi esposo trata de protegerme, y por eso ha frenado, de momento, tu reclamo a la corona — la palabra nuestro había sido intencionada.

—No quiero nada tuyo —respondió él—. No lo he querido nunca.

—¿Porque nuestro padre no te reconoció? —preguntó ella.

—Deja de decir nuestro padre, me asquea —le ordenó él.

Alexander sonrió aunque sin ganas.

—Serás un excelente conde de Charin Cross.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó.

Margaret guardó silencio mientras seguía observándolo.

Alexander era parecido al padre de ambos incluso en algunos gestos que hacía como tocarse el mentón y sonreír de medio lado de forma cínica.

—¿Te pagó la universidad? —Margaret no se fue por las ramas, quería penetrar la coraza de Alexander, y lo haría con una de las emociones más cuestionadas: la gratitud.

El hombre bajó los ojos al suelo, era como si no quisiera que ella viera cuánto detestaba tener un motivo de agradecimiento.

—No —admitió seco—, fue mi madre quien me ayudó a costearlos con la sangre de sus manos.

La base que había querido fundamentar bajo los pies de su hermano para comenzar a hilar un acercamiento, se desmoronaba.

—No te creo —Alexander la miró sorprendido—. El conde de Charin Cross podía tener muchos defectos, pero no la tacañería. Estoy convencida que nunca te desatendió económicamente, ni a tu madre tampoco.

El hombre resopló con fuerza.

—Nunca he tocado su dinero ni pensaba hacerlo.

De modo que sí lo había dejado protegido monetariamente.

—¿Conoces los motivos para que mi padre engañara a mi madre con la tuya?

—Y con varias más...

Margaret respiró hondo. Alexander no era un hombre difícil, ella se había enfrentado a otros mucho más complejos, pero el lazo familiar que los unía le impedía a mostrar objetividad y le hacía ser demasiado comedida en las preguntas.

—Mi madre ya nunca fue la misma después de conocer que mi padre la engañaba con tu madre —el rostro del hombre ni se inmutó—. Una mujer inteligente, exitosa, y llena de elegancia, se convirtió de pronto en un ser autodestructivo.

—Puedo imaginarme lo que significó para tu padre.

—Gracias.

—Pero eso no excusa su comportamiento miserable.

—Se podría haber divorciado de tu madre por mí, pero no lo hizo por ti.

—¿Divorciarse de mi madre para casarse con la tuya? —ella estaba atónita. Alexander no contestó, y Margaret lo hizo por él—. Entonces sí que se hubiera convertido en un miserable.

—Esta conversación no conduce a ningún lugar.

Era cierto. Margaret había perdido por completo la objetividad. Se estaba mostrando demasiado pasional. Frente a ella estaba sentado un hombre corpulento, demasiado duro, pero ella pudo discernir lo crudo y difícil que debió de transcurrir su infancia y adolescencia.

—Claro que sí pues deseo conocer todo sobre ti.

—¿Piensas que me importa lo que tú quieras?

Margaret veía que Michel había hecho un trabajo exitoso con su hermano, lo había llenado de rencor igual que ella.

—Voy a tener un hijo —le reveló ella—, y me gustaría que conociera al maravilloso tío que puedes ser.

—Créeme —siguió él—, no tengo ninguna intención de formar parte de tu vida.

Margaret cerró los ojos durante un momento. Le había quedado claro que Alexander no sentía ningún tipo de simpatía por ella. Tampoco sentía la necesidad o la curiosidad de conocerla, y esa certeza la descorazonó.

—Deseaba ayudarte —Margaret se percató de que hablaba en pasado, y soltó un suspiro largo—, deseo ayudarte —rectificó.

Alexander sabía que ella no hablaba de dinero.

—No deseo mantener ningún tipo de relación fraternal contigo.

Esas palabras la llenaron de tristeza.

—Y, entonces, ¿por qué respondiste de forma afirmativa a mi invitación para venir a conocerme?

El hombre la miró fijamente.

—Para pedirte por las buenas que nos dejes en paz a mi madre y a mí.

—Olvidas un pequeño detalle pero muy significativo, yo soy tu hermana.

—Para mí, no.

—Para Dios, sí —respondió sosteniéndole la mirada.

Él, lo pensó un momento.

—Me importa una mierda lo que digas.

Margaret se dijo que Alexander sabía dónde clavar muy bien el cuchillo de la indiferencia.

—¿No existe en tu corazón ni un atisbo de curiosidad por tratar de conocerme? —había lanzado la pregunta con el corazón en la mano.

—Te conozco, y no deseo mantener ningún tipo de contacto contigo.

Margaret supo que él se refería a las conversación que habría mantenido con el padre de ambos sobre ella, y se preguntó de nuevo por qué motivo la había mantenido en la ignorancia.

—Es mi obligación informarte de que no voy a rendirme —insistió la mujer.

Alexander se levantó rápido, apoyó la palma de las manos sobre la madera del escritorio, y se inclinó hacia ella de forma intimidante.

—He venido hasta aquí para decirte que nos dejes en paz. No queremos nada contigo ni ahora ni nunca, ¡acéptalo!

El hombre se giró sobre sí mismo y se marchó en silencio. Margaret se quedó tan sorprendida como decepcionada.

Cuando esa noche Trevor se metió en la cama, la abrazó con fuerza.

—Necesitas cariño —le confesó él.

Ella no había olvidado la hiriente conversación que había mantenido con su hermano.

—Tenías razón y no te escuché.

—Dale tiempo, Margaret, es posible que la vida le haga ver las cosas desde otra perspectiva.

—Tú eres mi mejor conciencia —Margaret pegó su espalda al pecho masculino.

—Me alegra saber que lo soy.

Las palabras de él la animaron en su siguiente afirmación.

—Siempre compartiré mis preocupaciones contigo.

—Así me gusta, duquesa.

Margaret soltó un suspiro largo.

—Todavía me cuesta aceptar este cambio tan importante en mi vida.

—¿El descubrimiento de tu hermano? —quiso saber el duque.
—Mi relación contigo.
—Por cierto, ¿cómo fue?
Ella suspiró largamente.
—Diferente a como había planeado.
—Eso no me dice mucho.
Margaret decidió sincerarse.
—Desea que lo deje en paz.
—Te resultaría muy duro escuchar eso cuando te has alegrado tanto de encontrarlo.
—No llevé el asunto bien.
—No puedo creer eso de ti, eres la mujer con más templanza que conozco.
—Estoy implicada emocionalmente, y me dejé llevar por la pasión de los sentimientos.
Malogré una buena oportunidad de unir el hilo roto que dejó nuestro padre.
—Recuerdo que una vez me dijiste que eras muy buena con la aguja.
—Por eso no me he dado por vencida. Pienso seguir intentado mantener una relación fraternal con mi hermano.
—¿Y con su madre?
Ese sí que era un escollo.
—Lo dejaré a la elección de Alexander.
—¿Se te hace raro que se llame igual que tu padre?
—No.
—Podría haberte puesto su nombre a ti, Alexandra.
—Llevo el nombre de mi abuela paterna.
—Y me encanta tu nombre —confesó él—, toda tú me encantas.
Ella se apretó todavía más al cuerpo fibroso.
—Me preocupa el futuro de Alexander.
—No sigas pensando en él, Margaret.
Ella percibía la respiración pausada de Trevor sobre su hombro, y pensó que podría estar así toda la vida.
—En el futuro intentaré un nuevo acercamiento —confesó en voz baja.
—Ya sabes que aceptaré lo que decidas, y que te apoyaré en todo.
Margaret se giró hacia él y le acarició el mentón con mucha suavidad.
—Me alegro mucho de que estés a mi lado. Todo contigo es mucho más fácil.
—Me alegra saberlo, y me alegra todavía más anunciarte que no vamos a regresar a Londres salvo para lo imprescindible.
—¿Por qué?
—Ahora tú eres mi principal objetivo, el resto puede esperar —a ella la emocionaron esas palabras—. No deseo que nuestro hijo nazca fuera de Folkestone.
Margaret parpadeó porque no se esperaba esa afirmación. Trevor se inclinó sobre su boca y la besó apasionadamente.
Ella se abrazó a su cuello y la atrajo hacia su cuerpo para quedar todavía más pegada a él.
—Hace mucho tiempo que no me dices un halago cursi de esos que me gustan tanto.
Trevor sonrió ampliamente.
—Ya estás otra vez alborotándome el insomnio.
—Luego te dejaré dormir.
Trevor la besó de nuevo de forma larga y profunda...

EPÍLOGO

—No puedes abrir los ojos todavía.

Margaret sostenía entre sus brazos al hijo de ambos que se removía inquieto. El pequeño Trevor Welby Junior había llegado al mundo como su padre, llorando con todas sus fuerzas. Y con las manos de Trevor tapándole los ojos, recordó el día tan especial de su boda en Londres. Había sido la novia más embarazada de todas, aunque sí la única de las duquesas Houghan que había dado el sí quiero embarazada de siete meses. Pero todo fue muy hermoso, incluso la asistencia de la corona que le dejó muy claro el enorme disgusto que sentía porque Trevor había actuado por su cuenta, aunque entendieron el apremio al ver su pronunciado vientre. El duque ordenó una pequeña recepción en la mansión de St James's: la majestuosa casa de los Welby en Londres. Por parte de Margaret habían asistido Chelsea, Collette y las profesoras de St Margaret's, también la joven prima del duque que había logrado grandes avances.

Todo había sido muy feliz, y ella se mostró muy agradecida las semanas siguientes.

—¿Pero a dónde me llevas?

—Te he preparado algo muy especial.

—Estoy impaciente por saber qué es.

Trevor la llevaba de la mano hacia la parte trasera de la casa.

—Añoro aquellos duelos verbales del comienzo de nuestra relación.

—Y yo me alegro de que seamos una pareja normal y aburrida.

—Nosotros nunca seremos aburridos. Cuidado con el escalón —ella lo tuvo. Trevor se colocó detrás de Margaret y la sujetó por los hombros—. Ya puedes abrir los ojos.

Cuando lo hizo, se quedó pasmada. En el jardín trasero de Folkestone, Trevor había ordenado plantar un huerto donde crecían acelgas, espinacas, apio, y variadas verduras de hojas verdes.

—Nunca más volverás a pasar hambre —le murmuró junto al oído.

Ella se giró hacia él realmente emocionada. El pequeño Trevor tiró de un mechón de cabello de su madre.

—Tú sí que sabes hacer regalos increíbles.

—Presumo que te he complacido.

—Mucho —admitió feliz—, siempre sabes cómo hacerme sentir bien.

Trevor rio, y tomó la mano de ella para besarla.

—¿Echarás de menos St Margaret's? —le preguntó—. Confío que no te aburra esta sosa casa —Margaret admiró el hermoso y cuidado jardín. Toda era espectacular.

—¿Bromeas? Estoy encantada de vivir aquí —las cejas de Trevor se alzaron interrogantes.

—Sabes que adoro vivir en el capo, criar a nuestro hijo en Folkestone.

Margaret sonrió de oreja a oreja.

—Tiembra Folkestone Park, Margaret Welby ha llegado.

A ella le gustaba especialmente su nuevo nombre de casada.

Margaret había dejado a Chelsea a cargo de la escuela.

—Chelsea está haciendo un buen trabajo —trató de tranquilizarla.

—No tengo la menor duda —respondió alegre.

El bebé se había cansado de los brazos de su madre, se removió para que lo cogiera el padre.

—¿Regresamos con mi tía Ophelia?

Margaret le pasó el pequeño al padre, un segundo después el niño comenzó a chuparle el pañuelo del cuello.

—Antes dime uno de esos piropos tan bonitos.

—Lograr el gran amor requiere grandes riesgos.

Margaret entrecerró los ojos.

—Eso no parece una lisonja.

—Tú eres mi gran amor, y yo soy tu gran riesgo...

Trevor inclinó la cabeza para besarla, pero un carraspeo se lo impidió.

—Alexander Bradford desea ser recibido por Su Excelencia.

Margaret se quedó paralizada.

—Llévalo a la biblioteca, Margaret lo recibirá allí.

Ella no podía dar un paso.

—Creo que el momento que tanto querías, ha llegado —le dijo él.

Antes de que naciera el pequeño Trevor, Julie Moore había muerto de difteria. Ella acudió al sepelio, aunque se mantuvo en la distancia. Días después había ido hasta la casa de su hermano para hablar con él, pero Alexander no se lo permitió. Margaret no se dio por vencida, y continuó enviándole un mensaje por semana para que la recibiera, y nunca le había contestado.

—¿Deseas que te acompañe? —le preguntó Trevor.

Margaret negó.

—Lleva a nuestro hijo con la niñera, y reúnete conmigo después.

Trevor aceptó.

Cuando Margaret entró a la biblioteca de Folkestone, se quedó un momento parada y observando al hombre que se mantenía de espaldas a ella mientras miraba a través de la ventana. Estaba un poco más delgado, y parecía que sostenía sobre sus hombros todo el peso del mundo.

—Hola, Alexander —lo saludó ella al mismo tiempo que caminaba hacia él.

Le tendió la mano, y su hermano se la besó.

—Su Excelencia —le hizo la venía.

—Bienvenido a Folkestone —le dijo ella sin dejar de observarlo.

—Quería agradecerte en persona que acudieras al entierro de mi madre.

Los ojos de ella lo miraron brillantes.

—Es lo mínimo que podía hacer.

Alexander la miró sin un parpadeo.

—Es increíble, pero su muerte logró que me reconciliara conmigo mismo —ella no lo entendía—. Su pérdida me mostró lo infeliz que siempre fue, y que yo también fui.

—No pienses ahora en ello —le aconsejó la hermana.

—Su muerte me mostró lo idiota que era, y lo injusto que había sido contigo —ella estaba emocionada—. Me he dado cuenta de que deseo conocerte, conocer a mi sobrino, formar parte de tu familia...

Alexander vio la duda en los bonitos ojos de ella, y creyó entenderla.

—Que esté aquí nada tiene que ver con el título ni con las propiedades de nuestro padre pues nunca las he deseado.

Margaret veía sinceridad en sus ojos.

—Siempre he tenido la esperanza de que me permitieras formar parte de tu vida —le dijo al punto del llanto.

El hermano se emocionó al escucharla.

—La muerte de mi madre me ha enseñado que no se puede vivir odiando, ni mantenerse

apartado. La vida es demasiado corta. —Margaret sentía deseos de abrazarlo porque lo veía tan apenado—. Y deseo que mi sobrino me conozca, porque puedo ser un maravilloso tío.

Le dijo con una sonrisa triste.

—Buenas tardes, Alexander —lo saludó Trevor que seguía llevando al hijo de ambos en brazos.

Margaret se preguntó si habría oído la conversación.

—Su Excelencia —lo saludó el cuñado.

—He pedido un té para los tres —le dijo el duque con semblante amistoso.

—Gracias, me vendrá bien —aceptó el otro.

Trevor llevó al pequeño heredero frente a su tío, y se lo presentó. Cuando vio la tierna sonrisa en los labios de Alexander, supo que el hombre era sincero, y que no lo movían oscuras intenciones.

—¿Qué os parece si nos sentamos? —sugirió el duque.

Margaret aceptó encantada porque no la sostenían las piernas. Cuando Alexander se giró para tomar asiento en el sillón, Margaret le susurró un *te amo* a su esposo que le provocó una sonrisa auténtica.

Ese era el comienzo de una nueva vida para todos, y Margaret no podía sentirse más feliz.

©2021 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

©Lucas Mendes/Pexels, de la fotografía de la cubierta

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.